

LA CULTURA
Y LAS
ESTRATEGIAS DE DESARROLLO

por

Juan C. Sánchez Arnau

1985

Este estudio ha sido preparado por el Sr. Juan C. Sánchez Arnau por encargo de la Unesco. Las opiniones aquí expresadas son del autor y no reflejan necesariamente el punto de vista de la Organización.

Indice

	<u>Página</u>
Introducción	
I. Desarrollo y cultura: contradicciones y complementariedades ..	1
A. Las nociones de cultura y de desarrollo. La historia y los usos de ambos conceptos	1
B. Los conflictos entre desarrollo y cultura	19
1. Los conflictos a nivel de la teoría y de la práctica del desarrollo	20
2. Los conflictos a nivel del proceso de modernización	34
II. Modernización y desarrollo: el proceso de desestructuración socio-cultural	42
A. La desestructuración en el plano "material"	42
B. La desestructuración en el plano "social"	55
C. La desestructuración en el plano "cultural"	61
D. Un esbozo de tipología cultural	68
III. Los métodos para tener en cuenta la cultura en las estrategias de desarrollo	70
A. La modernización en el mundo rural	83
1. La cultura tradicional en el medio rural	83
2. El impacto de la modernización en el medio rural	110
3. Algunos elementos para construir una respuesta	117
B. Industrialización y cultura	125
1. Cultura tradicional y cultura industrial	125
2. La industrialización en el Tercer Mundo	131
3. Algunas consecuencias culturales de la industrialización	
C. Comercio internacional y cultura	147
1. El impacto del comercio internacional sobre la estructura sociocultural de los países del Tercer Mundo	148
2. La protección de la identidad cultural y el comercio internacional	152
IV. La cultura en la Estrategia Internacional para el Desarrollo ...	156
1. Desarrollo y cultura en el Sistema de las Naciones Unidas ..	156
2. El futuro del debate en el marco de la Estrategia Internacional para el Desarrollo y del Decenio Mundial del Desarrollo Cultural	163

Introducción

El debate sobre "cultura y desarrollo" se inició antes que la crisis que la crisis que afecta actualmente a la mayor parte de los países del Tercer Mundo. En parte como producto de las repercusiones culturales del proceso de modernización y transformación económica que se ha conocido bajo la denominación de "desarrollo", y en parte a raíz de problemas encontrados en la ejecución de proyectos de desarrollo y supuestamente originados en las resistencias que ofrecían las culturas tradicionales a los mismos.

En sus inicios, ese debate se planteó en términos de una oposición entre un "desarrollo" que se suponía que expresaba el cambio, la modernización y el progreso, y una "cultura" que era la expresión de las tradiciones y de las estructuras sociales que se oponían a aquel desarrollo. Luego se vió que el problema era algo más complejo y que los "fracasos" del desarrollo se debía a que no tomaba suficientemente en cuenta ni los elementos culturales o sociales en que debía apoyarse todo proceso de cambio ni el contexto histórico en que se llevaba a cabo.

En forma paralela, los problemas y las resistencias efectivamente derivados de los intentos por llevar adelante el desarrollo, llevaron la reflexión hacia la búsqueda de nuevas formas de transformación social en los países del Tercer Mundo. Así se habló de la necesidad de un "desarrollo integrado", de un "eco-desarrollo", de la "dimensión cultural del desarrollo", de la necesidad de que el desarrollo fuese "auto-centrado", "autosuficiente" o "endógeno", y finalmente, de que fuera "otro", tratando de englobar detrás de esta noción de "otro desarrollo" a un conjunto de aspiraciones (satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías relegadas, participación popular en la concepción y en la ejecución del desarrollo, respeto por los derechos humanos, uso de tecnologías "apropiadas", etc) que no siempre están presentes en las estrategias y políticas en vigor.

Mientras tanto, el desarrollo alcanzó en menos de veinte años, gracias a su indefinición y carisma, el nivel de mito. A pesar de la multiplicidad de versiones bajo las que se lo conoce -tantas

como estrategias, modelos o estilos puedan imaginarse- su esencia es una sola: procurar recrear en los países del Tercer Mundo las sociedades opulentas, industrializadas y urbanas que hoy son las de los "países desarrollados". Solo que las condiciones políticas, económicas, sociales -históricas, en definitiva- de que dispusieron aquellos países para poder llegar a ser los que son, no están presentes hoy en día en los "países subdesarrollados". Como tampoco es necesariamente igual a la de aquellos su cultura: ese conjunto inasible de valores, creencias, aspiraciones, representaciones, costumbres, y muchas otras cosas más que suelen mover -o inmovilizar- a un pueblo, y que los economistas no acostumbramos a tomar en cuenta cuando analizamos la realidad económica, diseñamos políticas o elaboramos un plan de desarrollo. Y ello se debe, fundamentalmente, al hecho de que la economía es una ciencia esencialmente cuantitativa y, por énde, con aspiraciones de exactitud, lo que tiene muy poco que ver con las características aparentemente tan subjetivas como volubles de la cultura.

De allí, entonces, la aspiración tantas veces encontrada de eliminar las barreras culturales al desarrollo, de hacer "tabla rasa" con todo lo que se opone a la modernización, al cambio, a la transformación del aparato productivo y de la sociedad. Y de allí también, a nuestro modo de ver, el fracaso del desarrollo, expresado por la amplitud de la crisis sin precedentes que afecta hoy a los países del Tercer Mundo, y que nosotros interpretamos como el fracaso de un intento por trasladar a estructuras socio-culturales tan complejas y tan variadas como las de los países del Tercer Mundo, procesos de transformación, especialmente económica, -pero también social- que dichas estructuras no podían siempre asimilar.

No se trata, sin embargo, de echar culpas a la economía -o a los economistas- ni al desarrollo, sino más bien de determinar cuál es la realidad socio-cultural de los países que se ha querido "desarrollar", cuál es el impacto sobre las mismas de los procesos de modernización, y cuáles son los requisitos para hacer posible una transformación que permita responder a los grandes desafíos del presente, con éxito en el plano económico y sin dejar como saldo humano el que se deriva de la pérdida del marco de referencia para la vida cotidiana que ofrece la propia identidad cultural.

Lógicamente, tan amplia ambición escapa a las posibilidades de este trabajo. El mismo procura, sin embargo, avanzar en lo que consideramos que es una etapa adicional en el largo proceso emprendido por las ciencias sociales desde hace ya varios años para dilucidar los mayores interrogantes de esta problemática. Con ese fin, se analizan en profundidad las nociones de "desarrollo" y de "cultura", y la de "estructura socio-cultural"; noción esta última que se considera más apropiada que la de cultura para utilizar en el análisis de los procesos de modernización que aquí nos interesan. Esto nos lleva también a prestar extensa atención a los procesos de deestructuración cultural derivados de la modernización, las características de las estructuras socio-culturales "tradicionales" del medio rural de los países del Tercer Mundo, de sus procesos de industrialización y de ciertos aspectos del comercio internacional que se vinculan con aquellos problemas.

El objetivo central del trabajo es tratar de adquirir un mejor conocimiento de esta problemática y especialmente de las posibilidades de incorporar estos aspectos "socio-culturales" en el proceso de modernización que hacen más o menos inevitable el aumento de la demanda derivado del fuerte aumento de población que han conocido los países en desarrollo y las aspiraciones que generan las expectativas de cambio pregonados por el paradigma del desarrollo.

Dado el nivel de generalidad a que son tratados estos problemas, debido a la diversidad de situaciones que se presentan, las respuestas no pueden ir, por su parte, tampoco más allá de ese nivel. Sin embargo, el análisis citado permite identificar numerosos elementos de interés. Sobre la base de los mismos, en el último capítulo se procuran identificar líneas de acción que podrían llevarse adelante en el marco del Decenio del Desarrollo Cultural para promover y conocer más en profundidad las posibilidades de un proceso de modernización del Tercer Mundo que no tenga las traumáticas consecuencias culturales del actual "desarrollo".

I. DESARROLLO Y CULTURA: CONTRADICCIONES Y COMPLEMENTARIEDADES

Desarrollo y cultura son dos nociones que en distintos momentos se han ignorado, se han enfrentado, o han buscado complementarse. En este caso se ha tratado más de un matrimonio de conveniencia o de compromiso que de una interacción real. En este capítulo haremos el análisis más o menos detallado de estas complejas relaciones. Trataremos, en primer lugar, de definir ambos conceptos para luego trazar la historia de sus conflictivas relaciones y finalmente, ubicarlos en el marco que aquí nos interesa: es decir en una cierta etapa de la evolución de las ciencias sociales y buscando poder utilizar ambas nociones como instrumentos de cambio y transformación económica y social.

La necesidad de definirlos proviene de su ambigüedad y de los procesos de mistificación que han afectado tanto a la noción de desarrollo como a la de cultura. Es una tarea que ya hemos efectuado en otra oportunidad pero que aquí reiteraremos con mayor detalle. Existen por lo menos dos razones que lo justifiquen: que el lector sepa desde un inicio a qué nos estamos refiriendo y que conozca la óptica en que nos ubicamos para conducir nuestro análisis.

A. Las nociones de cultura y de desarrollo. La historia y los usos de ambos conceptos

1. Cultura: de su origen ideológico a su acepción antropológica.

En el lenguaje corriente el término "cultura" se confunde con el término "civilización". Y si bien el origen lingüístico de ambos es contradictorio -uno ligado a la ciudad y el otro a la tierra^{1/}- durante más de un par de siglos cabaigaron juntos. Según diversas fuentes el término "civilización" es acuñado en el siglo XVIII. Braudel sostiene:

"Que yo sepa, civilización aparece por primera vez en una obra impresa en 1766. El término ha habia sido sin duda empleado antes. Nace, en todo caso, con mucho retraso sobre el verbo civilizar

^{1/} La palabra "civilización" proviene de civilis (ciudadano) o civitas (ciudad); mientras que la palabra "cultura" proviene de cultus o cultivare: trabajar la tierra, pero el sustantivo cultura se habría organizado en la aplicación del verbo no a la tierra sino en el sentido figurado de cultivar el espíritu: "cultura animi philosophia est" (Cicerón).

y el adjetivo civilizado, que se remontan a los siglos XVI y XVII. En realidad fue necesario inventar, fabricar por entero el sustantivo civilización. Designa, desde un principio, un ideal profano de progreso intelectual, técnico, moral y social. La civilización son las "luces". "A medida que se extienda la civilización por la tierra, irán desapareciendo la guerra y las conquistas, y la esclavitud y la miseria", profetiza Condorset en 1787."^{1/}

La palabra cultura, en cambio, parece provenir del alemán. De nuevo según Braudel:

"Desde Herder, la lengua alemana designa bajo el término de cultura el progreso intelectual y científico, al que se muestra inclinada a separar de todo contexto social; entiende preferentemente por civilización tan sólo el aspecto material de la vida de los hombres."^{2/}

Para Schafer, en cambio el sentido prevaleciente del término cultura en Alemania habría sido semejante al antes citado para civilización:

"... Johann Christoph Adelung publicó un "Essay on the History of Culture of the Human Species" en 1782, cubriendo la historia del desarrollo humano y social desde sus orígenes hasta el final del siglo XVIII... Gustav Klemm publicó en 1843 el primer volumen de una "Cultural History of Man Kind" que fue dedicada al estudio del desarrollo gradual de la humanidad como una entidad. Esto fue seguido en 1854 y 1855 por una "Science of Culture", en dos volúmenes, centrada en la historia de la ciencia y la cultura. En estos trabajos, Klemm rinde un gran tributo a Voltaire, quien según Klemm habría sido el primer autor a señalar dinastías, listas de reyes y de batallas para estudiar la cultura per se, incluso si no utilizaba el término en este sentido."^{3/}

^{1/} Braudel, Fernand, "Aportación de la historia de las civilizaciones", en "La historia y las ciencias sociales". Alianza Editorial, Madrid, 1984.

^{2/} Ibid.

^{3/} Schafer Paul, "The new world order". Roneo. Toronto, 1985.

Posteriormente, ambos términos fueron modificando su sentido original en singular (el de Cultura o Civilización en el sentido ideal y subjetivo antes indicado) para devenir "culturas" y "civilizaciones". De este modo dejaron de ser un modelo ideal para expresar realidades históricas propias a diversos pueblos, razas o naciones.

Sería sin embargo Tylor el famoso antropólogo inglés quien habría terminado por dar a ambos términos el sentido que ha predominado desde entonces sino ya en el lenguaje corriente, al menos en el de las ciencias sociales. En su libro "Origins of Culture", publicado en 1871, Tylor señala que:

"Cultura, o civilización, tomada en su amplio sentido etnográfico, es aquel complejo que intuye conocimientos, creencias, arte, morales, ley, costumbres, y cualquier otra capacidad y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad."^{1/}

A partir de allí, los antropólogos, los sociólogos, los psicólogos sociales consiguieron elaborar no menos de 161 definiciones diferentes del término "cultura" y una veintena del término "civilizaciones"^{2/}.

De este modo, utilizados en singular, ambos términos han quedado restringidos a la expresión subjetiva de mitos o de paradigmas que poco tienen que ver con las ciencias sociales, mientras que, expresados en plural, las "civilizaciones", han entrado a formar parte del lenguaje cotidiano de la Historia más que de otras ciencias sociales.

Por nuestra parte, el término "civilizaciones" lo asociamos a la evolución en el tiempo de los pueblos, sociedades o culturas que, ya veremos más adelante, son conceptos íntimamente ligados entre sí.

El término "cultura", a su vez, se ha afincado mejor en el terreno de la etnografía, la antropología y la sociología, expresando generalmente (y con un sentido ya incorporado de pluralismo y diversidad) conceptos próximos al acuñado por Tylor.

Sin embargo, la crisis que vive actualmente buena parte del mundo,

^{1/} Citado por Schafer en Ibid.

^{2/} Braudel, op. cit.

y más particularmente el llamado "Tercer Mundo", está poniendo en evidencia la propia crisis de las ciencias sociales, incapaces de proveer una interpretación coherente a aquella crisis de la realidad y de ofrecer salidas posibles a la misma. Como parte de esa búsqueda de una interpretación a la crisis se han comenzado a forjar nuevos paradigmas centrados algunos de ellos, justamente en el término "cultura" y más concretamente en la llamada "dimensión cultural del desarrollo", de este modo la cultura y el hecho de haberla olvidado vendrían a explicarnos los males presentes y a indicarnos las vías de solución futura. Es decir, la cultura de los antropólogos y de los sociólogos vendría a jugar el rol que ayer desempeñaban la Cultura o la Civilización, que al apartarnos de ellas nos condenaban a todos los males de la "barbarie" y la "incivilización".

El valor simbólico dado a ciertos conceptos que adquieren prestigio a través del uso corriente y su elevación al nivel de mitos facilita este proceso pero terminan por dificultar la tarea del investigador. De todos modos, como el término "cultura" o su versión o sentido antropológico sigue siendo un instrumento valedero para describir los procesos sociales de los que nos vamos a ocupar en este trabajo, creemos que se justifica penetrar en el mismo y precisar el sentido que habremos de darle, aun a riesgo de detenernos un tanto en los aspectos teóricos y en ciertos detalles.

En realidad, preferiríamos hablar de "estructura socio-cultural" antes que de cultura; sin embargo, dada la extensión del uso de este último término preferimos conservarlo para mencionar a un conjunto interrelacionado de elementos que se encuentran regularmente presentes en la vida de una comunidad.

En los párrafos siguientes vamos a citar dichos elementos pero no los vamos a definir en cada caso, excepto cuando ciertas precisiones sean necesarias. En cambio, debemos poner énfasis en las nociones de modo y frecuencia para poder marcar la regularidad con que dichos elementos se presentan en la vida de una comunidad y justifican así el que se los pueda comprender en la noción de cultura.

Los mencionados elementos vamos a agruparlos en tres planos o niveles relativamente precisos y que no son más que categorías de análisis que nos permitirán comprender mejor algunos de los aspectos de esta noción que estamos tratando de definir.

El primer plano sería el "material", comprendería el conjunto de objetos, y especialmente los útiles, que comparten los miembros de una comunidad. Lógicamente nos estamos refiriendo a los objetos en un sentido genérico y no individual y está claro el hecho de que hay objetos, que van desde la computadora a la rueda, que forman o no parte de la cultura de una determinada comunidad. En este plano, y vinculado a ese sistema pero no siempre a los objetos, encontramos los conocimientos, es decir el acervo científico y técnico de una comunidad. Finalmente, tenemos uno de las más importantes útiles de cualquier comunidad que es a su vez uno de los elementos culturales que permite más fácilmente distinguir una cultura: la lengua.

El segundo plano podemos llamarlo "social" y ha sido tradicionalmente el campo preferido del análisis sociológico; a pesar de ello los antropólogos y todos aquellos que trabajan con la noción de cultura se han sentido también interesados por este nivel que está íntimamente ligado a los otros dos que nos ocupan.

En este plano encontramos el conjunto de relaciones, o mejor dicho de interrelaciones, entre los individuos y los grupos sociales que constituyen una comunidad. Estas relaciones adquieren a través de la frecuencia la forma de estructuras; aquellas que están más consolidadas devienen "instituciones", mientras que otras no son más que categorías de análisis (tal sería, por ejemplo, el caso de las estratificaciones sociales cuando no van acompañadas de otros elementos que condicionan o regulan la vida de los individuos, como sería el caso de las castas). En este nivel entran los lazos de parentesco y familiares, las formas de gobierno, las formas de organización del trabajo -a las que habremos de prestar particular atención-, y ese conjunto de actividades colectivas que se suelen agrupar bajo los términos de "costumbres" o "tradiciones".

El tercer plano es aquel que tradicionalmente se ha reservado para sí la antropología y que a menudo es al que se limita la definición del término cultura, por ello lo llamaremos "cultural". Este plano a su vez, se encuentra dividido en un nivel manifiesto y en otro que no lo es.

El primero, es decir el de la "cultura manifiesta" lo es por el hecho de que los elementos que lo componen se evidencian en las opiniones o en las conductas de los miembros de la comunidad. Constituye el sustrato que regula

y legitima conductas e instituciones, e incluso conocimientos, en el marco de una cultura. Lo integran las pautas de conducta, muchas de las cuales devienen verdaderas "normas". Algunas de ellas, a través de la institucionalización alcanzan la categoría de "normas jurídicas" mientras que otras vienen a integrar lo que se suele denominar como la "moral colectiva".

Estas pautas o normas de conducta adquieren, a través de su frecuencia, formas bastante estandarizadas, y el uso y la costumbre terminan por determinar que los miembros de una comunidad, frente a una situación determinada, deben comportarse de una manera determinada y quienes se apartan de dichas pautas afectan esa moral colectiva y pueden, en consecuencia, ser sancionados. Para ciertos aspectos relevantes de la vida comunitaria se elaboran normas de mayor rigidez donde la sanción es un imperativo social: se trata de las normas jurídicas que determinan que, frente a una determinada situación, el individuo tiene la obligación de actuar en consecuencia y que si no lo hace debe ser sancionado.

En estos casos las pautas de conducta a las que nos referimos no son siempre compartidas por todos los miembros de la comunidad, justamente por ello ésta impone sanciones para asegurar la vigencia de ciertas pautas. Y lo mismo sucede con los conocimientos o con los útiles: no todos los miembros de una misma comunidad comparten la posibilidad de acceder a la utilización de ciertos útiles o de acceder a determinados conocimientos: ello no afecta el hecho de que los mismos -al igual que las pautas de conducta a que nos referimos- definan caracteres esenciales de una cultura. Volviendo al caso de las pautas de conducta, el grado de integración cultural de una determinada comunidad está dado justamente por la mayor o menor medida en que las mismas -a igual que otros elementos de la cultura- son compartidos por los integrantes de la misma.

Dentro de este plano cultural encontramos también las escalas de valores, fuente de la ética y de la moral comunitaria. Escalas de valores que, a su vez, descansan o están vinculadas -del mismo modo que las pautas de conducta- a otros elementos culturales que se ubican en este mismo plano: la religión, los mitos, los paradigmas, las creencias, las ideologías, las metafísicas. Nada exige en algunos casos que todos los miembros de una comunidad compartan la misma religión o los mismos paradigmas pero,

en todo caso, es la presencia de los mismos con mayor o menor fuerza uno de los elementos que suele distinguir a una comunidad de otra.

En el nivel de la cultura no manifiesta encontramos una serie de elementos que están mucho más anclados en el subconsciente de los miembros de la comunidad. Y cuanto más penetramos en este nivel más nos internamos en la diferenciación individual y nos aproximamos a la noción de personalidad que es, por cierto, otra noción íntimamente ligada a la de cultura o de estructura sociocultural^{1/}.

Edward Hall ha explorado a fondo estos aspectos no manifiestos de la cultura y ha llegado a afirmar que:

"Bajo la capa manifiesta y explícita de la cultura se esconde otro universo que, una vez que lleguemos a comprenderlo, terminará por cambiar radicalmente nuestra concepción de la naturaleza humana."

Por esa razón Hall ha insistido en la necesidad de penetrar en los aspectos no verbales e indeterminados de la cultura y especialmente a aquellos que están vinculados a la estructura y a la fuente del lenguaje. En ese sentido le ha prestado particular atención a los trabajos del lingüista Sapir quien en los años treinta ya sostenía que:

"Se ha comprendido mal a menudo la relación que el lenguaje establece con la experiencia... El lenguaje define para nosotros la experiencia en razón de su perfección formal y porque nosotros proyectamos inconscientemente sus esquemas implícitos en el terreno de la experiencia... El lenguaje está emparentado de cerca al sistema matemático, que se erige en sistema conceptual autónomo predeterminando todas las experiencias posibles en función de ciertos postulados de base..."

^{1/} Para un profundo análisis de la vinculación entre cultura y personalidad ver los trabajos de Ralph Linton y especialmente su "The cultural background of personality", traducido en español como "Cultura y personalidad". Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Categorías tales como el sustantivo, el género, el caso, el tiempo, el modo, la voz, "el aspecto" y muchos otros... no son tanto descubiertas en/o a través de la experiencia que impuesta a ésta.^{1/}

Es decir, estamos no ya refiriéndonos al lenguaje en tanto que instrumento y, por lo tanto elemento del plano material de la cultural, sino a un conjunto de estructuras propias a ésta que modelan -y posiblemente también a su vez son influenciadas- por el lenguaje.

En este mismo plano no manifiesto encontramos la forma de razonar: la nuestra es "lógica", lineal, pero los antropólogos nos dirán que es sólo una entre tantas otras formas de razonar propias a otras culturas. Y en este sentido debemos tener en cuenta la importancia de las diversas formas de razonar que se engloban bajo lo que se suele llamar el "pensamiento mágico", así como el hecho de que en nuestra cultura la mayor parte de los individuos sólo utilizan el 20% de la capacidad potencial de su psiquis para las actividades "racionales" mientras que en otras culturas ese porcentaje puede ser distinto o comprender partes distintas de la psiquis.

En este plano encontramos también un conjunto de nociones abstractas, difíciles de definir, tales como el bien y el mal, las nociones de tiempo, de espacio; aquellas que hacen a la actitud del hombre frente a la naturaleza y a su propio medio; en fin, su cosmogonía.

Englobando un conjunto de elementos aún más inasibles, encontramos también en este plano, las formas de sentir. Es decir las reacciones que los hechos, fenómenos o conductas despiertan en los individuos. Aplicar a este plano y a este tipo de elementos las nociones de modo o de frecuencia a las que antes hacíamos referencia resulta, evidentemente, muy difícil; sin embargo, no es imposible llegar a hacer evidentes algunos de estos elementos no manifiestos propios a determinadas comunidades, así como distinguir sus propiedades de aquellas que lo son de los elementos culturales no manifiestos de otras comunidades.

^{1/} Citado por Hall, Edward en "Au-delà de la culture". Seuil, París, 1979.

En definitiva, podemos decir que las fronteras de todo este conjunto de elementos interrelacionados conforman la cultura y los límites de la "identidad cultural" de una determinada comunidad y determinan el sentido de pertenencia a la misma, sino a su cultura. A. Birou sostiene que esa pertenencia se expresa siempre en una forma de compartir positivamente.^{1/}

Habiendo identificado los elementos que componen, desde nuestro punto de vista, la noción de cultura, veamos ahora de definir sus características principales. E. Hall en la obra mencionada sostiene que:

"... a pesar de numerosas divergencias de detalle, la mayor parte de los antropólogos definen la cultura sobre la base de las tres características siguientes: no es innata, sino adquirida; los diversos aspectos de la cultura constituyen un sistema -es decir que todos los elementos de la cultura son solidarios; finalmente, ésta es compartida y, por lo tanto delimita los diferentes grupos."

Digamos por nuestra parte que en el proceso de adquisición de la cultura a que hace referencia Hall, ha jugado tradicionalmente un rol fundamental la educación. A este respecto H. Malek nos dice que:

"Si la preservación es la primera condición de supervivencia de una sociedad en tanto que tal, la reproducción social es igualmente una condición fundamental, dado que mientras los hombres son mortales, la sociedad sobrevive a la desaparición de sus miembros. Esta supervivencia no puede ser asegurada que a través de la reproducción tanto física como cultural de los nuevos miembros. El aspecto cultural de esta función social se llama educación. Se puede definir la educación como el conjunto de acciones que ejerce una sociedad sobre sus jóvenes desde el nacimiento con la finalidad de formarlos y modelarlos a la imagen de sus miembros adultos. Esta definición es general, pero ella tiene el mérito de poner de relieve la

^{1/} Birou, Alain, "La cultura moderna como desarrollo de la voluntad de poder" en "Desarrollo", Madrid, 1982, Nº1.

función particular de la educación que consiste en diferenciar a los miembros de una sociedad de los miembros de otras sociedades."^{1/}

Este rol de la educación resulta hoy en día completado, sino modificado, por los mensajes transmitidos a través de los llamados medios de comunicación social.

En lo que se refiere a la naturaleza del sistema que tendría la cultura, preferimos decir, corrigiendo en esto a Hall, que los elementos que la componen son funcional e interiormente consistentes y que están imbricados y condicionados mutuamente. Esto no debe dar, sin embargo la imagen de un conjunto estático, sino todo lo contrario. Todos los elementos que componen una cultura -y por consiguiente toda una cultura- están sujetos a evolución y a quiebras dentro del sistema. En nuestro análisis posterior habremos de ver una serie de tensiones culturales que nos van a interesar particularmente, en especial aquellas que surgen como producto de la asincronía en la evolución entre las escalas de valores y estructuras institucionales de la sociedad, por una parte, y las formas de organización del trabajo, por la otra.

Por otra parte, la cultura, al ser compartida, cumple una función de integración social y permite que los acontecimientos que suceden al interior de la comunidad sean inteligibles y significativos para sus miembros. Esto, sin embargo -como de alguna manera ya hemos visto antes- no significa que toda la cultura sea compartida por todos los miembros de una comunidad, ni que ésta sea una estructura monolítica que no admita variaciones dentro de sí misma. De hecho dentro de cualquier cultura hay subculturas propias de diversos grupos sociales, estratos o incluso profesiones, y que representan, a veces, variaciones importantes con relación a la cultura del conjunto de la comunidad como producto de la preminencia de ciertos valores o formas de vida que diferencian a sus integrantes de los del resto de la comunidad.

^{1/} Malek, H., "La politique du développement et la culture dans les pays en développement" en Centre International pour le Développement (CID), "La culture clef du développement", UNESCO, París, 1983.

Esto mismo es fuente de evolución del conjunto de la cultura, según la capacidad que tengan los distintos grupos poseedores de una cierta subcultura para controlar, en mayor o menor medida, la vida comunitaria y, por esa vía, condicionar la evolución misma de la cultura de la comunidad.

Además de las tres notas fundamentales destacadas por Hall consideramos necesario, dentro de las finalidades del análisis que vamos a hacer más adelante, poner de relieve las siguientes otras características de la cultura. La primera de ellas es que ésta está asociada a una comunidad más que a una sociedad: la vinculamos más a la noción de tribu, o incluso de grupo social, que a la de sociedad. Hay una cultura "navajo" o "negra" antes que una cultura "norteamericana", o una cultura "kurango" o "malinke" antes que una cultura de la Costa de Marfil. Vale decir que, a menudo, hay un factor étnico en juego en la determinación del área de pertenencia de la cultura. Sin embargo, cuanto mayor es el grado de integración -en el sentido de mestizaje y de capacidad de dilución de conflictos así como de posibilidad de compartir objetos y experiencias, pero también de instituciones, y en especial las que son portadoras de prestigio o fuente de poder- de una sociedad, mayor es la integración de las culturas de las comunidades que la componen en una cultura que tiende progresivamente a hacerse extensiva al conjunto de la sociedad. A pesar de ello, siempre quedan diferencias importantes y aun dentro de la misma sociedad -que ya a este nivel se acerca mucho a la noción de "nación"- subsistirán, por lo menos, una cultura urbana y una cultura rural, diferenciadas por experiencias, formas de vida y valores distintos.

Esta última distinción entre cultura urbana y cultura rural la hacemos aun a riesgo de generalizar de la misma manera que, por razones de simplificación de la exposición, a menudo tendremos que distinguir entre una cultura "moderna" y una cultura "tradicional" o entre la cultura "occidental" y las restantes. A pesar de ello, permítasenos un cierto relativismo cultural, al señalar que la visión que aquí estamos brindando del término "culturas" lo estamos elaborando desde dentro de una cierta cultura a la que más adelante también definiremos.

Otra característica destacable de la noción de cultura es su permanencia en un ámbito geográfico más o menos definido. Cuando a ella se le agrega la existencia de cierto tipo de instituciones que implican un grado

de elevada estructuración y formalización, como orden jurídico o Estado, estamos frente a una estructura más compleja llamada "nación". Su surgimiento y reciente generalización es un hecho ajeno a la evolución de muchas comunidades con una fuerte estructura socio-cultura propia que, al ser incorporadas a este otro tipo de estructura se ven condenadas a la categoría de "tribus" o de "minorías nacionales" más o menos aceptadas o integradas dentro de aquella otra estructura. Este es un problema distinto al de las subculturas, puesto que aquellas son, propiamente hablando, culturas diferenciadas de la cultura predominante a nivel de la estructura "nación".

Otra característica ya señalada de la cultura es su dinámica, sea como un proceso endógeno o como producto de las influencias externas. Toda cultura lleva consigo mecanismos de facilitación del cambio, en una dirección determinada o no, o mecanismos que lo dificultan.

Al mismo tiempo, toda cultura posee una dimensión política, es decir una estructura implícita de poder que asigna roles de predominio o de dominación, roles de sometimiento o subordinación y que, además, cuenta generalmente también con los elementos necesarios para "legitimar", justificar o apuntalar dicha estructura de poder. Este último elemento tiene que ver con aquella función esencial de la cultura a la que hacía referencia Malek: la de preservarse a sí misma.

Por eso mismo la cultura es el substrato de una comunidad, es aquello que asegura su coherencia e identidad y como producto de ello hace que toda cultura sea etnocéntrica, definiendo así las funciones de diferenciación y de autovaloración que van a facilitar aquella supervivencia. Por esta misma vía es posible encontrar en muchas culturas aspiraciones de expansión y de dominio que no constituyen sino una exarcebación de aquella otra función de preservación.

Volviendo al sentido dinámico de una cultura recordemos que toda cultura está sujeta al cambio, sea como producto de su evolución endógena como del impacto de factores externos. De afuera pueden llegar tanto ideas como productos, o la dominación y el poder ajeno. Y dentro de cualquier sociedad las fuerzas de cambio pueden ser poderosísimas. El descubrimiento o la adaptación de nuevas técnicas, el ascenso de nuevos grupos sociales,

la evolución de los conocimientos o de las creencias, las transformaciones del medio y los ajustes a que obliga a los individuos, y tantos otros factores, que pueden jugar, en todo momento, el papel desencadenante de transformaciones importantes de una cultura determinada. Evidentemente, la antropología tradicional ha contribuido mucho a dar una imagen estática de las sociedades "tradicionales" que ha estudiado. Primero, porque ha priorizado, en algunos casos con buenas razones, el estudio de sociedades "primitivas" y especialmente aisladas, para poder así mejor identificar los factores que las caracterizaban. Y segundo, porque debido a los métodos de análisis utilizados, generalmente no ha podido prestar tanto atención a los aspectos evolutivos como a aquellos que están presentes en un determinado momento.

Tomando, en cambio, la noción de cultura a través de la identificación de los elementos y de la definición de las características antes señalados, podemos evitar caer en el proceso de ideologización o de idealización que ha llevado en un momento a confundir una determinada cultura con "la Cultura" y en otro a una sobrevaloración de la cultura, en el sentido de cultura tradicional, como opuesta a procesos de modernización o desarrollo. Es decir, podemos llegar a disponer de una conceptualización que nos otorgue una visión holística, comprensiva, del funcionamiento de una comunidad y de los procesos de cambio que la caracterizan.

2. Del "progreso" al "desarrollo"

La noción de desarrollo ha jugado en la segunda parte del siglo XX el mismo rol que las nociones de progreso, modernización o europeización jugaron en gran parte del mundo, pero especialmente en Medio Oriente y en América Latina, en el siglo XIX. Así como hoy pareciera ser el destino de todo el Tercer Mundo el desarrollarse, en el siglo pasado en las regiones citadas la voz de orden era la modernización y el progreso, representados ambos por la imagen de la Europa de la primer revolución industrial^{1/}.

^{1/} Para los antecedentes económicos del proceso de modernización en el Imperio Otomano, en Egipto y en América Latina en el siglo XIX ver G. Corn, "El endeudamiento de los países en desarrollo: origen y mecanismos", especialmente el capítulo A: "Recurrencia histórica del fenómeno del endeudamiento: las deudas del Tercer Mundo en el siglo XIX" en Sánchez Arnau, J. C., "Deuda externa y desarrollo", ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1981.

Este proceso de pasaje del progreso al desarrollo ha ido acompañado por la transformación de dicho término de una metáfora en un mito. En un incisivo ensayo recientemente publicado G. Esteva^{2/} sostiene que:

"Desarrollar el pergamino" fue, probablemente, el primer uso vernáculo de la palabra. Aludía, solamente a la acción consistente en devolver a un objeto su "forma original" para ponerlo en condiciones de cumplir la función para la que había sido elaborado. El pergamino no estaba desarrollado en su origen; para poder desarrollarlo se requería, previamente, enrollarlo dándole una forma de existencia que no era la suya.

La experiencia vernácula, sin embargo, describía una operación a la que era posible dar un sentido más general: el proceso en el cual se despliegan las "potencialidades" de un objeto u organismo hasta alcanzar su forma "natural" o "prevista". Esta aptitud de la expresión hizo posible que se la empleara, metafóricamente, para definir un nuevo campo de conocimiento: la explicación del crecimiento "natural" de plantas y animales. La metáfora permitió exponer el fin del crecimiento, primero, y mucho más tarde, su programa. El desarrollo de los organismos vivos fue, en biología, el proceso mediante el cual se ejercían las "potencialidades" genéticas del organismo al tratar de alcanzar su fin: la forma "natural" del organismo en cuestión, prevista por el biólogo. El desarrollo se frustraría en los casos en que la planta o el animal no pudiera cumplir su programa genético o lo abandonaran, para tomar otro. No habrían cumplido su fin, su teleología. Su crecimiento, de existir, no habría sido desarrollo sino comportamiento anómalo, patológico y aun antinatural."

^{2/} Esteva, G., "La arqueología del desarrollo: metáfora, mito, amenaza". Ponencia presentada a la XXII Conferencia General de la Sociedad Internacional para el Desarrollo, Roma, 1985, roneo.

Siempre según Esteva, Schumpeter habría sido primer autor en hacer uso metafórico de expresiones tomadas prestadas de la biología. En su "Teoría del desarrollo económico" (publicada originalmente en español como "teoría del desenvolvimiento económico") escrita en 1911, Schumpeter habría recurrido al uso de términos como mutación y desarrollo, aunque evitando cuidadosamente caer en el darwinismo social que estaba de moda en aquella época y poniendo el acento en la necesidad de hacer del crecimiento una empresa propia a un programa intencional y centrando la atención en la función activa de sus agentes -y más particularmente en la de uno de ellos, el empresario- en contraste con las teorías de otros autores de la época más preocupados por las leyes de la acumulación económica o las reglas de funcionamiento de las sociedades económicas. Paradójicamente, sin embargo, la metáfora del desarrollo no alcanzó el nivel de mito sino al concebirse su contrario: el subdesarrollo. Esta noción habría sido puesta políticamente en circulación por el Presidente Truman al definir el famoso punto 4º del Plan de Ayuda para la Reconstrucción posterior a la II Guerra Mundial, esto es en enero de 1949.

La noción de desarrollo que comienza a surgir en los años 50 y que, gracias a la elaboración de la llamada "teoría del desarrollo", alcanza plena vigencia a partir de los años 60, la hemos definido por nuestra parte como un paradigma, en el sentido de conjunto de imágenes y representaciones sobre el proyecto de sociedad que se aspira a alcanzar o a crear a partir de la sociedad existente^{3/}. Ese paradigma consistiría, en definitiva, en recrear en los países llamados "subdesarrollados" las sociedades modernas, industrializadas y altamente urbanizadas de los países "centrales" o "desarrollados". Consistiría, por lo tanto, en trasladar el proceso de urbanización, industrialización y adelanto tecnológico, de transformación y elevación de la productividad rural, de salarización y de monetización de la economía a países cuya

^{3/} Sánchez Arnau, J. C. (editor), "Cultura y desarrollo económico en América Latina". Eciel/Fondo Internacional para la Promoción de la Cultura de la UNESCO. Río de Janeiro, 1985.

estructura económica está muy lejos de reunir las características de aquellas otras sociedades de las que emana este paradigma.

Hemos también definido la teoría del desarrollo como una ideología, en el sentido de justificación teórica de las relaciones sociales que se propone que rijan en el seno de una determinada sociedad. Y en este caso como la ideología sostenida por los grupos sociales emergentes en muchos países del Tercer Mundo que aspiraban a la creación de un tipo de sociedad que se sintetizaba en aquel paradigma del desarrollo. Aquí resulta necesario hacer la aclaración de que este desarrollo no es uno sino que se presenta en diversas versiones: algunas de ellas, fieles a la imagen de los países industrializados de Occidente, pregonan un desarrollo "abierto", de tipo capitalista, que vincule las sociedades "en desarrollo" a la economía internacional; otras versiones de este mismo desarrollo privilegian, en cambio, estrategias socialistas o colectivistas, con una fuerte participación del Estado como factor de promoción del cambio, siguiendo políticas de elevada autonomía o incluso autarquía económica y, a veces incluso, desvinculándose de las corrientes de la economía internacional.

A este respecto G. Rama sostiene que: -

"Las teorías del desarrollo... cubren un espectro de opciones dentro de un cierto modelo de desarrollo, variando desde la ideología "desarrollista" hasta la neo-capitalista liberal, en la medida en que todas ellas insisten en una concepción que privilegia el proceso de crecimiento económico como condición y causante del desarrollo en general y específicamente del desarrollo social."^{4/}

Esta ideología -valedera en tanto que aspiración de cambio y de superación de muchos de los problemas propios a las sociedades del llamado "Tercer Mundo" olvidaba sin embargo incorporar a sus desarrollos teóricos tres elementos fundamentales en todo proceso de cambio

^{4/} Rama, G., "Educación, imágenes y estilos de desarrollo". Doc. CEPAL D.S./114, Santiago de Chile, 1974.

económico y social: el contexto histórico en que ese cambio era posible; las estructuras socio-culturales (que nosotros hemos sintetizado en torno al término "cultura") en que se apoya todo cambio económico o social; y las relaciones de poder que lo hacen posible. Es decir, idealizaba las posibilidades de organización de transformaciones de gran magnitud en sociedades que carecen de un contexto histórico diferente al que conoce hoy el mundo subdesarrollado, de estructuras socio-culturales que o no le son propias o le son difícilmente impostables, y, finalmente, prescindía de las realidades de poder nacional e internacional que presiden esas posibilidades de transformación.

Esto era una consecuencia directa de la característica esencialmente economicista y fundada en un cierto mecanicismo histórico ingenuo que, junto a un evidente etnocentrismo, caracteriza desde sus orígenes a la noción de desarrollo. Economicismo, porque pretende que a través de las solas políticas económicas se pueden promover y lograr transformaciones sociales que en realidad descansan sobre un sustrato cultural muchas veces impermeable a esas transformaciones económicas. Mecanicista desde el punto de vista histórico, en cuanto pretende que todas las sociedades pasen a través de determinadas etapas para alcanzar, finalmente ese estado "natural" que sería el que corresponde a las sociedades industrializadas y "modernas". Por ello mismo, etnocéntrico, es decir concebido como si el modelo propio a las sociedades industrializadas y modernas fuera el que debieran perseguir y alcanzar todas las restantes sociedades del mundo, con prescindencia también en este caso de las diferenciaciones culturales que las caracterizan.

Este mito del desarrollo tomó aún mayor cuerpo cuando pasó a ocupar un lugar privilegiado en las discusiones y negociaciones entre países industrializados y del Tercer Mundo, especialmente en el marco de los organismos económicos del sistema de las Naciones Unidas. De este modo el mito adquirió niveles de idealización y de abstracción tales que vinieron a dificultar seriamente la distinción entre la aspiración original de cambio y transformación y el contenido ideológico bajo el que finalmente predominó en el terreno de las ciencias sociales.

De este modo, la verdadera dimensión del término "desarrollo" debemos buscarla en el marco del proceso histórico que lleva, primero, a la constitución y consolidación de la llamada "civilización occidental" (europea en un principio, pero de más amplia base geográfica ulteriormente) y a su posterior desborde y conquista de buena parte del mundo en tres etapas sucesivas, que podríamos definir como colonial, la de la expansión capitalistas (o imperialista) y la de la penetración cultural.

Es un proceso en el inicio relativamente localizado, muy prolongado y con una fuerte dinámica propia, que se caracteriza al mismo tiempo por: un avance en el plano científico y tecnológico que no conocía precedentes y que pareciera estar íntimamente ligado a una concepción de la relación del hombre con la naturaleza en la que las notas esenciales son la voluntad de dominio y de transformación; una aspiración de poder material "vinculado a esa misma característica que permite y promueve aquel avance científico y tecnológico" (pero que también se transforma en una voluntad de posesión de bienes materiales que conduce a una forma de utilización del excedente social muy distinta a la que conocieron anteriormente muy diversas culturas) y a una aspiración de poder político y dominio de otros pueblos que por su extensión quizás tampoco haya tenido precedentes. Finalmente, la tercera característica importante de este proceso que nos interesa señalar es la constitución de la "nación" como expresión de la consolidación de la sociedad a través de estructuras que son propias a esta cultura. Es en definitiva la conjunción de estos tres elementos la que va a permitir a la civilización occidental desbordar sus fronteras y conquistar o, al menos asegurar su predominio, sobre prácticamente el resto del mundo. Obsérvese que en ese proceso la civilización occidental quebró procesos quizá semejantes que estaban en curso en países como la China o la India -esta es, por ejemplo, la opinión de Paul Baran- o que condicionó profundamente el proceso de evolución de otras culturas como la japonesa, hasta el extremo de impregnarlas con muchos de sus elementos sin por ello llegar a afectar a las notas esenciales de esa misma cultura. Esto es producto no sólo de la mayor o menor capacidad de defensa y la mayor o menor permeabilidad de una cultura sino también producto de la voluntad o no de expansión implícita en la estructura de cada cultura. Así, por ejemplo,

J. L. Sampedro nos dice que la pólvora, la imprenta y la brújula fueron inventadas o descubiertas en China antes que en Occidente; sin embargo allí la pólvora fue utilizada esencialmente para los festejos; la imprenta fue dejada de lado en favor de la fina y bella caligrafía china, posiblemente teniendo en cuenta que la forma escrita de transmisión del conocimiento estaba reservada sólo a una limitada franja de la sociedad y finalmente, la brújula si bien fue objeto de un uso extensivo nunca llegó a despertar en los chinos la ambición de ir mucho más lejos de sus fronteras ¿Para qué hacerlo si China significa Imperio del Centro (del mundo)?

En el marco de este proceso las sociedades "tradicionales" del mundo no occidental se encontraron imposibilitadas de resistir a aquella voluntad de penetración y de dominio. Por ello fueron subordinadas políticamente o explotadas económicamente y, en definitiva, dominadas culturalmente. En ello jugaron un rol principal la introducción de formas de producción que -como ya veremos más adelante- dislocaron la estructura social propia de esas sociedades; la introducción de valores, creencias, conocimientos, y objetos (que también son portadores de valores) que horadaron el sustrato cultural en que descansaba la cohesión cultural, y por lo tanto social, de aquellas comunidades.

Más aún hoy asistimos a un proceso históricamente inédito: el de la expansión y la dominación o predominio de una cultura cuyos vectores esenciales son objetos y no ideas. Puesto que más allá de la dominación directa de naturaleza política, lo que hoy prima en la dependencia del Tercer Mundo es el predominio sobre sus culturas de parte de una cultura cuyos vectores principales de penetración han sido los objetos, frutos del avance científico y tecnológico en que descansa, entre otras cosas, la fuerza en aquella cultura.

B. Los conflictos entre desarrollo y cultura

La mayor parte de los conflictos que se presentan a nivel teórico entre las nociones de desarrollo y cultura provienen del hecho de considerar al desarrollo esencialmente como un proceso de modernización y transformación económica y social inevitable, o deseable más allá de los costos humanos y sociales que pueda comportar, por una parte, mientras que por otra se

suele ver a la cultura como la expresión de la tradición y de la identidad de una sociedad, que por el solo hecho de ser tal debe ser preservada, conservada y puesta al reparo del impacto de un proceso de modernización vivido generalmente como algo exógeno a dicha sociedad. En esta sección analizaremos estos conflictos, primero a nivel de la teoría y de la práctica del desarrollo, es decir como producto de la instrumentación de proyectos de desarrollo, y luego como consecuencia de los procesos de modernización más general que viven la mayor parte de las sociedades del llamado Tercer Mundo.

1. Los conflictos a nivel de la teoría y de la práctica del desarrollo

Históricamente hablando, los conflictos entre cultura y desarrollo surgieron, en primer lugar, justamente como consecuencia de la visión esencialmente economicista del desarrollo que pretendía que la cultura -y como veremos más adelante en realidad la estructura sociocultural- solía constituirse en un obstáculo al proceso de desarrollo. El análisis de estos problemas se realizaba esencialmente a partir de una visión antropológica de un núcleo social, destinada a tratar de identificar los obstáculos al proceso de desarrollo y las formas de poder superarlos a través de la identificación de formas de intervención: ya sea nuevas tecnologías, programas de educación, formación u otros -más eficientes que los inicialmente previstos. La preocupación central era entonces la de "promover el desarrollo" y para ello era fundamental identificar los obstáculos que se oponían a ello.

En una obra clásica, que caracteriza perfectamente esta visión de la problemática a la que nos referimos, George M. Foster^{1/} identificaba tres causas esenciales de obstáculos que se planteaban entre los "agentes promotores del desarrollo", por una parte y las poblaciones supuestamente "beneficiarias" de las actividades de aquéllos: la incomprensión, la resistencia al cambio; y las contradicciones de intereses. Como puede verse se trata de una visión marcadamente etnocéntrica donde los

1/ Foster, George M., "Las culturas tradicionales y los cambios técnicos". Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

beneficiarios son a la vez fuente del obstáculo a la introducción de los beneficios que se les quieren brindar. Haciendo un inventario de dichos obstáculos, Foster identifica cuatro grandes grupos de barreras al desarrollo.

El primero de ellos son las barreras propiamente "culturales". Los valores y actitudes de las poblaciones beneficiarias que presentan resistencia al cambio, y que encuentran sus fuentes en las creencias y en las supersticiones que a menudo las caracterizan. Y entre ellas, elementos tales como el fatalismo, que según los antropólogos de esta escuela caracterizaría a muchas comunidades tradicionales, y el prestigio de los ancianos como presunta fuente de sabiduría aceptada por la comunidad y, a la vez, fuente de conservación de las tradiciones que justamente se desean superar. En este plano Foster también indica el etnocentrismo cultural, pero no el de quienes divulgan el desarrollo sino el de quienes lo resisten. En este mismo plano también ubica las diferencias y las incompatibilidades lógicas, que provienen del contraste entre las estructuras culturales de los medios de los que proviene el desarrollo y aquéllos a los cuales se trata de inculcar dicho desarrollo. Básicamente, y para citar sólo dos de esas diferencias estructurales, hagamos mención a los contrastes entre culturas politeístas y monoteístas y entre culturas "abiertas" y culturas "cerradas".

Otra barrera cultural importante para Foster, y en este caso ha hecho un verdadero inventario que ha sido reiteradamente citado en la literatura antropológica posterior, son los sistemas de movimiento físico y las posturas habituales del cuerpo. A este respecto, cita los siguientes ejemplos:

"En el Africa negra, los trabajadores del campo se quedan con las piernas rectas y se doblan casi completamente por la cintura, para manejar aperos cortos. Los indios mexicanos también utilizan herramientas de mango corto, pero las manejan en cuclillas, casi pegados al suelo. El artesano norteamericano suele trabajar sobre un banco elevado, y no necesita estar descalzo ni tener destreza en los dedos de los pies. En muchos lugares -y yo lo he observado personalmente entre los indios popoloka de México y en las aldeas del Indostán- el trabajo se realiza sentados en el suelo, y los pies son casi tan necesarios como las manos.

Los norteamericanos manejan el cuchillo de forma que su hoja sale entre el pulgar y el índice; los esquimales y los indios de la costa noroeste prefieren empuñarlo de manera que se proyecte del otro lado de la mano cerrada. Los carpinteros norteamericanos tiran de la sierra hacia ellos, los latinoamericanos la empujan hacia fuera."

En segundo lugar, Foster menciona las "barreras sociales" que incluyen elementos tan diversos como las solidaridades de grupo y las redes de obligaciones mutuas, a veces muy fuertes y estructuradas en el interior de sociedades tradicionales; la existencia de centros de autoridad, tanto a nivel de las estructuras de parentesco como de las estructuras de poder a nivel comunitario-societal, y que representan de por sí una fuente de conflicto con la introducción de cambios técnicos o económicos que van a afectarlos; los conflictos de poder interno y las contradicciones de intereses entre diversos sectores que se adscriben o no a los cambios promovidos por el desarrollo; y las características de la estructura social, tales como las castas y las clases sociales, que en las comunidades muy estructuradas se constituyen a menudo en férreas barreras a la modificación de los roles y del status otorgado por la cultura a los miembros de los distintos grupos que la componen.

En tercer lugar, este autor cita las barreras "psicológicas", que se refieren sobre todo a las percepciones diferentes, entre los promotores del desarrollo y quienes representan a la tradición, acerca no sólo del cambio social sino también de nociones mucho más amplias, que pueden llegar hasta la existencia de cosmogonías diferentes; y a los problemas vinculados con la comunicación y el aprendizaje. El interés por estos últimos, tanto de parte de Foster como de muchos otros autores que tienen una visión semejante a la suya acerca de los problemas del desarrollo, es consecuencia de que su análisis estaba esencialmente ligado a los problemas que se planteaban a los expertos de asistencia técnica de países industrializados que actuaban en el Tercer Mundo.

Finalmente, Foster citaba las barreras "burocráticas" al cambio, que en muchas ocasiones disimulaban la existencia de intereses divergentes, y en otras, la realidad de dos formas muy distintas de procesar las

decisiones al interior de las estructuras administrativas, del país "beneficiario" y del país de origen de las innovaciones vinculadas a los proyectos de desarrollo que se aplicaban en aquel.

En este mismo nivel, pero desde una óptica distinta hemos tenido oportunidad de constatar los problemas derivados de la instrumentación de proyectos de desarrollo en países del Tercer Mundo^{1/}. Dichos proyectos de desarrollo se presentan generalmente como una intervención exterior al medio en el que se llevan a cabo; en alguna manera "alguien es desarrollado" a través de la aplicación de esos proyectos. Lo cual introduce ya dos problemas mayores: el de su externalidad al medio y el de la naturaleza de asistidos que suelen tomar los supuestos beneficiarios de los mismos.

Un proyecto de desarrollo consta generalmente de ciertos objetivos bien definidos. En general se trata de objetivos de naturaleza económica, como por ejemplo aumentar el nivel de ingresos de una cierta población o incrementar la producción de un determinado bien; sin embargo, en otros casos los objetivos son más bien de naturaleza social: erradicar una determinada enfermedad, disminuir la tasa de natalidad, mejorar la educación, etc. Tales proyectos incluyen también la descripción detallada de los medios y recursos que habrán de ser utilizados para llevar adelante aquellos objetivos y suelen definir las formas de colaboración y la distribución de responsabilidades entre los agentes de promoción del desarrollo (autoridades nacionales o locales, organismos internacionales o no gubernamentales) y las poblaciones o instituciones directamente concernidas por los mismos. Finalmente, incluyen también un calendario y un cronograma de actividades que fijan, de algún modo, el horizonte temporal de instrumentación del proyecto.

A través del análisis de un elevado número de proyectos, de la experiencia recogida por parte de un buen número de expertos internacionales con larga trayectoria en la evaluación e instrumentación de proyectos, y a través de cuestionarios sometidos a diversas instituciones internacionales

^{1/} Ver en particular Centre International pour le Développement, "La culture clef du développement", op. cit.

que se ocupan del diseño, financiamiento o instrumentación de proyectos y programas de desarrollo, hemos podido llegar a determinar: que existe un elevado porcentaje de "fracaso" de tales proyectos; que la evaluación ex-post de proyectos de desarrollo es muy limitada -por no decir casi inexistente en determinadas áreas- y que en el diseño e instrumentación de dichos proyectos, están casi invariablemente ausentes las consideraciones de índole socio-cultural que aquí nos interesan.

A menudo el fracaso de tales proyectos se expresa a través del abandono de los mismos; de su no prosecución una vez retirado el apoyo externo que los originó; de la reelaboración de sus objetivos por parte de los "usuarios/beneficiarios"; o en la generación de efectos no previstos originalmente.

Detrás de aquellos resultados se encuentran dos grupos fundamentales de causas: el primero de ellos tiene que ver con la actitud de la población concernida por el proyecto, y el segundo, esencialmente con la naturaleza de los proyectos, y en particular con las ideas o la visión del desarrollo que tienen los responsables de la elaboración e instrumentación de dichos proyectos.

En lo que se refiere a la actitud de la población, cabe señalar, en primer lugar, que ella es muy diferenciada según tenga una experiencia previa o no de contactos con proyectos de desarrollo. En segundo lugar, cabe distinguir entre cuatro actitudes básicas. La primera de ellas es la actitud del "todo o nada", es decir el vincularse estrechamente a la suerte del proyecto con la esperanza de que el mismo provea cambios importantes en la vida de la población concernida o, por el contrario, no otorgar ninguna posibilidad de repercusión o de transcendencia al mismo. Una segunda actitud habitual es la del escepticismo y la distancia ante la ejecución del proyecto, a menudo debido a resultados de experiencias previas que llevan a la población concernida a dudar de la eficacia de los mismos, aunque sin renunciar completamente a la posibilidad de poder obtener algún beneficio de su implementación. Una tercera actitud, que se encuentra a menudo en la población concernida por un determinado proyecto, es la del interés selectivo respecto de los objetivos o respecto de algunos aspectos determinados de la instrumentación del mismo: es decir, el compromiso de los beneficiarios del proyecto no se refiere al mismo en su conjunto sino

a algunos aspectos que interesan en forma directa a los beneficiarios, pero que no son necesariamente los que presiden la ejecución o el diseño del proyecto. Finalmente, otra actitud habitual -y a ello ya se ha hecho referencia al hablar de los resultados de los proyectos de desarrollo- es la de reelaborarlos o "recuperarlos" tendiendo a dar a los mismos un sentido distinto al de su concepción original.

En lo que se refiere al segundo grupo de causas que explican el elevado porcentaje de fracasos de proyectos de desarrollo, debemos señalar que si bien hay tres razones que aparecen con mayor frecuencia que otras, las mismas a menudo se superponen; y si las analizamos separadamente es esencialmente para facilitar la exposición. La primera de esas causas es la naturaleza no participativa que caracteriza a gran número de proyectos de desarrollo -y al "desarrollo" en sí mismo. Esto está vinculado al hecho ya señalado antes de que generalmente dichos proyectos constituyen una intervención externa al medio en que se lleva a cabo. Esto, a su vez, hiere la participación de las poblaciones interesadas por tales proyectos o las lleva, como ya se indicará antes, a considerar a los mismos con escepticismo o, en todo caso, con un interés sumamente limitado y esencialmente referido a aquellos aspectos del proyecto que tienen mayor vinculación con las aspiraciones propias del medio en el que se lleva a cabo. Este problema de la naturaleza no participativa de los proyectos de desarrollo se acentúa marcadamente en aquellos casos de proyectos concebidos, diseñados, fuera del país en que se los instrumenta. En esos casos, tanto a nivel de los objetivos como de a los instrumentos utilizados para alcanzarlos, suele haber una gran distancia entre la opinión del planificador y la de aquellos que están llamados a ser los beneficiarios del proyecto. No cabe pensar, sin embargo, que este tipo de problemas no se presenta tampoco en el caso de proyectos concebidos en el propio país donde se los lleva a cabo: las contradicciones entre el poder central y los poderes locales o regionales, a menudo exarcebados cuando se trata de naciones relativamente jóvenes donde el proceso de "integración nacional" aún no ha sido completado, suelen dar lugar a desinteligencias de ese tipo todavía más marcadas que las antes referidas. Mucho más aún, en el caso en que el poder central intenta o procura llevar adelante objetivos que están totalmente desvinculados con los intereses de las poblaciones que están directamente afectadas por esos proyectos de desarrollo.

Este es un tema acerca del que se ha escrito mucho y la literatura sobre el desarrollo ha dado amplia cabida a la consideración del tema de la participación de las poblaciones concernidas por los proyectos de desarrollo, tanto en la determinación de sus objetivos como en la de los instrumentos o medios adecuados para llevarlos adelante, hasta el extremo que se ha llegado a creer en una cierta idealización de la participación.

El tema de la participación si bien tiene una importancia mayor para determinar el éxito o el fracaso de muchos proyectos de desarrollo no es, sin embargo, tan determinante como muchas veces se ha señalado. Es evidente que sin ella, al menos a nivel de decisión, no es posible conseguir una real adhesión de la población concernida por el proyecto, pero tampoco cabe esperarlo todo de esa sola participación. Y ello a menudo se debe a la falta de interés por participar, pues aun cuando esa posibilidad esté abierta a las poblaciones directamente concernidas por el proyecto de que se trate, es posible que sus objetivos, en cambio, no entren dentro de sus verdaderas aspiraciones, las cuales muchas veces no están tan manifiestas o no son tan evidentes aún en las opiniones de dicha población. Por otra parte, y aunque esto puede resultar contradictorio y difícil de aceptar, la experiencia demuestra que el interés por participar no siempre es universal. Una de las razones de esa falta de interés se debe al hecho de que participar implica muchas veces más inconvenientes que beneficios, excepto para quienes ejercen una posición de liderazgo o son responsables o tienen un interés muy directo y específico en la ejecución de un proyecto. En definitiva, la tasa de participación está a menudo vinculada al interés que encuentran los individuos en distraer su tiempo o sus esfuerzos en dicha participación, intereses que pueden referirse tanto a aspectos económicos o sociales como a elementos simbólicos, que tienen que ver con las representaciones que esos mismo individuos se hacen acerca de los resultados de su participación en proyectos de esta naturaleza^{1/}.

^{1/} Véase al respecto, Desjeux, D. (editor), "L'eau dans les sociétés rurales". L'Harmattan, París, 1985.

Como respuesta a estos problemas vinculados a la insuficiente participación de la población en los proyectos de desarrollo, en los últimos años se han elaborado nuevas metodologías destinadas a facilitar o a abrir la participación en etapas previas a la del diseño de un proyecto de desarrollo, es decir, abrirla a aquellas acciones que se refieren a la identificación de las reales necesidades -y en particular de las necesidades tal como son "sentidas" por las poblaciones que van a ser beneficiarias del proyecto de desarrollo. Entre las metodologías de investigación no tradicionales que se vinculan a esta corriente, cabe señalar especialmente la llamada "investigación para la acción participativa"^{1/}

En lo que se refiere al fracaso del proyecto de desarrollo como producto del desconocimiento de la estructura socio-cultural en la que se introducen dichos proyectos, es uno de los temas que más abundantemente ha tratado la literatura sociológico o antropológica sobre el desarrollo.

Desde los trabajos pioneros de Foster hasta los numerosos estudios llevados a cabo por instituciones como la Oficina de Investigación Científica y Técnica de Ultramar (ORSTOM), es mucho lo que se ha avanzado en el mejor conocimiento de la estructura socio-cultural de los países del Tercer Mundo con vistas a facilitar la instrumentación de proyectos vinculados al desarrollo económico y social de dichos países. A pesar de ello, el desconocimiento de muchos aspectos de este problema es todavía muy grande y particularmente en el seno de aquellas instituciones dedicadas al financiamiento, la evaluación o el diseño de proyectos de desarrollo.

Un documento reciente del Banco Mundial señala que "hasta hace relativamente poco tiempo la planificación para el desarrollo no ha tenido adecuadamente en cuenta los aspectos humanos, económicos y sociales del proceso de aculturación"^{2/} Esto implica reconocer que en instituciones tan importantes como la indicada en materia de financiamiento de proyectos de desarrollo, se considera que el impacto de esos mismos proyectos

^{1/} Véase al respecto los documentos publicados en el marco del Grupo de Trabajo sobre "Participación y necesidades" de la Asociación Europea de Investigación y Formación para el Desarrollo (EADI), y más particularmente aquellos publicados durante la Conferencia General de dicha institución llevada a cabo en Madrid, en septiembre de 1984.

^{2/} Banco Mundial, "Tribal peoples and economic development". Banco Mundial, Washington, 1982.

sobre la cultura de las poblaciones concernidas -en forma de aculturación- recién ahora comienza a ser objeto de análisis en profundidad. Ya hemos señalado en otros trabajos los resultados de una encuesta detallada llevada a cabo en más de 30 instituciones internacionales o de países industrializados que financian o participan en la ejecución de proyectos de desarrollo en países del Tercer Mundo, que puso de manifiesto que los aspectos socio-culturales del desarrollo no eran normalmente tenidos en cuenta por parte de dichas instituciones tanto en la etapa de evaluación como en las de instrumentación o de evaluación ex-post, cuando ésta tenía lugar. También hemos señalado que esto se debía esencialmente al hecho de que:

"La mayor parte de los proyectos de desarrollo económicos son concebidos en función de su rendimiento económico y suelen descansar sobre innovaciones técnicas. Por esa misma razón, la determinación de llevarlos adelante descansa casi invariablemente sobre los resultados de una evaluación "costo-beneficio" que raramente tiene en cuenta los costos no económicos que puede tener el proyecto. Y por esa causa, es que la casi totalidad de las instituciones que se ocupan del financiamiento de proyectos de desarrollo prescinden del asesoramiento de sociólogos, antropólogos o psicólogos sociales que les permitirían determinar de antemano los posibles inconvenientes que pueden derivarse de la existencia de obstáculos culturales a la ejecución de los proyectos."^{1/}

Las innovaciones derivadas de los proyectos de desarrollo suelen afectar normalmente las formas de organización social del trabajo, especialmente cuando se trata de proyectos en medio rural, y a veces también las costumbres, las tradiciones o las creencias de las poblaciones concernidas. Cuando no implican un contraste importante con nociones fundamentales ancladas en lo más profundo de las culturas locales, tales

^{1/} Sánchez Arnau, J. C., "Cultura y desarrollo económico en América Latina", op. cit.

como la noción del tiempo, o la relación del hombre con la naturaleza y, más concretamente, con la tierra. Si estos elementos no son tenidos en cuenta es muy probable que el proyecto en cuestión no tenga los resultados esperados. El catálogo de proyectos "fracasados" por no haber tenido suficientemente en cuenta estos factores es extremadamente amplio y no sería del caso citar ejemplos ahora, especialmente debido a que es un tema que desarrollaremos con mayor profundidad en los capítulos siguientes:

Cabe, sin embargo, señalar que en estas materias se han registrado en los últimos tiempos algunos desarrollos importantes. En primer lugar, cabe mencionar la influencia que han tenido las discusiones internacionales sobre las tecnologías "intermedias" o "apropiadas" que sirven para poner de manifiesto la naturaleza "no neutra" de la tecnología desde el momento en que toda técnica puede ser considerada como un vector que lleva consigo las notas esenciales de la estructura socio-cultural en la que se origina. Y que, por lo tanto, su adaptación a un medio profundamente distinto -como suele ser el caso- no puede llevarse a cabo sin afectar a los factores a los que antes se ha hecho referencia.

Y esto, sin tener en cuenta el impacto que los proyectos de desarrollo pueden tener a nivel de la distribución de bienestar entre los grupos sociales o las comunidades afectados por los mismos. Ambos problemas son crecientemente tenidos en cuenta y en ello ha jugado también un rol importante un segundo factor al que cabe hacer mención: la creciente presencia en los países en desarrollo de organismos no gubernamentales que suelen actuar como agentes de instituciones que financian dichos proyectos, o que toman directamente la responsabilidad de llevarlos a cabo. La naturaleza de esas instituciones no gubernamentales y su ideología esencialmente altruista, así como su mayor vinculación con las poblaciones locales que la que suelen tener los planificadores de proyectos de desarrollo de instituciones de otro tipo, permiten que los intereses y las necesidades reales de dichas poblaciones sean más adecuadamente tenidas en cuenta, tanto en el diseño como en la ejecución de los proyectos. Por otra parte, muchas de estas instituciones han desarrollado ya técnicas de participación, generalmente inducida, que se aproximan a las que ya se ha señalado más arriba y que permiten que la vinculación entre los proyectos y la

población concernida seade tal naturaleza que el índice de fracasos disminuya considerablemente.

La tercer causa importante que explica el elevado número de fracasos de proyectos de desarrollo a que antes hemos hecho referencia, es la reticencia de los planificadores o responsables de la ejecución de dichos proyectos, a aceptar la existencia de una cultura distinta a la propia entre las poblaciones con las cuales está llamado a llevar a cabo su proyecto:

"Es decir, en definitiva, la naturaleza etnocéntrica del desarrollo aplicada al diseño y a la ejecución de proyectos. Y este problema es mucho más importante de lo que aparece a primera vista, pues afecta particularmente a los planificadores de los propios países en los que se instrumentan dichos proyectos. Y ello se debe a que a menudo los planificadores o expertos encargados de ejecutarlos han pasado por dos tipos de procesos de aculturación. El primer de ellos -bastante difundido en todo el mundo- es el que se origina en las limitaciones que suele imponer a muchos técnicos el pertenecer a una determinada "subcultura profesional". La visión mecanicista de los hechos sociales de que adolecen dichos técnicos, formados en el ámbito de las ciencias exactas, y su tendencia a hacer primar la solución "técnica" por sobre el problema social que es, en definitiva, el que está llamado a resolver, aunque sea recurriendo a una innovación tecnológica, constituye el eje de este tipo de problemas. El segundo, en cambio, tiene más que ver con el aspecto ideológico del desarrollo y se vincula, no tanto a la formación profesional, como a la visión del mundo de la que es portador el "experto en desarrollo", cualquiera sea su formación profesional. Dicha visión está vinculada a su representación de la sociedad que aspira a construir o que se le ha encomendado que colabore a construir. Por lo tanto, está asociada a la racionalidad propia de ese modelo de sociedad, presidido por una lógica "eficientista", ... racionalista (en el sentido de combinar la experiencia con

un cierto procedimiento de razonamiento ordenado, propio de las ciencias modernas y más particularmente de las exactas) y particularmente atenta a los resultados económicos. Esta visión entra fácilmente en colisión con otros tipos de visiones o de percepciones de la realidad, y con las lógicas que las acompañan. El caso más divulgado es el de la contradicción entre la visión y la racionalidad técnico-científica y la racionalidad campesina. Entre ambas se interponen elementos culturales y disímiles si no francamente contradictorios..."^{1/}

Esto implica actitudes y valoraciones frente a las innovaciones introducidas o que se intenta introducir a través de los proyectos de desarrollo, que hacen muy difícil la relación entre el planificador y los beneficiarios de los proyectos. Mucho más cuando aquél se siente cargado de la responsabilidad de "desarrollar" a los beneficiarios o a su medio o, lo que puede ser aun peor, de llevar adelante proyectos de desarrollo que van a implicar una alteración importante de las condiciones de vida de los beneficiarios o incluso un riesgo importante para los ya bajos niveles de vida de los mismos.

Ahora bien, tener en cuenta los valores, las creencias, las pautas culturales, las necesidades o el inconsciente colectivo, es decir la cultura de una sociedad, constituye una condición necesaria pero no suficiente para asegurar que un proyecto no habrá de fracasar. Estos se inscriben siempre en un contexto de poder y de conflicto económico que tampoco pueden dejar de ser tenidos en cuenta, cosa que sucede a menudo con proyectos bien diseñados desde el punto de vista técnico y que responden apropiadamente a los problemas de la "dimensión cultural del desarrollo" a que se ha estado haciendo referencia. Más aún, el problema central no se encuentra a nivel de los proyectos específicos de desarrollo sino de "el desarrollo" mismo y de lo que éste ha significado como parte del proceso de modernización de las sociedades del Tercer Mundo.

1/ Ibid.

Antes de entrar en este otro problema, cabe también mencionar otro aspecto de las conflictivas relaciones entre desarrollo y cultura. Es el que resulta de una cierta sobrevalorización de la cultura, en el sentido de cultura "tradicional", o incluso de cultura en tanto que expresión de determinados grupos sociales por oposición a una suerte de cultura transnacional o "de masas" que estaría paulatinamente reemplazando a las culturas tradicionales de las sociedades del Tercer Mundo. Este conflicto se presenta bajo tres formas distintas.

La primera está vinculada a la defensa que se hace, por razones religiosas o de interés, por la preservación del statu quo de las culturas o de ciertas culturas "tradicionales". Se las sobrevalora para de ese modo poder defender mejor determinados aspectos o el conjunto de una determinada estructura socio-cultural. Es una actitud esencialmente ideológica, de alguna forma el polo opuesto al "desarrollismo" más elemental que ha caracterizado cierto tipo de discurso, especialmente en los países industrializados pero destinado a países del Tercer Mundo y, por lo tanto, se trata de una visión del problema que escapa al interés de este trabajo.

La segunda encuentra sus raíces en una cierta idealización de las culturas en vías de desaparición o sometidas a un proceso de aculturación debido a la modernización y el desarrollo. En este caso son esencialmente valores tales como la solidaridad social, el compañerismo en las formas de organización de la producción, o el predominio de formas de jerarquización horizontal sobre las de jerarquización vertical en las estructuras de conducción social, los que son puestos de relieve y lamentados por haber desaparecido como producto del proceso de modernización. Su reemplazo por otros valores y otras formas de organización social dan lugar a una cierta idealización de las estructuras socio-culturales "tradicionales", sin tener realmente en cuenta que aquel proceso ha dado lugar a la aparición de formas y estructuras más complejas que las predominantes en las sociedades tradicionales, y que aun en las más igualitarias de éstas siempre ha habido estructuras de poder, más o menos rígidas, y mecanismos de dominación que, de una u otra forma, han establecido diferencias entre los miembros de cualquier sociedad.

Estas tesis aparecen a menudo en aquellas corrientes del pensamiento o en instituciones dedicadas a la defensa del interés de minorías

nacionales o de grupos indígenas. En América Latina, especialmente, esta actitud está presente en las diversas manifestaciones del pensamiento "indigenista", así como también está presente en el pensamiento y en los trabajos de grupos intelectuales africanos preocupados por rescatar los valores esenciales de culturas hoy seriamente afectadas por el proceso de desarrollo^{1/}.

La tercera forma en que se presenta esta contradicción entre cultura y desarrollo la encontramos en la sobrevaloración de la llamada "cultura popular". Esto proviene de establecer una división quizás demasiado tajante entre las subculturas que se presentan al interior de la misma comunidad, o entre los distintos grados de evolución en el proceso de aculturación a que están sometidos diversos grupos sociales de una misma cultura. Esta visión la vemos bien ejemplificada en el siguiente párrafo:

"La cultura dominante se ha transformado rápidamente en cultura de masas. Sus productos llegan a todas las clases sociales y en gran parte son comunes a muchos países. La cultura de masas homogeniza, borra diferencias, genera hábitos, modas y opiniones comunes. Es consumida por todos los grupos sociales y es sobre todo eso: una cultura para el consumo. La cultura de masas viene de arriba hacia abajo: debe ser preparada por artífices: profesionales, hábiles manipuladores con los ingredientes que convengan. Responde a las necesidades del sistema. (Por el contrario) la cultura popular es cultura de los de abajo, fabricada por ellos mismos, carente de medios técnicos. Sus productores y consumidores son los mismos individuos: crean y ejercen su cultura. No es la cultura para ser vendida sino para ser usada. Responde a las necesidades de los grupos populares... frente a su opresión y a sus necesidades, los pueblos, y en especial los sectores oprimidos, han tenido siempre la posibilidad de elaborar sus propias respuestas... La cultura

1/ Véase al respecto especialmente Ki-Zerbo, J.: "Culture et développement". Conferencia publicada por el Instituto Internacional de Estudios Sociales, OIT, Ginebra, 1976.

popular auténtica, dentro de un contexto social de dominación y explotación, es el sistema de respuestas solidarias, creadas por los grupos oprimidos, frente a las necesidades de liberación^{9/}.

Esta visión, si bien tiene la ventaja de poner de manifiesto el rol de los factores de poder en la conformación de una determinada cultura o, al menos, en la de alguno de los elementos que van a condicionar profundamente el proceso de evolución socio-cultural en los países en desarrollo, al mismo tiempo ignora los mecanismos de dominación que pueden existir dentro del mismo contexto de la "cultura popular" que se exalta. Por otra parte, ésta puede que no sea más que una supervivencia de una buena parte o de los rasgos esenciales de una cultura tradicional, con sus propios esquemas de poder y de dominación, o que sea -lo que resulta mucho más probable- el producto de una adaptación de aquélla a una nueva situación en la que la penetración cultural es un factor determinante. Es decir, puede suceder que la cultura "popular" sea el producto de una estrategia de supervivencia, que incorpore lo tolerable de la "cultura de masas" a que está sometido una parte importante del cuerpo social, en otros términos, el resultado de una semi-aculturación o de un proceso de aculturación todavía no completado.

2. Los conflictos al nivel del proceso de modernización

La crisis económica que afecta a los países en desarrollo ha contribuido a poner de manifiesto la vinculación existente entre dicha crisis y el impacto del proceso de modernización o de desarrollo de los países del Tercer Mundo y, al mismo tiempo, ha puesto de manifiesto la importancia del proceso de pérdida de identidad cultural que se registra en estos países. La vinculación de ambos elementos nos ha permitido afirmar que aquella crisis económica es esencialmente una crisis cultural, por cuanto se trata de la crisis de un paradigma -el del desarrollo- y de la cultura en que dicho paradigma reposa.

^{9/} Margulis, Mario; en Stavenhagen, R. y otros, "La cultura popular". Prensa editora, México, 1983.

El desarrollo es, en definitiva, parte del proceso de modernización de los países del Tercer Mundo, pero se caracteriza por ser esencialmente un proceso no endógeno. Los países industrializados, y más concretamente el continente europeo, también pasaron por un proceso de modernización -que incluso puede decirse que aún no ha terminado- pero se ha tratado de un proceso que vino esencialmente desde dentro y que es el fruto de contradicciones, conflictos, luchas y compromisos, pero registrado fundamentalmente entre elementos humanos y culturales pertenecientes a la misma sociedad o a la misma cultura y, en todo caso, propios a la llamada "civilización occidental".

Este proceso, más allá de los conflictos y de las víctimas que ha dejado a lo largo del tiempo, ha terminado por dar lugar a una importante integración y a una creciente estructuración de una sociedad y de una cultura altamente compleja y relativamente estable, a pesar de la importancia y de la velocidad de los cambios que se han producido a lo largo de dicho proceso.

Esto establece una diferencia fundamental con el proceso de modernización vivido en la mayor parte de los países del Tercer Mundo en el último siglo y medio. No es lo mismo el proceso de industrialización de casi dos siglos del Reino Unido que el desarrollo industrial acelerado que se está intentando en muchos países en desarrollo. No fue lo mismo el proceso de modernización rural francés o alemán que la vertiginosa adaptación a nuevas producciones, a nuevas formas de organización de la producción o a la mecanización que se intenta en muchos países del Tercer Mundo. En uno y en otro caso los ritmos y las circunstancias históricas son completamente diferentes. Pero sobre todo, en el primer caso, se trata de un proceso que se genera esencialmente desde dentro de la propia sociedad y a partir de los valores, de las pautas, de las creencias y de los conocimientos que son propios a su cultura; en el otro, se trata casi siempre de un proceso de trasplante de aquellos mismos elementos a estructuras socio-culturales totalmente distintas y que no siempre están preparadas para recibirlos.

En el caso de los países del Tercer Mundo se ha tratado, además, de un proceso que ha ido acompañado por otro factor particularmente

importante y que generalmente no es tenido suficientemente en cuenta cuando se analiza el impacto del proceso de modernización: nos estamos refiriendo a la excepcional aceleración de la tasa de aumento de la población que se registra en prácticamente todo el mundo a partir de la mitad del presente siglo. De este modo, si queremos analizar en grandes rasgos -con todos los riesgos que ello implica- el proceso de modernización en los países en desarrollo, debemos prestar atención al impacto que han tenido sobre la estructura socio-cultural factores tales como la industrialización, la transformación del medio rural, la urbanización, las migraciones -tanto internas como internacionales-, y el aumento de la población, pero también, en algunos casos, el proceso de independización y el paso del período colonial a la vida independiente; así como en otros, la constitución de la "nación" como nuevo elemento que integra a un conjunto más o menos homogéneo de comunidades y culturas diferentes; en otros, en fin, la puesta en contacto con civilizaciones muy diferentes y cuya influencia había de hacerse sentir en forma marcada en este proceso de modernización.

Por supuesto, los procesos de modernización a que hacemos referencia, han sido muy diferentes de un país o de una región a otra y, como ya veremos más adelante, han afectado también en forma muy diversa a los distintos estratos de una misma comunidad. Si tomamos, por ejemplo, el proceso de industrialización en el Tercer Mundo, podemos afirmar que no es lo mismo la industrialización por sustitución de importaciones más o menos forzada que conocieron buen número de países latinoamericanos, como producto del impacto de la crisis de los años 30 sobre sus ingresos de exportación, que la industrialización como decisión política para asegurar la autonomía nacional que llevaron a cabo en las etapas iniciales de su vida independiente países como la China, la India o Egipto.

Tampoco son semejantes los procesos de transformación rural vividos por muchos países africanos durante el período colonial que el que conocieron aquellos países latinoamericanos que, como la Argentina, Uruguay o Costa Rica, se beneficiaron de la llegada a sus tierras de importantes contingentes de inmigrantes europeos que tendrían a su cargo la colonización y el desarrollo de sus zonas rurales.

En lo que se refiere al impacto del aumento de la población en los países en desarrollo sobre el proceso de modernización de los mismos y las diferencias entre este proceso y el registrado en los países hoy industrializados, resulta interesante citar la descripción que hace el Banco Mundial sobre cómo se produjeron ambos procesos:

"La población mundial comenzó recién a crecer marcadamente en el siglo XVIII. Desde 1750 hasta bien entrado el siglo XX, la población mundial creció a una tasa hasta entonces sin precedentes de alrededor del 0,5% por año, más rápidamente en lo que es hoy el mundo desarrollado que en las restantes regiones. La población mundial se duplicó, esta vez en aproximadamente 150 años (en el período inmediatamente anterior había necesitado 1.500 años para duplicarse) y alcanzó aproximadamente 1.700 millones de personas hacia comienzos del s. XX. Durante este siglo el crecimiento continuó acelerándose desde el 0,5 al 1% hasta aproximadamente 1950 y desde entonces a ido a unaremarcable tasa del 2%. En poco más de 30 años, entre 1950 y hoy en día, la población mundial debió casi duplicarse, creciendo desde 2.500 a 4.800 millones de personas. Desde 1950 el crecimiento de la población ha estado concentrado principalmente en los países en desarrollo. A pesar del "baby boom" de la posguerra combinado con el descenso de las tasas de natalidad de los países industrializados, la tasa de crecimiento de la población nunca excedió del 1% en Europa y rara vez superó el 1,5% en América del Norte. En el nivel más alto de esa tasa de crecimiento la fecundidad de los Estados Unidos era tal que las familias tenían en promedio un poco más de tres hijos; en Europa y en Japón las familias de la posguerra eran aún más pequeñas. Hacia la década de los años setenta, en la mayoría de los países desarrollados la fecundidad había descendido hasta alcanzar un nivel cercano o incluso inferior al de "reemplazo": alrededor de dos hijos por pareja representan el nivel al cual, en el largo plazo, la población permanece

constante. La experiencia de la posguerra en los países en desarrollo fue no sólo diferente sino también sin precedentes históricos. Arrastrada por la caída de la mortalidad y la continua alta fecundidad, su población creció a una tasa superior al 2% anual. Alcanzó su nivel más alto al 2,4% en los años sesenta. Actualmente está alrededor del 2% anual, como consecuencia de una declinación algo más alta en las tasas de natalidad que de mortalidad."^{1/}

Para que pueda tenerse una idea de lo que estas diferencias en las tasas de crecimiento de la población significan en número absolutos, bastará con hacer dos comparaciones: las poblaciones de Alemania Federal y de Pakistán eran hacia 1970 prácticamente iguales, de alrededor de 60 millones de habitantes; está previsto que hacia el año 2000 la población de Alemania sea de alrededor de 66 millones de habitantes mientras que la de Pakistán será de 147 millones. Las poblaciones de Francia y de México eran en 1970 de aproximadamente 50 millones de habitantes, hacia el año 2000 Francia tendrá unos 62 millones de habitantes mientras que la población mexicana superará los 130 millones.

Detrás de estos fenómenos se encuentra el hecho de que en los países hoy industrializados y esencialmente en Europa, la baja en la tasa de mortalidad, que comienza a producirse en el siglo XVIII, va acompañada de una paulatina modificación de las pautas reproductivas; de tal modo que la fecundidad no aumenta mayormente, aunque la diferencia entre la disminución de la tasa de mortalidad y el aumento en la tasa de natalidad que también se produce en esos países -especialmente como producto de la baja de las tasas de mortalidad infantil- da lugar a un aumento de la población que explica el surgimiento, por aquel entonces, de las tesis malthusianas. En los países del Tercer Mundo, en cambio, la baja de la tasa de mortalidad se produce mucho más tardíamente, y especialmente en

^{1/} Banco Mundial, "Informe sobre el desarrollo mundial en 1984" Oxford University Press, New York, 1984.

forma mucho más acelerada; además, va acompañada de un aumento en las tasas de natalidad que está alimentado por dos razones: primero, el aumento del número de mujeres como producto de la menor mortalidad y, segundo, el aumento de la fecundidad como producto de la menor mortalidad infantil. Este proceso, de fuerte aumento acumulativo, no se acompaña de una modificación de las pautas reproductivas tan rápido como el registrado anteriormente en los países industrializados, y ello, a pesar de que ya en los años 50 se disponía de técnicas anticonceptivas que no estaban al alcance de los países hoy industrializados cuando comenzó en ellos el proceso de disminución de las tasas de mortalidad.

Este proceso de fuerte aumento de la población en los países del Tercer Mundo tendrá, a su vez, consecuencias destacadas sobre el proceso de modernización. En primer lugar, como producto de la presión sobre los recursos productivos y esencialmente sobre la tierra y, en segundo lugar, como consecuencia de la necesidad de incrementar sustantivamente la producción para poder hacer frente a la mayor demanda que se deriva de ese aumento de población. Dado que entendemos que el tema lo justifica ampliamente, nos detendremos más adelante a considerar las consecuencias que este proceso ha tenido sobre el proceso de desestructuración de las culturas tradicionales en los países del Tercer Mundo.

Por otra parte, el proceso de modernización ha dado lugar o ha ido acompañado por la constitución o el surgimiento de nuevas clases o grupos sociales, como el proletariado urbano o la burocracia estatal, y a la constitución de nuevas élites. Unos y otros han sido, generalmente, factores de promoción del proceso de modernización y, especialmente las élites emergentes, han jugado normalmente el papel de factor de promoción del desarrollo y de transformación social. Elementos éstos que también juegan un papel importante en el proceso de generación de conflicto entre la cultura "tradicional" y las nuevas estructuras socio-culturales que se forman como producto del proceso de modernización; tanto más graves cuando aquélla dispone de la fuerza y la coherencia suficientes como para no desaparecer ante los embates de la modernidad.

Buscando establecer contrastes, y conscientes de la simplificación que estamos haciendo a lo largo de este análisis, cabe señalar que este proceso

de modernización y confrontación entre las estructuras socio culturales tradicionales y las "modernas" no se produce de la misma manera a todos los niveles de la escala social. Y así como hay grupos sociales que se constituyen en promotores del proceso de modernización, también suele haber otros que lo rechazan, y otros que, como producto del "desarrollo desigual" que suele caracterizar a esos procesos de modernización, quedan al margen del mismo y sufren los vaivenes de la evolución política y social sin poder llegar a integrarse. De allí, la importancia que ha tomado, especialmente en América Latina, la literatura referida a la "marginalidad" y a los sectores marginales o "informales" de la economía en particular, y de la sociedad en general.

En todo caso, este proceso de modernización y confrontación entre estructuras socio-culturales se ha saldado generalmente por la desestructuración de las culturas tradicionales. Sus valores han dejado de corresponder a las necesidades sociales de las estructuras socio culturales emergentes, han pasado a ser "disfuncionales" y por lo tanto se han ido agotando paulatinamente en la confrontación con estructuras más sólidas o al menos con mayor capacidad de perduración, a pesar de su propia crisis o de la crisis que engendran.

Elemento fundamental de este proceso de desestructuración ha sido la aculturación, es decir el reemplazo de la cultura tradicional por una nueva, generalmente de origen foráneo. Esta aculturación se ha traducido, casi siempre, en dos tipos distintos de proceso. El primero, es el que podríamos denominar como de "sincretismo cultural" y que ha consistido en absorber, y en la medida de lo posible adaptar, la mayor cantidad de elementos provenientes de la nueva cultura y hacerlos compatibles con las notas esenciales de la estructura socio cultural sobre la que aquellos se han superpuesto. Esta forma de aculturación exitosa, podemos encontrarla en el caso de Japón -que tiene una tradición ya milenaria en materia de sincretismo cultural, que comienza con la absorción hacia el siglo VI de nuestra era de elementos culturales, y especialmente religiosos, provenientes de la India- y en algunos de los países del sudeste asiático, que como Corea del Sur o Singapur, están viviendo procesos de rápida transformación y

crecimiento económico que no llegan a desvirtuar o a alterar de un modo definitivo muchas de las notas esenciales de la cultura original de esos países.

Sin embargo, el resultado más habitual del proceso de aculturación ha sido el reemplazo liso y llano y más o menos general de las notas esenciales de la cultura tradicional por aquellas que corresponden a la nueva estructura socio-cultural. En aquellos casos en que el proceso de aculturación ha sido profundo y hay sectores importantes de la comunidad que no llegan a integrarse o que permanecen marginados del proceso de modernización, nos encontramos ante lo que hemos dado en llamar la "anemia social". Es decir, un proceso por el cual sectores importantes de la población que han perdido los elementos esenciales de la cultura tradicional que caracterizaba el medio del que provenían se encuentran, a su vez, en situación de no conseguir incorporar los valores y las notas esenciales que corresponden a las estructuras socio-culturales predominantes y de las que no llegan a formar parte. Esto da lugar a que dichos sectores carezcan de un marco de referencia que pueda serles útil para guiar u orientar su comportamiento social.

En otros casos, el proceso de aculturación ha fracasado a pesar de los esfuerzos realizados por los grupos sociales dominantes para imponer la modernización. Una forma extrema de ese fracaso es el rechazo colectivo y global de la cultura que se ha tratado de imponer y la vuelta a la práctica de una vida vinculada a valores y pautas de conducta tradicionales, que ahora se profundizan como forma de marcar quizá más que la adhesión a las mismas el rechazo a las estructuras socio-culturales que se habían tratado de introducir. Las diversas formas de "integrismo" que se han conocido en los países islámicos desde los inicios del proceso de disolución del Imperio Otomano y de los intentos de europeización y modernización de los países que lo componían, así como las formas más recientes de integrismo que se han difundido por numerosos países árabes y africanos al sur del Sahara, son otros tantos ejemplos de este tipo de proceso. El caso de la revolución iraníana es, evidentemente, el más representativo de ellos.

II. MODERNIZACION Y DESARROLLO: EL PROCESO DE DESESTRUCTURACION SOCIO-CULTURAL

Modernización y desarrollo en el Tercer Mundo se traducen generalmente en un proceso de desestructuración cultural. Es decir, en el dislocamiento de las relaciones establecidas entre los elementos que componen la estructura socio-cultural, debido a que algunos o varios de ellos sufren modificaciones que no son acompañadas por los restantes. Cuanto más avanza ese proceso, mayor es el deterioro del conjunto del sistema socio-cultural y, por lo tanto, la desintegración de la sociedad al que dicha estructura corresponde. Uno de los aspectos más graves de este proceso es que no ha sido siempre, o raramente, acompañado por el surgimiento de una nueva estructura socio-cultural integrada que reemplace a la anterior. Entre otras razones, porque aquel proceso de desestructuración es fundamentalmente el resultado de una intervención externa o del intento de impostar sobre una cultura elementos propios de otra. Y en otros casos, sencillamente, porque no existe la base material para hacer posible la vigencia de una estructural socio-cultural como la que se intenta poner en pie.

Resulta del mayor interés, para poder luego penetrar en otros niveles de análisis, señalar cuáles son los principales mecanismos de desestructuración de una cultura. Vamos a citar algunos de los que, desde la óptica de este trabajo, consideramos más importantes. Y si bien los analizaremos individualmente, resulta claro que están presentes normalmente en forma conjunta o que se suceden en una secuencia de causa a efecto.

A. La desestructuración en el plano "material"

El primer mecanismo de desestructuración que nos interesa señalar es la introducción de nuevos conocimientos, de nuevas técnicas o de nuevos útiles de trabajo. La utilización de un determinado útil de trabajo requiere de una cierta forma de organización en la mano de obra. Esto implica asignación de funciones, jerarquías, roles. Muchas sociedades tradicionales se organizaron prácticamente en su totalidad en torno a la producción de un determinado producto o a la utilización de un determinado recurso o de una cierta técnica. La introducción de modificaciones de importancia en la utilización de elementos ancestrales de la vida de una comunidad implica, por supuesto, cambios mayores en las formas de organización del trabajo y, a veces también, en las formas de organización social. Un ejemplo claro de este proceso lo vemos en el clásico caso

estudiado por Ralph Milton de los cambios originados en la sociedad tanala, en Madagascar, como producto de la variación de las técnicas de la producción del arroz. Para explicarlo con algún detalle nos remitiremos a la descripción que de esos cambios hace George Foster en la obra ya citada:

"Hasta principios del s. XVIII el cultivo seco del arroz por medio del sistema "quema y roza" obligaba a que las aldeas tanala (una tribu montañosa del occidente de Madagascar) cambiaran de ubicación al cabo de unos cuantos años, para buscar tierras fértiles. Bajo estas condiciones no era necesaria la propiedad individual de la tierra, y no se desarrollaban desigualdades agudas en la riqueza. Las familias extensas eran propietarias de las cosechas y trabajaban conjuntamente como unidades sociales y económicas, pero la tierra volvía a ser de propiedad comunal cuando una aldea se cambiaba de ubicación. Cuando apareció el arroz de agua en pequeñas parcelas de tierras húmedas en el fondo de los valles, fue adecuado para el trabajo de familias nucleares y empezó a desintegrarse la familia extensa. Después siguió la construcción de terrazas y canales de riego para hacer posible un cultivo más eficiente, que a su vez dio como resultado tierras de tal valor que ya no podían abandonarse al cabo de unos cuantos años. Las familias que no tuvieron la previsión de adquirir esas tierras cuando se les presentó la oportuna de hacerlo, se encontraron excluidas permanentemente de esta ocupación, por lo que surgió un grupo de propietarios de tierras en una sociedad en la que previamente no existían clases. Los no-propietarios continuaron emigrando a medida que se necesitaba, rompiendo las antiguas unidades de linaje y aldea; de esta manera, poco a poco, el patrón de grupos independientes aldeanos se transformó en un patrón tribal.

Con la agricultura de capital intensivo, los esclavos adquirieron un valor que no existía previamente; por lo tanto, las incursiones para capturar esclavos pasaron a ser parte de la vida cotidiana, y se introdujo la esclavitud como institución.

Finalmente, alrededor de 1840, un clan estableció su hegemonía sobre todos los demás pueblos, se autoproclamó de carácter "real", y anunció que la cabeza hereditaria de su linaje principal sería en adelante el rey de los tanala. En poco más de un siglo, una nueva técnica -el cultivo del arroz de agua por medio de la irrigación- transformó a las comunidades aldeanas, sin clases, de familias extensas, autocontenidas y nómadas, en el Reino Tanala con autoridad centralizada, población sedentaria y un sistema rudimentario de clases sociales basado en la riqueza. "La transformación", dice Linton, "puede seguirse paso a paso y en cada uno de éstos encontramos el arroz de riego en el fondo del cambio. Creó una condición que necesitó de la modificación de los patrones preexistentes o la adhesión de patrones ya desarrollados en las tribus vecinas que habían tenido un período mayor de tiempo para resolver estos problemas".

El mismo tipo de transformaciones se encontrarían si se analizaran los cambios producidos en cualquier comunidad por el paso de la etapa artesanal a la etapa industrial en la producción de bienes, debido a la introducción de maquinaria y de las nuevas formas de organización social del trabajo que ésta exige. Fenómenos tales como la salarización; la jerarquización dentro de las unidades de producción en función de los roles asignados con vistas a la producción; la desaparición del "compañazgo" y el reemplazo de estructuras de tipo gremial por aquellas que son propias a la empresa privada de base capitalista; y la orientación de la producción hacia el mercado abierto y competitivo en lugar de destinarla para la satisfacción de demandas específicas y conocidas de antemano, son algunas de las transformaciones sociales más importantes que se derivan de ese proceso. Y con ellas, un conjunto de modificaciones importantes a nivel de los valores, de las pautas de conducta y de otra serie de elementos que tienen que ver con el aspecto o con el nivel "cultural" de las estructuras socio-culturales que aquí estamos analizando.

El segundo mecanismo de desestructuración cultural que nos interesa señalar es la introducción de nuevos objetos o bienes de consumo. Bastará citar para poder ejemplizar nuestro razonamiento, el impacto que han tenido sobre la sociedad, tanto en el Tercer Mundo como en los países industrializados, la introducción del automóvil y del televisor. En los países en desarrollo particularmente, la introducción de ambos objetos ha contribuido a acentuar la vida individual en perjuicio de las actividades colectivas o comunitarias, pues ambos colocan al individuo frente a un objeto que tiende a aislarlo del resto de la colectividad y a debilitar los vínculos de aquella naturaleza que prevalecían en las estructuras socioculturales de tipo tradicional.

Quizá resulte innecesario profundizar demasiado el análisis del impacto socio-cultural de la introducción de estos dos objetos en la vida moderna. Sin embargo, hay una serie de aspectos que interesa destacar por cuanto van a facilitar una percepción más clara de otros fenómenos, menos evidentes, a los cuales habremos de hacer referencia más adelante. El automóvil, por ejemplo, ha contribuido a acentuar el proceso de ruptura de la unidad espacial entre habitación y lugar de trabajo. Esto ha implicado importantes transformaciones no sólo del paisaje urbano y rural, sino especialmente de hábitos de vida y de pautas de conducta. Ha influido sobre la visión que los individuos tienen del espacio y ha contribuido también a modificar sus hábitos y su ritmo de vida, con el consecuente impacto sobre nociones profundas, vinculadas a la dimensión cultural no manifiesta, como son la de tiempo y de vinculación con el medio, que habrán también de tener un impacto importante en muchos otros aspectos de la vida cotidiana. Otro elemento destacable es el hecho de que el automóvil particular ha pasado a ser, en la mayor parte de las sociedades del Tercer Mundo, una necesidad antes que otras. En este sentido, el automóvil se ha revelado como fuente importante de otorgamiento de status para sus poseedores, y por lo tanto, como agente de prestigio del individuo que hace uso de él; al mismo tiempo, es considerado -o mejor dicho, sentido- como fuente de poder y de expresión de la capacidad del individuo para dominar las inmensas fuerzas que él mismo es capaz de desatar. La combinación de ambos

elementos contribuye posiblemente a explicar aquel paso de útil a necesidad, aunque nos resulte completamente insuficiente para poder explicar el terrible impacto económico que el automóvil ha tenido en la vida de las sociedades del Tercer Mundo. Digamos, por último, que la introducción del automóvil en dichas sociedades ha acelerado y difundido la vinculación del hombre con la mecánica, contribuyendo, así también, a modificar nociones profundas e, incluso, actitudes menos manifiestas del individuo frente a los objetos en general y a los útiles en particular.

El televisor, por su parte, no sólo ha jugado un rol importante en cuanto a la difusión de conocimientos (y desinformación) tantas veces ponderada, sino que esencialmente ha jugado dos papeles que difícilmente hayan podido ser parangonados por algún otro medio de comunicación social: producir y difundir imágenes que han contribuido a generar representaciones y modelar aspiraciones que se han hecho sentir marcadamente en la vida social y, por otra parte, a modificar definitivamente el rol de los individuos en la vida cultural. Así, la introducción del televisor ha acelerado marcadamente en las sociedades "tradicionales" el paso de una vida de creación y participación -aunque fuera, en gran medida, programada- a otra de mero consumo. El individuo ha dejado de ser actor para ser espectador; ha dejado de ser creador para, en el mejor de los casos, devenir en crítico, aunque a menudo hasta la función de crítico ha sido dejada por cuenta de quienes tienen el acceso a la imagen televisiva, volviéndose de esta manera no ya sólo consumidores de imágenes sino incluso de las críticas que se refieren o que adjudican valores a esas imágenes.

En diversas sociedades industrializadas, la acumulación de la aparición de nuevos objetos convertidos en necesidades, que resultan más o menos imperiosas de satisfacer para mantener el status social y la consideración de sí mismo, es una de las razones que contribuyen a explicar el proceso de incorporación de la mujer al mercado de trabajo, con todas las consecuencias que esto ha implicado sobre la estructura socio-cultural de esos países. El mismo proceso, una vez desarrollado en los países del Tercer Mundo habrá de tener, generalmente, consecuencias culturales todavía mucho más importantes, dado que en éstos no sólo no existe la base material para

poder atender a esas nuevas necesidades sino que tampoco se dispone, generalmente, de una estructura socio-cultural que pueda absorber sin mayores traumas el impacto de dichas transformaciones.

El siguiente factor de desestructuración cultural a que debemos hacer referencia es la introducción de una nueva lengua. La lengua -como las técnicas o los objetos- son vectores, agentes, de la cultura en que se originan. Se ha dicho que llevan consigo los códigos genéticos de su cultura original; nosotros agregaríamos que son esos genes los que hacen posible la reproducción de la cultura de origen de la lengua o de la técnica en otros medios, donde predominan estructuras socio-culturales que resultan dominadas por aquella.

En los países hoy industrializados la lengua fue, junto con la religión, la leva y la educación pública, factor de unificación social:

"Podemos ver en la experiencia europea la constitución de la sociedad como un proceso de desencantamiento de la comunidad, como la transición de la cultura popular hacia las culturas de élites, como la transición de la comunidad hacia la sociedad. En este proceso, la Iglesia a través de la Contrarreforma, contribuyó al proceso de integración que afirmó al Estado y que se manifestó también a través de la liquidación de la lengua, las fiestas y todas las expresiones culturales propias de las comunidades que fueron absorbidas por la lengua nacional y por pautas culturales homogeneizadoras. Con relación al lenguaje, en el mundo protestante es necesario tener en cuenta el rol unificador de la religión y de la educación, que era necesario consolidar para permitir al individuo que pudiera comunicarse con Dios." ^{1/}

En muchos países del Tercer mundo, en cambio, la función unificadora la juega el lenguaje del colonizador, que establece su predominio sobre las lenguas autóctonas. Así, el español y el portugués se impusieron en

^{1/} Germán Rama, intervención en el Seminario ECIEL/CEPAL sobre "Cultura y Desarrollo en América Latina". Santiago de Chile, octubre 1984.

América Latina y las comunidades que no lo incorporaron quedaron marginadas de la vida nacional. El idioma del colonizador también se está imponiendo, si no se impuso ya, en buen número de países africanos. En todo caso, ya conquistó a buena parte de las élites dominantes.

En este proceso de dominio cultural a través de la difusión de una determinada lengua, los factores que facilitan su penetración, vulgarización y predominio en un medio ajeno han sido: los aliados del colonizador, las élites surgidas en el proceso de modernización, y los profesionales formados en el exterior. En este último caso, gracias al prestigio que otorga la formación profesional -es decir, el ser portador y factor de difusión del conocimiento- y el haber sido formados en el exterior, es decir, en el medio desde donde proviene justamente la dominación. Más recientemente, la introducción de los medios de comunicación masiva y la necesidad de unificar el mercado para los mismos, han contribuido definitivamente a acentuar este proceso de consolidación de dominio cultural a través de la imposición de una lengua extranjera.

Más allá de sus indiscutibles efectos positivos a nivel individual y colectivo, la introducción de la sanidad y de la medicina "modernas" también han tenido un doble efecto importante en el proceso de desestructuración cultural. El primero, ha sido la pérdida de prestigio no tanto de la medicina "tradicional" como de quienes la ejercen. La magia del "chamán" sigue siendo respetada, pero su imagen se ve cada día más debilitada frente a la del médico: sus ritos y sus mitos deben seguir teniendo vigencia, pero el ejercicio mismo de su función retrocede paulatinamente frente al instrumental y a la eficiencia del médico. Y con ello se produce un cambio muy significativo, a nivel no sólo de las pautas de conducta sino también de las creencias y de otras nociones profundas que hacen parte de la cultura no manifiesta de las comunidades "tradicionales" o, al menos, de muchas de ellas.

Sin embargo, el efecto socio-cultural más importante de la introducción de la sanidad y la medicina modernas en dichas sociedades, ha sido su contribución decisiva al aumento espectacular de la población en un corto período. En nuestra opinión, ha sido este último uno de los

mayores factores desencadenantes del proceso de desestructuración socio-cultural que nos interesa. Las manifestaciones de este impacto y las vías a través de las cuales se ha producido han sido numerosas. Vamos a señalar sólo algunas de las principales.

En lo que se refiere al impacto desestructurante del aumento de la población, debemos recordar que en dicho proceso se origina no sólo el aumento cuantitativo de la población sino también la modificación de la composición de la misma. Básicamente, como ya vimos, este proceso se inicia con la baja de las tasas de mortalidad y la perduración de elevadas tasas de fecundidad. Esto hace que aumente progresivamente el número de personas ancianas y, a su vez, que aumente mucho más rápidamente aún el número de jóvenes y niños. De este modo aumenta también el número de personas que deben ser mantenidas por cada individuo en edad económicamente activa.

Como producto de este proceso se producen fuertes presiones sobre la tierra, sobre la riqueza y sobre las fuentes de trabajo. En el primer caso, y especialmente allí donde las grandes propiedades no son subdivididas, se produce un proceso de minifundización que pocas veces es resuelto a través de los aumentos de productividad. En otros casos, es la expansión de la frontera agrícola la que permite escapar a dicho proceso. En los restantes casos ésta es la fuente de la situación de pobreza, sino de miseria, en que se encuentran sumidas grandes porciones de la población rural de los países del Tercer Mundo. Y el resultado de esto es una fuente emigración, como producto tanto de las fuerzas de expulsión del medio rural, sobrecargado de población, como de la atracción ejercida por la ciudad, a la vez en términos de diferencia de ingreso y de posibilidades de realización individual. En otros casos, esa emigración trasciende las fronteras del país de origen aunque, generalmente, el proceso de emigración internacional pasa por etapas intermedias, que llevan al individuo del medio rural a las pequeñas o medianas aglomeraciones urbanas, posteriormente las grandes urbes y, recién finalmente al extranjero. Los patrones de emigración, sin embargo, son muy diferentes según las áreas geográficas, y en ciertos casos los emigrantes van directamente del medio rural del país de origen al medio rural del país de destino. Pero transportando siempre con ellos su cultura, a menudo a un medio donde no podrá subsistir inalterada.

La presión sobre la riqueza es producto del incremento de la demanda originado en el mayor número de habitantes y en el insuficiente ritmo de crecimiento de la producción para atender las necesidades de dicho aumento. Esto hace necesario pasar a otros niveles de producción, muy distintos a los de la sociedad tradicional. De allí una de las razones habituales para justificar los procesos de industrialización acelerada y de introducción masiva de nuevas tecnologías que permitan aumentar sustancialmente la productividad. La otra razón proviene del tercer tipo de presión antes citado: aquella que el aumento de la población ejerce sobre las fuentes de trabajo. Para que se tenga una idea de la magnitud de este proceso, baste con citar que, en el caso de América Latina, la Oficina Internacional del Trabajo ha estimado que entre 1990 y el año 2000 la población económicamente activa -es decir aquella que está en edad de trabajar- aumentará en aproximadamente 44 millones de personas, o sea, en casi un 30%, y esto en sólo 10 años.^{1/}

Ahora bien, estos factores han influido sobre diversos elementos de la estructura sociocultural. En primer lugar, generando un progresivo debilitamiento de los vínculos entre los individuos, al debilitar las instituciones tradicionales del medio rural, entre otras vías, a través de la modificación de las estructuras familiares, de linaje o de tipo tribal. El proceso de emigración por ejemplo, del medio rural al medio urbano, ha tendido a facilitar el paso de la familia extensa a la familia nuclear. El cambio de medio ha originado también modificaciones en las prácticas reproductivas, que han permitido en los últimos años un paulatino descenso del número de hijos por familia y, en consecuencia, una baja de las tasas de fecundidad que está haciendo retroceder en forma más o menos rápida, según los continentes, las tasas de aumento de la población. Demográficamente, es lo que se conoce como el proceso de la transición demográfica que, a un ritmo distinto, vendría a reiterar en los países del Tercer Mundo un proceso semejante al ya vivido, aunque no con tanta

^{1/} PREALC, "El subempleo en América Latina. Evoluciones histórica y requerimientos futuros". OIT, Doc.PREALC 198. Santiago de Chile, 1981

intensidad -en términos de importancia de las variaciones de las tasas vitales y de los plazos en que se produjeron dichas variaciones- los países hoy industrializados y "desarrollados".

Este proceso ha dado también lugar a la desaparición progresiva del "hogar" como lugar físico de cohabitación de diversas generaciones y como centro en torno al cual se establecían los vínculos que caracterizaban la pertenencia de un individuo con su medio: tanto en término de obligaciones y deberes como de solidaridades y enfrentamientos. Este proceso de estallido de la familia extensa, su creciente fragmentación y dispersión, ha acentuado aquel otro proceso de progresivo debilitamiento de los vínculos entre los individuos a los cuales hacíamos referencia algunos párrafos antes.

Por otra parte, todas estas modificaciones en la vida social afectan también a las prácticas culturales:

"Las prácticas culturales asociadas con los fenómenos poblacionales son los comportamientos manifiestos o actividades comunes habituales o ampliamente difundidos en un grupo social que se relacionan con la fecundidad, la mortalidad y las migraciones. Nos referimos aquí al nivel manifiesto de la conducta humana que se traduce en comportamientos cotidianos comunes a un grupo social, una serie de valores, normas, creencias y conocimientos. Por ejemplo, prácticas culturales o comportamientos manifiestos de la fecundidad serían los que inciden en la tasa de fecundidad, es decir, edad en que se inicia la participación en uniones sexuales, formas de relación sexual, frecuencia de relaciones sexuales, participación en la relación sexual, abstinencia voluntaria, recurso a la contracepción, fertilidad y esterilidad voluntarias y aborto inducido, entre otros. Se parte del supuesto de que las prácticas culturales o comportamientos manifiestos pautados en un grupo social sólo pueden ser comprendidos a la luz de las condiciones estructurales de vida de dichos grupos. Por ejemplo, ciertos regímenes de tenencia de la tierra pueden estar condicionando la necesidad de una familia extensa y, por ende, los comportamientos habituales relativos a

una alta tasa de procreación. Ahora bien, la situación estructural de vida puede actuar en forma directa o indirecta mediante un conjunto de valores, creencias, conceptos y significados que refuerzan la determinación socioeconómica de la vida cotidiana... Esta acción indirecta se manifiesta en una especie de red de fenómenos culturales que orientan el comportamiento cotidiano de los individuos. De esta red de fenómenos culturales tomaremos en consideración, por un lado, el conjunto de representaciones sociales internalizadas que determinan en parte la valorización y selección de determinadas prácticas culturales o comportamientos cotidianos y, por el otro el sistema de necesidades y aspiraciones que impulsa la conducta de los individuos y de los grupos. Esto nos conducirá a... las representaciones sociales, que pueden estar asociadas con los comportamientos que influyen en la fecundidad, la natalidad y las migraciones y en el tipo de necesidades y aspiraciones a las que pueden responder dichas prácticas culturales.

Las representaciones sociales son fenómenos culturales que pueden incidir en la determinación de necesidades y aspiraciones tanto a nivel individual como grupal, y, por ende, en la selección de determinados comportamientos que tienden a satisfacer una necesidad o un deseo. Se entiende por representación social el conjunto de conceptos, percepciones, significados y actitudes que los individuos de un grupo social comparten en relación consigo mismos y los fenómenos del mundo circundante. La importancia de la noción psicosocial de representación se basa en que apunta a una visión socialmente compartida de la realidad circundante. No se trata de una opinión momentánea y fragmentaria, sino que es la construcción de un aspecto del mundo mediante la estructuración de una amplia gama de informaciones, percepciones, imágenes, creencias y aptitudes vigentes en un sistema social determinado."^{1/}

^{1/} Sirvent, María Teresa: "Población y cultura" en UNESCO, "Estudio de referencia sobre educación en población para América Latina". UNESCO - Orealc, Santiago de Chile, 1981.

Sobre la base de esta visión de las representaciones sociales y de los comportamientos condicionados por aquéllas y por las condiciones de vida de un determinado grupo social, M.T. Sirvent establece importantes diferencias en lo que nosotros hemos denominado las estructuras socio-culturales, según se trate del medio rural latifundista/minifundista o del medio urbano/industrial. Si bien se trata de un esquema que simplifica marcadamente la realidad, al polarizarla en torno a dos situaciones básicas, su esquema resulta particularmente útil para poder explicar el impacto de los cambios poblacionales sobre la estructura sociocultural.

De acuerdo a dicho esquema, en la estructura rural latifundista/minifundista el campesinado dispondría de un acceso limitado a los servicios de educación y salud, y estaría relativamente poco expuesto a los mensajes de los medios de comunicación de masas. En ese mismo medio la mortalidad sería elevada tanto a nivel general como en lo que se refiere a la mortalidad infantil. La familia sería la unidad económica esencial y los lazos de parentesco tendrían un rol importante. Las condiciones de vida determinarían una entrada temprana de los hijos al mundo del trabajo. Bajo esas condiciones, las representaciones sociales predominantes serían las siguientes:

- la familia es concebida extensa y como unidad de supervivencia;
- los hijos son concebidos como valor económico y ayuda para la vejez;
- la imagen de la mujer asociada a la unidad familiar;
- la imagen de la pareja con pocos lazos igualitarios;
- los hijos como símbolo de virilidad;
- percepción negativa y desconocimiento de técnicas anticonceptivas;
- imagen general sobre la vida fatalista o determinista.

En estas condiciones existe la necesidad objetiva y subjetiva de una familia extensa y la aspiración de tener un número elevado de hijos, a los cuales no se aspira a educar más allá de un cierto nivel. A su vez, las necesidades objetivas y las representaciones sociales predominantes, favorecen la difusión de prácticas culturales asociadas con una alta fecundidad. Así se cierra el círculo que hace que, en un medio con altas tasas de natalidad y de mortalidad, la única alternativa para mantener un

cierto equilibrio social y evitar un fuerte deterioro de las condiciones de vida, sea la emigración hacia los medios urbanos.

Inversamente, siguiendo el esquema de M.T. Sirvent, en la estructura urbana/industrial, en la que predominan las "clases medias urbanas" hay un mayor acceso a los servicios de educación y de salud y la población se encuentra fuertemente sometida a los mensajes transmitidos por los medios de comunicación de masas. En ese medio se reduce la dependencia a los lazos de parentesco. y el núcleo afectivo pasa a ser la familia "nuclear"; se retarda la entrada de los hijos al mundo del trabajo y las tasas de mortalidad son más bajas. En esas condiciones, las representaciones sociales predominantes son las siguientes:

- valorización de la familia reducida;
- los hijos no son percibidos como valor económico o como factor de apoyo para la vejez;
- aumenta el valor de la gratificación y la trascendencia que se otorga a los hijos;
- aumenta la imagen de la mujer y se independiza su imagen de su asociación con la familia;
- aumenta la imagen de una pareja más compartida, igualitaria e independiente;
- existe una imagen positiva y conocimiento acerca de las técnicas anticonceptivas.

Agreguemos, por nuestra parte, que en ese medio, y bajo el predominio de tales representaciones sociales, hay una creciente incorporación de la mujer al mundo del trabajo externo al núcleo familiar. De aquellas representaciones sociales predominantes se desprende la necesidad objetiva y subjetiva de una familia reducida y de una aspiración "cualitativa" por dar un mayor nivel educacional a los hijos. Como producto de aquellas condiciones objetivas y de las representaciones sociales predominantes se tiende hacia prácticas culturales que están asociadas con la baja fecundidad y, en consecuencia, hacia una estabilización de la población. Digamos, finalmente, que el proceso de emigración y el retorno periódico

o definitivo de individuos que han emigrado del medio rural al urbano, es un factor que coadyuva a la introducción en el primero de dichos medios de representaciones sociales y pautas culturales urbanas. Estas, a su vez, van a contribuir, por una parte, a acelerar el proceso de desestructuración ya iniciado y, por otra, a favorecer nuevas emigraciones hacia el medio urbano.

B. La desestructuración en el plano "social"

Apartándonos del plano "material" y yendo a lo que hemos llamado el plano "social" de la estructura socio-cultural, cabe analizar el rol de la introducción de nuevas formas de gobierno o de nuevas instituciones, el de la introducción del dinero y la salarización y la modificación de los objetivos de la educación y la formación, como factores desestructurantes de la cultura.

Normalmente, la introducción de nuevas formas de gobierno o de nuevas instituciones que tienen que ver con la organización y distribución del poder social, van acompañadas de la eliminación o la adaptación de las anteriores. Esto tiene un impacto sobre los roles, el status y el prestigio de quienes ocupaban cargos decisorios en las instituciones desplazadas. Lógicamente nos estamos refiriendo a la función y no a los individuos que la desempeñan. Las transformaciones de este tipo han sido particularmente importantes en aquellas sociedades donde se ha pasado de una estructura de tipo tribal a una de tipo "nacional", puesto que en ese caso, aún cuando hayan subsistido las instituciones tribales, su rol pasa a ser secundario y el ejercicio efectivo del poder se traslada hacia las instituciones "nacionales". Esto no impide, en algunos casos, sin embargo, que permanezcan en pie algunos de los aspectos de aquellas instituciones tradicionales y, particularmente, que se mantengan las lealtades provenientes de la pertenencia a una misma etnia, a una misma tribu, o a un mismo clan, o que estas lealtades jueguen un rol considerable en la conformación o en la creación de mecanismos de acceso a las estructuras de poder más modernas.

Siempre en este plano, corresponde también señalar el importante papel de desestructuración de la cultura tradicional que ha jugado en muchas sociedades del Tercer Mundo la creación de un ejército moderno, pero generalmente concebido más que como instrumento de protección a

la agresión externa, como brazo armado de la élite promotora de la modernización, cuando no, convertido en el núcleo central de esa misma élite. En ello han jugado un rol preponderante, primero la formación extranjera de los cuadros dirigentes de las fuerzas armadas; y en segundo lugar, la visión de la sociedad y de las relaciones entre los individuos que se deriva de la formación profesional propia de los hombres de armas.

En lo que a los efectos desestructurantes del proceso de monetarización se refiere, cabe señalar, en primer término, que la introducción de la moneda permite el remplazo de prestaciones medibles en términos de la importancia del servicio, y no de su rendimiento, y retribuidos con servicios equivalentes, sobre la base de la prestación mutua de servicios, por prestaciones valoradas en términos monetarios. Estas, a su vez, facilitan la especialización de funciones y la capitalización de quienes prestan tales servicios, de modo que puedan adquirir los útiles con los cuales desarrollar su actividad. Este es un proceso de difusión creciente en el medio rural en todos los países del Tercer Mundo, que si bien no ha desplazado totalmente a la prestación mutua de servicios entre agricultores durante distintos momentos de la campaña agrícola, ha permitido un aumento considerable de la división del trabajo en el medio rural y, por lo tanto, la modificación de pautas que eran propias al sistema o a los sistemas tradicionales del medio rural.

La monetarización ha permitido también la toma de conciencia del valor de la riqueza propia o ajena y ha generado cambios en su valorización; hechos ambos que han contribuido en muchos casos a modificar profundamente las actitudes de los agricultores respecto de sus propias actividades y de su medio. Como ejemplo de la toma de conciencia del valor de la riqueza propia y ajena podemos citar el siguiente caso referido a los conflictos entre los agricultores "senufo" y los vaqueros trashumantes "peul" en el norte de Costa de Marfil:

"Las sociedades estatales que a veces tienen el monopolio de la compra (de la producción) no pagan ni con "caurís" (conchilla utilizada antiguamente en muchos países africanos como moneda) ni con trueque, sino

que pagan en francos. De este modo, una gran parte del ingreso de los agricultores está constituido por billetes de banco. La introducción general de la moneda moderna ha enseñado a los agricultores por una parte el valor en su trabajo en términos fácilmente comparables, y por otra, la desigualdad de los trabajos en valor y en precio. No es sino así que el agricultor aprende que el vaquero "peul" es económicamente más fuerte que él: por ejemplo, el producto monetario de la venta de un solo cebú corresponde aproximadamente al ingreso de uno a dos años de trabajo de un agricultor. A falta de base de comparación, en la sociedad tradicional, una diferencia tal no era resentida. En cambio ahora el agricultor se siente frustrado, lo que le hace alimentar sus celos y su envidia con relación al "peul". En caso de conflicto (normalmente originados por los daños causados por la ganadería "peul" en los cultivos "senufo") el agricultor tiende a buscar una confrontación con el "peul" en lugar de buscar un arreglo amigable, porque los "peul" son muy, muy ricos"^{1/}.

Los cambios en la valorización de la riqueza como producto de la introducción de la moneda, y por lo tanto de los sistemas de precios y del juego de la oferta y la demanda expresada monetariamente -es decir, de las llamadas "leyes del mercado"- lo podemos ver en el siguiente ejemplo tomado del impacto producido en las comunidades andinas de altura, cuyos sistemas de explotación se caracterizan por la producción a diversos niveles ecológicos en los que predominan ciclos agrícolas distintos, lo que hace que este sistema de producción sea extremadamente frágil y vulnerable:

"La incorporación de la comunidad andina al sistema del mercado bajo el mecanismo de precios significa un cambio en la valorización de sus productos comerciales. En la organización para el autoabastecimiento, el valor del producto se determina

^{1/} Memel-Fote, H. "L'élévage Peul dans le nord de la Côte d'Ivoire" Institut d'ethnosociologie. Roneo, Abdiján, 1975.

esencialmente por su valor calórico, en relación al número de jornales que requiere su producción, y por su complementariedad para la organización óptima de varios ciclos agrícolas en pisos ecológicos cercanos. El sistema de precios, en cambio, asigna (a los productos) valores monetarios determinados fuera del contexto local, en relación a la demanda efectiva ejercida por grupos sociales urbanos diversos y a la oferta nacional e internacional en un momento dado, que para algunos productos pueden llegar a ser mucho más altas que sus equivalente calóricos. Inevitablemente los precios diferenciales llevan también a una revalorización de los medios de producción, en especial de la tierra".^{1/}

Por otra parte, la introducción de la economía monetaria permite al campesino el acceso a nuevos productos pero, a su vez, esto lo obliga a producir bienes comercializables. De este modo se van alterando los patrones de producción y las formas culturales que les están asociadas. Un ejemplo interesante de este tipo de transformación lo encontramos en el siguiente caso tomado de la producción de leche de ganado vacuno en una región de los Andes peruanos, donde el ganado pastorea en las alturas y da un limitado rendimiento, entre 7 y 10 litros diarios, que deben ser bajados al llano en vasijas, lo que obliga a las ordeñadoras a caminar entre 3 y 4 horas diarias en dicho transporte. Esto da una idea de la importancia que se le otorga al ingreso monetario proveniente de esa producción, justamente en un medio donde el ganado vacuno y la lechería no entran en el esquema productivo tradicional:

"La no utilización de leche en la alimentación familiar no es únicamente cuestión de ignorancia, irresponsabilidad o espíritu de lucro de los productores. Un elemento parcialmente explicativo es el de los hábitos alimenticios que no incluyen leche ni carne en el régimen dietético campesino (de la región) en el que predominan

^{1/} Durston, J. "Comunidad andina, gestión de recursos y diferenciación social" en CEPAL/PNUMA: "Sobrevivencia campesina en ecosistemas de altura". CEPAL, Santiago de Chile, 1983.

elementos energéticos y materias que "llenan" el estómago (aún cuando el consumo de calorías es igualmente deficitario). Creemos que el elemento más explicativo es el económico-monetario: la leche es el único ingreso en dinero que tiene la mayor parte de los productores, ya que el resto de sus productos son de autoconsumo (pan llevar). Es con este ingreso que se proveen de insumos para sus cultivos, crianza de ganado y necesidades personales tales como: adquisición de arroz, azúcar, sal, aceite, fósforos, jabón, fideos, pan, té y... leche enlatada. Por otro lado, este ingreso costea servicios educativos de los hijos y servicios de salud de la familia, así como requerimientos del transporte".^{1/}

Además, la monetarización de las sociedades tradicionales, acompañada de la introducción de formas de producción orientadas al mercado y de la oferta de nuevos productos en un cuadro de minifundio donde la producción posible de cada unidad familiar suele ser insuficiente para atender los requerimientos básicos de la misma, no sólo ha producido una alteración importante en los patrones de producción sino que también ha dado lugar a la aparición de nuevas formas de dependencia. La más importante de ellas es la salarización para poder utilizar la fuerza de trabajo disponible como medio de poder cubrir la diferencia de ingresos necesaria para satisfacer aquellos requerimientos. Esto implica importantes rupturas con las formas tradicionales de organización del trabajo y, en consecuencia, una alteración de las estructuras socioculturales que caracterizaban otras formas de dependencia del campesinado.

Otra nueva forma importante de dependencia es la que surge del endeudamiento que se deriva de aquellas insuficiencias y de la urgencia por satisfacerlas. La introducción de la moneda permite el endeudamiento y conduce al surgimiento del bodeguero-prestamista o del gran propietario-prestamista que, facilitando el consumo a corto plazo, van a asegurarse

^{1/} Ferrari, L.: "Un proyecto de cooperación técnica en su hora de la verdad". S/e, Lima, 1980.

posteriormente la compra de la producción campesina a precios considerablemente más bajos que los del mercado. Se crean así verdaderos círculos viciosos de pobreza y dominación, que contribuyen también a debilitar todo el resto de la estructura tradicional del medio rural, sin por ello permitir un mejoramiento en la condición campesina.

Ultimo elemento interesante a señalar como producto de la monetarización de las sociedades tradicionales es la introducción de la tesorización monetaria que, como ya veremos más adelante, ha conducido al surgimiento de mecanismos de ahorro y asistencia mutua que eran antes desconocidos por estas sociedades.

La modificación de los objetivos de la educación y la formación, y más concretamente la introducción de las formas modernas de educación, constituyen un factor muy importante en el proceso de desestructuración cultural. Y ello por dos vías diversas. En primer lugar, en las sociedades tradicionales el rol y la función de los individuos están predeterminados prácticamente desde su nacimiento y, en consecuencia, los jóvenes son educados y formados con vistas a desempeñar funciones precisas. En tanto que miembros de la comunidad tendrán una función determinada que cumplir en el futuro y aquélla se encarga de prepararlos para desempeñarla. En cambio, los sistemas escolares "modernos" preparan a los jóvenes para un futuro incierto: el de integrarse al mercado de empleo y construirse u obtener en dicho mercado una función que no les está asignada de antemano, sino que será el producto de las fuerzas en juego en dicho mercado. De esta manera, la introducción de nuevos objetivos en el sistema de educación no hace sino reforzar el proceso de aculturación y consolidación de un nuevo modelo sociocultural.

Por otro lado, los nuevos o modernos sistemas de educación tienden a poner énfasis en la enseñanza técnico-científica y, de este modo, aceleran el proceso de especialización y división del trabajo al interior de la comunidad. Por esa misma vía, y especialmente a través de la transferencia de conocimientos técnicos, refuerzan la modificación de la estructura sociocultural:

"Una técnica incluye dos elementos: el primero es el conocimiento científico correspondiente al objeto de la técnica, que se refiere a propiedades de la materia, independientemente de las culturas de diferentes sociedades. El segundo se refiere al lugar que las sociedades dan u otorgan a los objetos en su concepción del mundo. Cada sociedad concibe en una forma diferente este lugar; atribuye a cada objeto un valor particular. Entonces, cuando se trata de la utilización de objetos, la técnica reviste un carácter cultural. Más aún, las categorías que conforman el marco de referencia de los objetos -el tiempo, el espacio, la causalidad, la relatividad, etc.- son diferentes de una cultura a otra. Es así que la enseñanza técnica y la utilización de la técnica se convierten en sostén material de la transferencia cultural".^{1/}

C. La desestructuración en el plano "cultural"

El proceso de modernización y desarrollo lleva a la modificación de las escalas de valores y de las actitudes básicas que condicionan las pautas de conducta de los grupos sociales alcanzados por aquel proceso. Las nuevas escalas de valores y actitudes básicas son aquellas que mejor se acomodan a las nuevas estructuras de poder, formas de organización social y de organización del trabajo. Estas modificaciones, a su vez, constituyen un factor de asimilación del proceso de desestructuración cultural, al que aquí nos estamos refiriendo. En muchas ocasiones, dichas modificaciones de las escalas de valores y de las actitudes básicas están ligadas al cuestionamiento de estructuras preexistentes y son parte de un proceso quizás iniciado independientemente del de modernización: los conflictos generacionales, las luchas de poder, o los conflictos de intereses, pueden ser otros tantos elementos que van a contribuir a la aceleración de este proceso.

^{1/} Malek, H., "La politique du développement..." op. cit.

A nivel de las escalas de valores, el proceso de modernización requiere la valorización de la eficiencia, de la productividad, de la actitud positiva y flexible hacia el trabajo organizado -siguiendo los patrones industriales-, de la actitud empresarial, y, muy a menudo, de que se otorgue preferencia a lo moderno o a lo extranjero sobre lo tradicional o lo local.

A nivel de las actitudes básicas, hay dos cambios que nos interesa señalar. El primero se refiere al reemplazo de la consideración y respeto de "el mundo mágico", por "el mundo racional". El segundo se refiere al desarrollo del ansia de poseer bienes, fenómeno ligado a la ruptura de formas de control social, y al reemplazo del objetivo de preservar la comunidad por el de obtener seguridad y goce personal, individual. En ambos casos, estamos frente a una consecuencia lógica del proceso de modernización, pero, a su vez también, ante factores evidentes de promoción de ese proceso a través de la desestructuración de las formas socioculturales anteriores al inicio del mismo.

En este mismo plano, el proceso de desestructuración sociocultural debido a la modernización, pasa también a través de la introducción de nuevas religiones, mitos o ideologías. A nivel de la religión, se observa generalmente el reemplazo de religiones únicas y excluyentes (en el sentido de que no aceptan la presencia de otra religión en el ámbito en que predominan), de vocación totalitaria (en el sentido de que deben regir o aspiran a regir todos los aspectos de la vida social), de aspiraciones teocráticas, y de participación obligatoria para los miembros de la colectividad, por religiones de vínculo individual, en las cuales la obligatoriedad de la participación se diluye y en las que el ámbito o la intensidad de intervención en la vida social se reduce considerablemente.

En otros casos, debido a la situación de convivencia de dos estructuras socioculturales que coexisten a lo largo de prolongadas etapas del proceso de modernización, se asiste a un desarrollo importante de diversas formas de sincretismo:

"A su cultura tradicional (en los países africanos) se ha superpuesto un sistema (político, administrativo, económico, social, lingüístico, cultural), importado e impuesto, que no les ha quedado

más remedio que integrar, de buena o mala voluntad, al momento de la independencia, a aquella cultura primigénea para tener acceso al juego internacional"^{1/}... .." el tiempo y el espacio se han convertido, para los habitantes de Kinshasa, en valores mercantiles. Su comunión con la tierra no es más directa. El ritmo de la vida en sí mismo se encuentra transformado. Los conflictos familiares y sociales se han multiplicado. la búsqueda de un regulador se impone. Entre todas las posibilidades ofrecidas, la que más seguridades otorga continúa siendo el recurso a lo divino o al "nganga", considerados como mediadores entre lo visible y lo invisible... La multiplicidad de los sincretismos religiosos, políticos y culturales son otras tantas vías de búsqueda constante de una terapia colectiva, una terapia que permita la desdramatización individual, la reconciliación comunitaria y la solución de los fenómenos económicos."^{2/}

Cabe señalar que en Africa, la importancia de los movimientos religiosos sincréticos como el kinbanguismo, en el Zaire, y el Matsuanismo en el Congo, se debe, en gran medida, a este proceso de choque entre dos sistemas socioculturales, así como al contexto político en que ambos surgieron:

"En sus comienzos (ambos) son reacciones a la presencia colonial; pero, por otra parte, se oponen al poder de los brujos tradicionales buscando su fuerza en los dogmas cristianos. La contracción fundamental que caracteriza el sincretismo de estos dos movimientos es la lucha, a la vez, contra el poder tradicional africano y contra el poder blanco, (ambos utilizan el cristianismo contra el uno y la tradición contra el otro)."^{3/}

^{1/} Colectivo Octave, "Demain l'Afrique". Presses Universitaires de France, 1981. •

^{2/} Caya Makhele, "Sincretismes" en "Autrement", número fuera de serie ("Capitales de la couleur"). París, octubre, 1984.

^{3/} Ibid.

En lo que se refiere a la introducción de nuevas ideologías, ya nos hemos referido al rol desestructurador de la ideología del desarrollo y de los paradigmas sociales que la acompañan. Otro tanto, sin embargo, podría decirse del impacto de otras ideologías políticas también de fuente occidental, como el marxismo, la socialdemocracia o el socialcristianismo. En todos los casos, estas ideologías políticas han venido a pregonar un orden social que implicaba, de alguna manera, el reemplazo de los sistemas socioculturales tradicionales por otros paradigmas.

Yendo ahora a los aspectos más profundos de la cultura, es decir, aquellos que hemos definido como no manifiestos, cabe analizar, especialmente, el impacto desestructurante sobre las culturas tradicionales de la introducción de una noción distinta del tiempo y de una noción distinta del espacio.

Nuestra noción "occidental" del tiempo hace de éste un ser con identidad propia. El tiempo es actor en nuestras vidas: "sólo el tiempo cura las heridas" o "el tiempo mata". Se le adjudican facultades que son propias de los agentes naturales o de la acción del hombre: "el tiempo, ese maravilloso escultor", nos dirá Marguerite Yourcenar en uno de sus más hermosos ensayos. Se trata de lenguaje poético, es cierto, pero también de una noción profundamente arraigada en el hombre occidental sobre las virtudes y los estragos del tiempo. Tan material y extensa es nuestra noción del tiempo que llegamos a cocificarlo: "el tiempo vale oro". Y nada más condenable entonces que "perder el tiempo". Más aún, en idiomas como el castellano o el francés, hemos llegado a reemplazar la noción de clima por la de tiempo: "hace buen o mal tiempo" y "al mal tiempo le ponemos buena cara" y a las mañanas miramos en el periódico los pronósticos climatológicos a los que llamamos "el pronóstico del tiempo".

Al tiempo, que es infinito, nuestra cultura lo ha ponderado como escaso y por ende debemos saber utilizarlo: hay que "ocuparlo", consumirlo en definitiva, con acciones útiles y valederas. Y como estamos sujetos a la fatiga, hay que organizar ordenadamente su uso hasta el límite del "stress".

Edward Hall sostiene que en Occidente la mano de hierro del tiempo, que él define como "monocrono", afecta todos los dominios de la existencia

del hombre, hasta tal punto que determina y coordina todas nuestras acciones, incluyendo la forma de nuestras relaciones con terceros:

"Para los hombres (del tiempo monocrono) educados en la tradición del norte de Europa, el tiempo es lineal y segmentado como una ruta o como una cinta que se desenvuelve a partir del pasado y se orienta hacia el futuro. Se habla de él como de algo concreto que uno puede ahorrar, usar, derrochar, perder y recuperar, que se precipita, se detiene, se arrastra, o se fuga. Estas metáforas deberían ser tomadas muy seriamente, dado que ellas expresan un modo fundamental de percepción del tiempo como factor inconsciente, y determinante o como marco sobre el cual se inscribe todo el resto. El horario monocrono funda un sistema de clasificación que regula la vida. Con excepción del nacimiento y de la muerte, todas las actividades importantes están programadas. Cabe recordar que sin programa y sin una organización del tiempo muy próxima, del sistema de tiempo monocrono, nuestra civilización industrial probablemente no se habría podido desarrollar de la misma forma. Pero esto no es todo... El tiempo monocrono es arbitrario e impuesto, es decir, adquirido. Está tan bien adquirido y confundido con nuestra cultura, que nosotros lo consideramos como la sola forma natural y "lógica" de organizar la existencia. Sin embargo, no es más inherente a los ritmos propios del hombre y a sus conductas creadoras que lo que lo es a la naturaleza. Más aún, las organizaciones, y en particular las empresas comerciales y las administraciones públicas, subordinan el hombre a la organización, y lo logran en gran parte gracias a la manera como manipulan los sistemas espaciotemporales." ^{1/}

Nos preguntamos entonces ¿qué tiene que ver esta noción del tiempo con la noción del tiempo de un campesino o de un aldeano africano o asiático, o de un indio latinoamericano, vinculadas todas a los ciclos

^{1/} Hall, E. "Au delà de la culture", op. cit. Para un análisis más detallado de la visión de Hall sobre el tiempo monocrono y otras nociones del tiempo, ver del mismo autor "La danse de la vie" (Temps culturel, temps vécu). Seuil, París, 1984.

de la naturaleza, a la evolución de los astros, o si se prefiere, a las luces y a las sombras, al frío y al calor, a la sequía y a la humedad de la tierra, a la capacidad de germinar y de fertilizar.

Qué tiene que ver esta noción del tiempo occidental, y que se expande por el Tercer Mundo a medida que avanzan la modernización y el desarrollo, con la noción del tiempo propia a la cultura china, donde se sabe "saborear" el tiempo?

"La sensibilidad de los chinos se encuentra inmersa por completo en los estados de la naturaleza, las variaciones fugitivas, y por eso afloran, aquí y allá, en toda la vida, momentos exquisitos de equilibrio... El tiempo llegaba, pasaba, volvía a llegar (como el anillo que no tiene ni principio ni fin). El tiempo de la rama de ciruelo, del tallo de bambú, de la hoja de arce, del ramaje de pino; el tiempo del grito agrio del pato gris, del dulce canto de la oropéndola, del reclamo de la codorniz."^{1/}

Con una noción del tiempo en la que las estaciones son el resultado del juego de las influencias del Yin y del Yang, en la que el sol produce la apertura de los gérmenes de la vida contenidos en la tierra, y el tiempo es el conjunto de los soplos activos productores de vida.

O qué tendrá que ver nuestra noción del tiempo con la de la cultura bantú, en cuya lengua la palabra "tiempo" sólo existe asociada a la de "espacio". Cada movimiento es único: se produce en tal punto y en tal instante; por ello, ninguna situación se repite. El tiempo sólo existe cuando un hecho concreto lo marca. Más aún, en la cultura bantú el horizonte temporal no va más allá de la próxima cosecha. O con la noción del tiempo predominante en las culturas de los trópicos. Tiempo flexible, elástico, interminable como las estaciones ecuatoriales, largo como los largos días de los trópicos, que no permiten puntos de referencia que no sean los de la estación seca o la estación de las lluvias. Tiempo al que no se concibe,

^{1/} Larre, Claude: "Percepción empírica del tiempo y concepción de la historia en el pensamiento chino" en Ricoeur, R. y otros "Las culturas y el tiempo". UNESCO, Salamanca, 1979.

no se siente, más aún, no se acepta, como limitación o factor condicionante del ritmo de vida.

Conflicto cultural tanto más importante porque la noción occidental del tiempo afecta profundamente nuestra concepción de la naturaleza. Nuestros sabios y tecnólogos han descubierto la posibilidad de acelerar los ciclos naturales, de hacer andar a la naturaleza más rápido, "de no dejarle perder el tiempo", de hacer que libere más rápido los espacios útiles o necesarios para la actividad productiva. Es cierto que las sociedades "primitivas" también conocieron técnicas para hacer marchar más rápido y encauzar a las fuerzas de la naturaleza. Sin embargo, la diferencia de la aceleración impuesta por la ciencia y la tecnología "moderna" u "occidental" está fuera de comparación con el ritmo que eran capaces de imprimir a la naturaleza las técnicas "primitivas". Detrás de estas diferencias científicas y técnicas, está también una diferencia de actitud frente a la naturaleza: de respeto por sus ritmos, por su "tempo", por su carácter de fuente agotable de vida y de producción de recursos, cuyos equilibrios deben ser conocidos y respetados.

Pero el conflicto no se detiene ahí. Nuestra noción del tiempo no sólo es ajena a los ritmos de la naturaleza; sino que además, cuando se la vincula con proyectos o iniciativas que llamaríamos "de desarrollo", tropezamos con la realidad de que la noción "moderna y occidental" del tiempo está vinculada a la escasez relativa de dinero; es decir, a la tasa de interés. Veamos esto con más detalle. Todo proyecto de desarrollo implica una inversión, y ésta, para ser rentable, debe dar un rendimiento que sea superior a los intereses que habría devengado o, lo que es lo mismo, a los intereses que habrá que pagar hasta que se recupere aquella inversión. En estas condiciones, cuanto menor sean el monto y el plazo de inmovilización del capital y mayor el producto obtenido, más alto será el beneficio atribuido al proyecto. De este modo, las tres variables en juego: el monto de la inversión, su duración, y el producto, están íntimamente vinculadas y, a su vez, condicionadas por los aspectos técnicos del proyecto. Pero detrás de todos ellos -y por ende de los plazos de duración del proyecto y de recuperación del capital invertido-

está la tasa de interés. De allí los plazos a veces aberrantes de los proyectos de desarrollo, condicionados por las urgencias presupuestarias y por la necesidad de alcanzar rendimientos que no tienen nada que ver con los ritmos, con el tiempo, de los beneficiarios que están concernidos por el proyecto.

Y si penetráramos en la noción de espacio, encontraríamos las mismas contradicciones, los mismos conflictos. Baste señalar que en nuestra cultura, regida por las nociones de escasez y de valor, no "ocupamos" el espacio, sino que lo poseemos, lo compramos o lo arrendamos. Al espacio se lo conquista con dinero o con los derechos heredados de alguien que usó del dinero para adquirirlo, o rara, muy raramente, que pudo adquirirlo por ocupación antes de que el manto del valor lo cubriera. En contraste con lo que suele ocurrir en muchas culturas "tradicionales", nuestro espacio no es más un bien libre o colectivo, que se usufructúa en la medida en que se necesita, se abandona y se vuelve a usufructuar cuando ha recuperado su fertilidad o cuando las exigencias de la producción así lo disponen. Por todas estas vías, a través de todos estos conflictos, las sociedades y los sistemas socioculturales "tradicionales" han ido sucumbiendo paulatinamente, pero cada vez más, a la penetración y al dominio de una cultura que ha demostrado disponer de una capacidad de expansión casi sin precedentes en la historia.

D. Un esbozo de tipología cultural

Sin querer establecer una tipología cultural, y mucho menos emitir juicios de valor sobre las distintas culturas, podemos distinguir cinco tipos de culturas en función de su relación con otras. Relativizando los términos, aquí quizás estamos más cerca de la noción de "civilización" que de la de "cultura", puesto que estamos definiéndolas en función de comportamientos históricos, a lo largo de su evolución -y esto es lo que nos interesa-, de sus características ante las relaciones interculturales. Teniendo en cuenta que la estructuración de cada una de ellas ha jugado un rol importante, el tipo de influencia externa a que ha estado sujeta y el momento en que aquélla se ha producido, esta clasificación resulta relativa, pero no por ello menos sugestiva.

El primer tipo de cultura que distinguiremos sería el de aquellas que, como la occidental, parecen caracterizarse por su capacidad de evolución y adaptación a circunstancias cambiantes; es decir, por su fuerte ritmo de modificación. Son culturas a la vez "abiertas" pero integradas, con fuerte capacidad de creación propia, pero también de absorción de elementos culturales externos. Altamente etnocéntricas y, quizás como consecuencia de ello, con una fuerte voluntad expansiva. Dicha voluntad de expansión se evidencia en la capacidad para generar instrumentos de dominación y de penetración, tanto a nivel material, como cultural. Su expansión es tan amplia que puede decirse que estamos asistiendo a un proceso de "panculturalización", tan importante como resulta el proceso de aculturación que origina su expansión.

Un segundo grupo sería el de las culturas de menor capacidad de resistencia ante el embate externo. Es decir, las culturas que están sufriendo el proceso de desestructuración, que hemos analizado más arriba. En tercer lugar, y muy próximas a estas últimas, tenemos lo que llamaríamos "las culturas de los espacios vacíos". Culturas propias a sociedades sin pasado, culturas como las de los países del Cono Sur de América Latina o Costa Rica, Australia o Nueva Zelanda, donde surgieron sociedades transplantadas que ocuparon espacios prácticamente vacíos. Esto no significó que se transplantara una cultura, entre otras razones, porque a veces se trataba de emigraciones procedentes de sociedades que aún no habían completado el proceso de conformación de su propia cultura.

En cuarto lugar, tenemos las culturas de ritmo de evolución relativamente lento, pero con gran capacidad de absorción de los elementos culturales externos y con una gran capacidad de adaptación. Es el caso de la cultura japonesa o el de varios países del sudeste asiático que aún hoy conservan los rasgos esenciales de su propia cultura, pese a haberse integrado en el sistema económico internacional dominado por la cultura "occidental". Son culturas que tienen la facultad de reinterpretar, de recuperar, de adaptar, porque cuentan con un sustrato cultural fuerte, que se basa en la confianza en sí misma, en su capacidad de soportar, contener, o modular la penetración externa, sin perder su identidad.

Tenemos, finalmente, las culturas que se caracterizan por un lento ritmo de evolución interno y por una baja capacidad de adaptación pero que, a su vez, disponen de una fuerte capacidad de resistencia al embate externo. Son culturas casi "impermeables", generalmente protegidas por condiciones geográficas o ecológicas que las ponen al amparo de la penetración o del dominio externo. En algunos casos, como las culturas de los niveles más altos de la región andina, su ámbito de existencia se va haciendo progresivamente más reducido: es como si la falta de oxígeno fuera constituyendo la última barrera que les permite guardar su identidad cultural.

No atinaríamos a dar las razones que explican estas diferencias. ¿Cuáles son las fuentes de la capacidad de resistencia o de la voluntad de expansión de una cultura? ¿Por qué en unas culturas el objetivo central parece ser la supervivencia, aún en condiciones muy difíciles para la reproducción de la comunidad, mientras que en otras dicho objetivo pareciera pasar por la expansión y el dominio de las restantes culturas? En todo caso, esta larga reflexión nos lleva a una conclusión que consideramos importante dentro de los objetivos de este trabajo. Hoy más que nunca resulta necesario comprender y tener en cuenta las diferencias culturales, los rasgos que separan a un sistema sociocultural de otro, si aspiramos a que "el desarrollo" sea algo más que la dominación de una cultura sobre las restantes.

III. LOS METODOS PARA TENER EN CUENTA LA CULTURA EN LAS ESTRATEGIAS DE DESARROLLO

El crecimiento de la población, la disponibilidad de nuevas técnicas, y la necesidad de promover una mayor justicia distributiva, han sido las justificaciones principales para promover el proceso de modernización a través del desarrollo, en los países del Tercer Mundo.

El crecimiento de la población a ritmos sin precedentes, a partir de mediados de este siglo, ha implicado tanto una mayor demanda de bienes y servicios como crecientes necesidades de crear empleo para poder ocupar e integrar a la vida social a las nuevas generaciones. La disponibilidad de nuevas técnicas, tanto aplicables a la producción agrícola como a la industrial, implican la posibilidad, ya sea de incrementar la productividad con los medios de producción existentes o de generar fuertes aumentos de producción que puedan, por una parte, atender aquellos aumentos de la demanda como, por otra, generar los nuevos empleos que reclama el crecimiento de la población en edad económicamente activa. La combinación de estos dos elementos y la posibilidad de que el proceso de desarrollo, a través de la modernización rural, la industrialización y la urbanización, permita romper viejas estructuras de dominación y distribuir más equitativamente la riqueza, son incentivos importantes para justificar la adopción de polí- y de estrategias tendientes a promover cambios de importancia en la estructura sociocultural y, más concretamente, en la estructura productiva. En otras palabras, la doble realidad de una población que aumenta velozmente y de la disponibilidad de medios para incrementar en forma equivalente la producción y la riqueza, justifican la promoción de dicho proceso.

Sin embargo, como todo proceso de modernización, el desarrollo comporta riesgos mayores. Más aún, dado que en este caso no se trata de un proceso de cambio social endógeno, es decir, que no es parte de la "evolución natural" de una determinada comunidad, los riesgos son aún mayores. En primer lugar, este proceso implica la introducción de nuevos objetos y, por ende, de nuevas "necesidades", que no siempre pueden ser considerados esenciales, y cuya

disponibilidad, por parte de una fracción limitada de la población, sólo puede alcanzarse desviando parte importante de la acumulación social.

Esto comporta el surgimiento de nuevas injusticias internas y, a menudo, cuando se trata de bienes con un alto contenido importado, del endeudamiento externo, que generalmente se salda por una crisis financiera que suele tener importantes repercusiones ulteriores sobre el funcionamiento del conjunto de la economía y que normalmente son resueltas a través de la adopción de políticas que no hacen sino agravar aquellas injusticias^{1/}.

En segundo lugar, el proceso de modernización introduce nuevas formas de jerarquización social que muchas veces comportan una adaptación de las viejas formas de dominio social. En otros casos, es cierto, al romperse las viejas estructuras de poder, el individuo gana en libertad pero, muchas veces, ello es a cambio de perder en términos de seguridad o de disponibilidad de un marco social que le sirve de referencia, de apoyo.

En otros términos, el proceso de modernización a través del desarrollo conduce, como ya lo hemos visto, a una desestructuración de la cultura preexistente, sin llegar, generalmente, a reemplazarla por una nueva. Hay desestructuración, pero no reestructuración. Vale decir, la vieja estructura sociocultural integrada, relativamente autónoma y, en todo caso, claramente diferenciada, es remplazada por un conjunto de elementos que no siempre alcanzan un grado de estructuración suficiente como para asegurar el adecuado funcionamiento de la sociedad. De allí las fuertes tensiones sociales y políticas que caracterizan la vida de la mayor parte de los países "en desarrollo" y, particularmente, la de aquellos que más han avanzado en este proceso de desestructuración sin llegar a crear nuevas estructuras socioculturales eficientes.

Obsérvese que aquí puede hacerse una distinción semántica de la noción de "modernización" y la de "desarrollo": la modernización sería el proceso de cambio, transformación, adaptación, autónomo o endógeno, que se produce en una sociedad como producto del proceso de "evolución" que caracteriza a cualquier sociedad a través del desarrollo de sus propias contradicciones, y

^{1/} Para un análisis del impacto del proceso de modernización sobre el endeudamiento externo de los países del Tercer Mundo y los mecanismos que lo sostienen, ver Sánchez Arnau, J.C. (ed), "Deuda externa y desarrollo", op. cit., cap. I, sec. B.

conflictos, o de las decisiones conscientes de sus integrantes, a veces bajo el influjo de influencias externas o como reacción a hechos externos que impactan en forma trascendente a dicha sociedad. El desarrollo, en cambio, es un proceso de modernización esencialmente promovido por los poderes públicos, con vistas a alcanzar aumentos sustanciales de producción para atender la creciente demanda interna a través de transformaciones económicas (tanto a nivel de la estructura productiva como de las instituciones necesarias para apoyar ese cambio) y que, como todo proceso de modernización, comporta modificaciones de trascendencia en la estructura sociocultural. Sin embargo, a diferencia de la modernización como proceso endógeno, el desarrollo implica una alteración, una perturbación, sino un corte, en el proceso de transformación "natural" de la sociedad. De allí su impacto generalmente desestructurante, los procesos de marginalización y de conflicto que desencadena y la ineficiencia, incluso económica, por la que generalmente se salda.

Esta diferenciación, teórica por cierto, puede sin embargo también servirnos para explicar, al menos en parte, la diferencia de los resultados del proceso de modernización en los países "centrales", "industrializados", "desarrollados", y los llamados países "en vías de desarrollo" del Tercer Mundo. Los otros dos factores principales que entendemos explican dichos contrastes son: por una parte, las grandes diferencias en el ritmo de crecimiento de la población y, por otra, el costo del proceso de integración de los países periféricos a la economía internacional. El tema "población" ya lo hemos considerado con alguna amplitud, y si bien resulta frecuentemente mencionado en toda la literatura sobre el desarrollo, generalmente no se pone de relieve en qué medida la rapidez del crecimiento de la población en el Tercer Mundo ha implicado un desafío inmenso a las estructuras de producción preexistentes, y ha obligado a que el proceso de modernización tuviera que ser en estos países mucho más fuerte y, sobre todo, mucho más rápido de lo que fue en los países hoy industrializados. El costo de la integración del Tercer Mundo a la economía internacional ha sido tanto mayor cuanto más dependientes han sido las estrategias de industrialización o de incremento de la producción agrícola orientada hacia la exportación,

que se han seguido en esos países. Es decir, la mayor integración a la economía internacional ha implicado, generalmente, no sólo mayor dependencia, sino también sufrir en mayor medida el impacto del deterioro de los términos del intercambio, que afectan en el largo plazo a los países exportadores de productos básicos.

De todos modos, la ecuación antes mencionada (incremento de población; introducción de nuevas técnicas; mayor justicia distributiva) es, en las condiciones actuales, casi inevitable. Por ello, siguiendo una u otra vía, una u otra estrategia, prácticamente la totalidad de los países del Tercer Mundo se han embarcado por la senda del desarrollo. Ahora bien, si aquella ecuación resulta inevitable y sus consecuencias son conocidas, bien cabe preguntarse ¿por qué no se han buscado vías alternativas que permitieran, de alguna manera, evitar el impacto desestructurante del proceso de desarrollo, especialmente cuando el resultado final, aun en términos económicos, sabemos que no es satisfactorio? Normalmente, se ha tratado de resolver el problema con "más desarrollo", más asistencia internacional, o procurando promover una utópica transformación del orden económico internacional.

Nuestro análisis nos lleva a pensar que la solución a este problema pasa por otra vía. El verdadero problema pareciera ser, poder hacer del desarrollo un proceso realmente endógeno. Basado en una fuerte participación popular, que tuviera plenamente en cuenta la estructura sociocultural que habrá de ser modificada, el impacto de los cambios que se promoverán y el conjunto de consecuencias políticas, sociales y económicas que ello implica. Lógicamente, esto significa que no hay solución ni vía única, y que en cada caso, y en cada momento, las políticas o las estrategias que puedan seguirse deban ser diferentes.

Por otra parte, no hay proceso de transformación posible sin agentes del cambio, y sin alguna forma de liderazgo en el proceso de cambio. Esto tiene mucho que ver con el grado de participación popular, con el grado de consustanciación de las bases, con el deseo de transformación y con las aspiraciones políticas, sociales y económicas de quienes ejercen aquel liderazgo. Olvidar el juego de las relaciones de poder en cualquier

proceso de transformación social, equivale a escamotear una parte esencial de la realidad. Y eso es lo que han estado haciendo continuamente las Ciencias Sociales, y especialmente la Economía, al analizar los problemas del desarrollo y de la modernización en el Tercer Mundo.

Este último aspecto es aún mucho más importante en aquellos países que han alcanzado su independencia política recientemente, y mucho más aún en aquéllos en que las estructuras "nacionales" engloban a un conjunto no siempre integrado de estructuras socioculturales. Analizar el desarrollo en estos casos, implica la necesidad de tener presente que la nación es sólo una forma histórica de organización social, que a menudo se presenta como el resultado final de un proceso de dependencia colonial o como la consecuencia de predominios étnicos o sociales, más que como un razonado acuerdo cimentado a lo largo de las generaciones entre los grupos sociales que la componen. En todo caso, si la modernización y el desarrollo pueden ser exitosos, se requiere, al menos, que se lleven adelante sobre la base del respeto de todas las partes que integran la nación y, por ende, de la aceptación de la identidad cultural de cada una de ellas. A largo plazo, la modernización siempre se expande dentro de las fronteras y termina por alcanzar a todos los sectores de la sociedad y a los rincones más alejados del territorio: la experiencia de los países hoy industrializados, es decir aquellos que accedieron más tempranamente al proceso de modernización y a la estructura nacional, lo demuestra.

Otra condición necesaria -pero por supuesto no suficiente- para que la modernización y el desarrollo puedan tener éxito, es partir en cada caso de la realidad de la estructura sociocultural disponible y de la voluntad de sus integrantes de "modernizarse" antes que de la de ser "modernizados" o "desarrollados". Esto es lo que establece la diferencia entre las comunidades autónomas e integradas y las poblaciones asistidas. Esto implica conocer las reales posibilidades y los límites de un tal proceso. Esto significa reemplazar las proyecciones que se construyen observando la realidad de los países hoy ya "desarrollados" -es decir el paradigma del desarrollo al que hicimos referencia en el capítulo inicial- con objetivos concretos que estén realmente al alcance del país de que se

trate, a partir del adecuado uso y de la apropiada organización de sus propios medios.

El mecanicismo de la planificación económica aplicada al desarrollo y, mucho más aún, de los métodos econométricos, que pueden estar perfectamente justificados en los países industrializados, han jugado un papel particularmente negativo en el proceso de modernización de los países del Tercer Mundo. Han centrado todo el esfuerzo en las variables económicas y, por lo tanto, en la transformación del aparato productivo, ignorando así la base sociocultural sobre la que descansan dichas transformaciones, y las consecuencias de éstas^{1/}.

En otros términos: es necesario pensar en una forma totalmente distinta "el desarrollo", el proceso de modernización en los países del Tercer Mundo. Tomar el crecimiento del producto como objetivo central de una estrategia de transformación (o de desarrollo) hace tiempo que ha dejado de parecer razonable. En primer lugar, porque el PNB, o cualquier otro índice equivalente, está construido de tal modo que no siempre expresa bienestar, o en todo caso, son inadecuados e insuficientes para simbolizar por sí solos el conjunto de transformaciones que suceden en una sociedad. La insuficiencia de este tipo de índices, que constituyen verdaderos pilares del análisis económico en el que reposa la elaboración de las políticas de desarrollo, ha sido reiteradamente puesta de manifiesto^{2/}. Más aún, y pensamos que éste es un punto fundamental, no toman en cuenta los costos humanos de tales procesos de transformación. Malvin Harris, analizando este problema con relación a la sociedad norteamericana ha ironizado:

^{1/} Ver al respecto: Misra, Rameshwar, "Un análisis crítico del enfoque tradicional del coste-beneficio" en "Desarrollo", 1982/Nº 1. Revista de la Sociedad Internacional para el Desarrollo, Madrid.

^{2/} Véase al respecto especialmente los trabajos del Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social y, entre ellos el Banco de Datos para la Investigación sobre los indicadores del desarrollo: UNRISD, "Notes sur la recherche Nº 7". (Comptes rendues des études en cours de l'Institut). Naciones Unidas, Ginebra, 1985.

"Los economistas sólo saben cómo medir servicios; no pueden medir los perjuicios y la mala información. Si un cirujano extirpa por error el órgano sano y el paciente expira, sus honorarios se incluyen en el output (producto) de la profesión médica y los costos del funeral en el de las funerarias y los enterradores. El costo de entregar sofás azul oscuro junto con butacas azul celeste y agujereadas, se contabiliza en el haber de la industria del transporte (aunque ese error dé lugar a que las butacas sean devueltas, lo que aumentará aún más el producto de dicho sector). El dinero gastado en llamadas telefónicas para tratar de enmendar errores de facturación es un ingreso más para la compañía telefónica. Ningún economista contabiliza en sus registros el enojo y la frustración que padece el hombre que ha perdido su crédito bancario durante siete años, porque el empleado que se aburría ante la pantalla terminal, se equivocó de tecla al anotar su número de la Seguridad Social."^{1/}

Algunas de estas preocupaciones ya están siendo tenidas en cuenta en nuevos métodos de medición de la actividad económica en términos monetarios. Así por ejemplo, en el Japón se ha desarrollado la noción de Bienestar Nacional Neto:

"En el curso de la rápida expansión de la economía japonesa en los años sesenta y comienzos de los años setenta se hicieron evidentes factores de limitación de bienestar, tales como la degradación del medio ambiente y la congestión del tráfico. La noción de Bienestar Nacional Neto fue elaborada con la intención de construir un mejor indicador del bienestar de la gente en comparación con las estadísticas de ingreso nacional, a través de la modificación de los conceptos de ingreso nacional, agregando y sustrayendo factores positivos y negativos medidos en términos monetarios... Primero, se excluyó del Bienestar Nacional Neto (BNN) a todos los gastos

^{1/} Harris, M., "La cultura norteamericana...", op. cit.

de inversión, dado que no está directamente relacionada con beneficios, pero la formulación de "stock" tendrá en cuenta el flujo de beneficios derivados de los servicios, una parte de los cuales es estimada e incluida en el contexto de BNN. Segundo, también se incluyen los beneficios obtenidos de actividades no mercantiles, tales como el trabajo del hogar. Al mismo tiempo, son calculadas y sustraídas del BNN los gastos para proteger el medio ambiente y los daños derivados de la polución. También se sustraen las pérdidas debidas a la rápida urbanización, al deterioro del medio ambiente humano, el aumento de las distancias para ir desde el trabajo al hogar y los accidentes de tráfico."^{1/}

A pesar del progreso que la elaboración de este tipo de índice puede implicar en el análisis económico y en la definición de estrategias de desarrollo, el mismo es insuficiente para incorporar todos aquellos aspectos del "malestar" humano, que se derivan de un proceso de transformación de la naturaleza particular a la que están sometidas las sociedades del Tercer Mundo. ¿Cómo medir la angustia, la frustración, la pérdida del marco de referencia cultural, los cambios de valores, la aculturación en definitiva? Sin embargo, si todos estos elementos no son ponderados, si no son tenidos en cuenta, sucede con el proceso de desarrollo y modernización lo mismo que hemos visto que sucedía con los proyectos de desarrollo: fracasa, entre otras razones, porque al ignorar aquellos factores, se termina por afectar a la propia eficiencia económica que se persigue.

De allí también que en un país como Japón, donde los elementos culturales juegan y han jugado siempre un papel más importantes que en otras sociedades -y nos estamos refiriendo no a la existencia de esos factores que están presentes en todas partes, sino a la medida en que se los tiene en cuenta al momento de elaborar políticas y estrategias de cambio- se ha desarrollado también un sistema de estadísticas dirigido

^{1/} Harita, H., "Innovative methods and experience in integrated development planning and integration of social and cultural factors in Japan". Documento presentado al Simposio subregional sobre análisis crítico de los métodos de planificación del desarrollo en Asia. Nueva Delhi, noviembre-diciembre, 1984. UNESCO, documento SHS.84/CONF.802/02.

a medir en forma global la evolución de diversos aspectos de la vida diaria de la población, a través de la ponderación de la medida en que son alcanzados un importante conjunto de objetivos sociales. Este sistema de indicadores sociales incluye las siguientes inquietudes ("concerns");

a. área de salud:

- salud y longevidad;
- mejora en las condiciones sociales para proteger y promover la salud;

b. área de educación, formación y cultura:

- nivel de educación fundamental;
- nivel de educación secundaria y superior;
- nivel de actividades de autoformación;
- nivel del medio ambiente cultural;

c. área del empleo y calidad de la vida en el trabajo;

- aumento en la disponibilidad de buenas oportunidades de empleo;
- mejora en la calidad de la vida en el trabajo;

d. área de ocio y distracción:

- incremento en la libertad en la vida diaria;
- mejora en la calidad de la vida durante las horas libres;

e. área de ingreso y consumo:

- incremento en el ingreso y en los bienes;
- reducción en los diferenciales de ingreso y de riqueza;
- estabilización de los ingresos y de la riqueza;
- mejora en la calidad del consumo;

f. área del medio ambiente físico:

- mejora en las condiciones habitacionales;
- reducción en los daños provenientes de la presencia de sustancias nocivas o desagradables;
- reducción en los daños causados por desastres;
- conservación de un buen medio ambiente natural;

g. área de la seguridad y de la administración de justicia:

- reducción de la criminalidad y de los daños causados por el crimen;

- reducción en los accidentes y en los daños causados por los accidentes;
- h) área de la vida familiar:
 - moderación de las funciones de la vida familiar;
 - reducción de la descomposición de la familia;
- i) área de la calidad de la vida comunitaria:
 - bases estables para la vida comunitaria;
 - existencia de cuerpos y de organizaciones creadas por los habitantes en las que éstos pueden participar para obtener una vida fructífera;
 - existencia de facilidades comunitarias y de servicios de bienestar que los habitantes puedan utilizar para promover una vida fructífera;
- j) área de la movilidad social y de clases:
 - disminución de las desigualdades entre clases sociales;
 - movilidad social más fácil.

Estos objetivos son, a su vez, subdivididos en 108 subobjetivos específicos, medidos por 368 indicadores y referidos a un elevado número de índices estadísticos y de resultados de encuestas, que permiten seguir la evolución de la calidad de la vida y planificar, en consecuencia, las transformaciones sociales y económicas^{1/}.

Este sofisticado método de control y planificación de las transformaciones socioeconómicas, irrelevante en muchos aspectos para la mayoría de los países en desarrollo, pone de manifiesto: primero, que los propios países industrializados, donde ha predominado a menudo una visión economista del proceso de modernización, se siente la necesidad de ampliar considerablemente el marco de referencia de dicho proceso; y segundo, que es posible elaborar métodos adecuados para llevar adelante dichas transformaciones, teniendo en cuenta al conjunto de aspectos que integran la estructura sociocultural.

1/ Ibid.

En los países en desarrollo, allí donde sea posible superar la visión ideológica del desarrollo, se abrirán las puertas a la posibilidad de encarar el proceso de modernización en la misma forma global y comprensiva que se ha señalado antes. Esto no implica llegar a subestimar la necesidad del crecimiento económico. Todo lo contrario, se trata de integrarlo en el marco de un proceso de cambio cuyos objetivos trascienden lo económico y, a su vez, lo comprenden. Por eso, en lugar de hablar de la "dimensión cultural del desarrollo", donde la cultura aparece como la visión que viene a legitimar al desarrollo y a liberarlo de sus consecuencias negativas, preferiríamos hablar de la "dimensión económica de los procesos de cambio sociocultural". Aquí, la transformación del conjunto de la sociedad en pos de determinados objetivos, tiene también en cuenta la necesidad de la introducción de importantes transformaciones económicas que permitan responder, por lo menos, a los tres grandes desafíos que tienen por delante, prácticamente, todos los países en desarrollo:

- atender a la satisfacción de las necesidades básicas de una población que ha crecido a un ritmo sin precedentes en los últimos decenios, y que aún continuará creciendo aceleradamente por varios decenios más;
- dar empleo e integrar socialmente a esa creciente población; y
- evitar, que como resultado de esas transformaciones se entre en un proceso de desestructuración sociocultural como los que hemos señalado.

Hemos dicho que no puede haber cambio sin agentes del cambio y sin grupos sociales que ejerzan el liderazgo del mismo. Debemos agregar que normalmente tampoco hay cambio sin una ideología del cambio. Más aún, difícilmente se podrá embarcar al conjunto de la comunidad en un proceso de transformación de esta naturaleza si no se dispone de un paradigma social suficientemente movilizador. Las Ciencias Sociales en los últimos decenios, a menudo interesadas en llegar a brindar una visión esencialmente "científica" de los procesos de transformación y modernización, terminaron cayendo, sin desearlo, en la ideologización del cambio. La representación y la proyección de la imagen de las sociedades industrializadas al Tercer Mundo derivó,

como ya vimos antes, en la elaboración del paradigma del desarrollo. La realidad actual del Tercer Mundo requiere de nuevos paradigmas que permitan superar la crisis actual, originada en el esfuerzo por alcanzar un paradigma imposible, que está fuera de la realidad porque dichos países no disponen de los medios ni del contexto histórico para alcanzarlo. Exige, en consecuencia también, la elaboración de nuevos paradigmas firmemente anclados en la realidad y orientados a la satisfacción de aquellos tres grandes objetivos que señalábamos antes.

Dada la diversidad de situaciones en los países del Tercer Mundo y, mucho más aún, la necesidad de tener adecuadamente en cuenta sus diferencias y sus identidades socioculturales específicas, aquí sólo podemos aportar respuestas a las preguntas e inquietudes más generales:

"Las respuestas más específicas y la aceptación -o no- de los paradigmas que podamos imaginar, debe ser el producto de la participación de sus presuntos beneficiarios, de aquellos que, bajo la filosofía del "desarrollo" tradicional sólo fueron "target population" o, más cruda y acertadamente dicho en francés: "la population cible"^{1/}."

Sin embargo, la elaboración de nuevos paradigmas no es un mero ejercicio intelectual, en el que se combinan el ansia por superar problemas y una pizca de utopía. Si se aspira a que sean paradigmas "eficientes", en el sentido de que puedan promover la transformación de la realidad, alcanzar dicha transformación, y satisfacer los objetivos que se han previsto, se requiere que sean elaborados a partir de un mejor conocimiento de la estructura sociocultural, de sus fundamentos, de la forma en que asimila o rechaza el cambio, de las posibilidades y límites de transformación que encierra. Por ello, en las secciones siguientes habremos de prestar particular atención a tres aspectos relevantes para los países del Tercer Mundo embarcados en este proceso de modernización: el medio rural, la industrialización y la urbanización, y el comercio internacional.

^{1/} Sánchez Arnau, J.C., "Cultura y desarrollo económico en América Latina: Sendas para futuras investigaciones". Ponencia presentada a la Conferencia General de la Asociación Europea de Investigación y Formación para el Desarrollo (EADI). Roneo. Madrid. septiembre 1984.

A. La modernización en el medio rural

No vamos a describir aquí el proceso de modernización en el medio rural de los países del Tercer Mundo, puesto que esto implicaría entrar a un nivel de generalización que no coincide con la diversidad de la realidad de dichos países. Vamos, en cambio, primero, a describir los rasgos principales de las estructuras socio-culturales rurales "tradicionales" y luego, a analizar algunos aspectos que aparecen con mayor frecuencia como producto del proceso de modernización.

1. La cultura tradicional en el medio rural

Señalaremos, en primer lugar, que al momento de la descolonización y del inicio del llamado proceso de desarrollo en los países del Tercer Mundo, se distinguían en las áreas rurales de dichos países dos grandes grupos o dos grandes tipos de estructura productiva que, a su vez, condicionaban al resto de la estructura sociocultural: por un lado, se encontraba la hacienda, el latifundio, la factoría. Es decir, aquellos tipos de formas de producción implantadas por los colonizadores, a veces descansando sobre estructuras preexistentes; otras, habiendo surgido después de eliminar aquéllas. Normalmente, eran estructuras de monocultivo y orientadas hacia la exportación, principalmente hacia la satisfacción de la demanda del país de origen del colonizador.

En esas estructuras productivas, cuando la mano de obra no fue provista por esclavos traídos de otras tierras, el campesino local estuvo sometido a regímenes cercanos al de la esclavitud o, al menos, a formas serviles de prestación obligatoria de servicios. En el mejor de los casos, salvaguardó su libertad a cambio de tener que dedicar una parte de su esfuerzo productivo a satisfacer, mediante la entrega del producto reclamado por el colonizador, impuestos u otras formas de gravámenes establecidos por aquél. En este caso, la población local consiguió preservar, en mayor o menor medida, sus propias estructuras de producción. En otros casos, fue totalmente absorbida por la hacienda y, de este modo, su estructura de producción -y con ella, la mayor parte de su cultura- desaparecieron o quedaron reducidas a su mínima expresión.

El impacto de este proceso sobre las poblaciones locales fue duro, pero se inscribía también en un proceso histórico que generalmente ya lo era. Además, fue un proceso que condicionó, y condiciona aún, la estructura productiva y la suerte económica de los países afectados por el mismo:

"... el Africa tropical estuvo durante mucho tiempo al margen de los grandes progresos técnicos. Su desarrollo fue traumatizado, a partir del siglo XVI, por la caída de sus grandes imperios y por la llegada de los traficantes europeos, que fueron allí en búsqueda de esclavos y de beneficios, y no del progreso de aquellos países. Hace aún un buen siglo, en vísperas de la extensión de las conquistas coloniales, una gran parte del Senegal y de Malí, ignoraban todavía el uso de las monedas modernas, el Estado centralizado, la rueda, la tracción animal, etc. La escritura sólo era conocida bajo su forma religiosa, el árabe del Islam, a menudo introducida por los "marabús" moros. El Africa tropical vivía entonces en una economía de subsistencia basada en la sola energía humana, con producciones muy modestas y demasiado irregulares, que no la ponían al abrigo de hambrunas periódicas. Es en ese momento, que la economía de intercambio impuso progresivamente el predominio del maní, para el más grande beneficio de los comerciantes (sobre todo franceses, pero también sirio-libaneses), de las aceiterías de Marsella y de Burdeos, y de la ganadería francesa (beneficiada por los bajos precios de las tortas de oleaginosos).^{1/}"

Aquellas estructuras productivas implantadas por el colonizador, funcionaban presididas por la lógica de la economía capitalista, y dependientes de los vaivenes de los precios en el mercado internacional. A la independencia, las entidades que la sucedieron, continuaron sometidas a dichos vaivenes, pero la lógica que rigió su conducción no pudo seguir siempre la misma. En algunos casos, las empresas que poseían aquellas unidades de producción fueron nacionalizadas, en otros -menos usuales- continuaron en manos de sus antiguos propietarios. En muchos casos, se convirtieron en empresas públicas o semipúblicas. En otros, las tierras que abarcaban fueron objeto de diversas formas de distribución. En América Latina, donde la hacienda y el latifundio tienen una historia mucho más

1/ Dumont, René, "Notes sur les implications sociales de la "Revolution verte" en quelques pays d'Afrique". UNRISD, Rapport N° 71.5. Ginebra, 1971.

prolongada que las formas particulares de producción que desarrolló el colonizador en Asia o en Africa, el paso a la independencia no fue más que una etapa en el proceso de formación de esas unidades productivas. Más aún, a menudo su afianzamiento y extensión se inicia, justamente, con la independencia política. En todo caso, aquellas instituciones y la población esclava o servil que aseguraba su producción, sufrieron importantes transformaciones determinadas por factores exteriores a las unidades de producción y, a menudo, a los propios países donde estaban instaladas:

"La producción de azúcar en el nordeste de Brasil sufrió una primera e importante modificación con la abolición de la esclavitud en ese país, en 1888. Esta sobrevino en un momento de crisis en la producción azucarera, y el hecho de tener que pagar un salario a los esclavos creó serios problemas a los cultivadores de caña. La aparición ofreció la solución; el productor cedió al antiguo esclavo una casita y una pequeña fracción de tierra para sus cultivos de subsistencia y le exigió, en contrapartida, jornadas de trabajo. El "trabalhador de condição" hizo así su aparición en el nordeste azucarero. Trabajaba con su familia en las plantaciones y recibía un pequeño salario. Le era imposible, sin embargo, mantener sus cultivos de subsistencia durante los períodos de siembra y de corte, dado que entonces debía trabajar todo el tiempo para el patrón. De este modo, el trabajo colectivo de los esclavos fue reemplazado por el trabajo de las unidades familiares.

El empleo de la máquina a vapor en la fabricación de azúcar a partir de los primeros decenios del siglo XX provocó nuevas modificaciones en la organización del trabajo. El ingenio tenía necesidad de un abastecimiento de caña mucho más importante que el molino, por ello, el propietario compró las tierras de los alrededores para asegurar un abastecimiento adecuado. Los propietarios de molino que no disponían de suficiente capital para convertirse en propietarios de ingenio, abandonaron sus molinos y se transformaron simplemente

en productores de caña. Teóricamente, podían elegir el ingenio al cual vender su producción, pero obligados como estaban, a menudo, a solicitar adelantos de fondos y a entregar su producción futura en garantía; el propietario del ingenio terminaba por imponerle el precio. Estos ocuparon de este modo las posiciones dominantes en la escala socioeconómica. Sobre las tierras del ingenio o sobre las tierras de los plantadores, los "foreiros" constituyeron la mano de obra necesaria. Su sistema era el mismo que el de la aparcería, sólo había cambiado el nombre. En principio, no debían entregar al propietario que un tercio o la mitad de su producción, pero terminaban por venderle también la parte que les correspondía de derecho al precio fijado por aquél... Esta organización del trabajo y esta forma de remuneración coexistieron con el trabajo de jornaleros, pagados por día de trabajo, pero que vivían en la propiedad. La migración temporaria continuó existiendo y reforzando los lazos entre las distintas zonas que componen esta región... Con las facilidades cada vez más grandes de comunicación, actualmente se está modificando este esquema: se está pasando del trabajo de unidades familiares al trabajo de individuos contratados para funciones precisas y únicamente por la duración de éstas. La caña de azúcar sólo exige una gran cantidad de brazos durante períodos bien determinados del año: la siembra y, especialmente, la cosecha (el corte). En el intervalo se puede disminuir el número de trabajadores. El propietario del ingenio y el plantador tienden entonces, cada vez más, a calcular la mano de obra que les hace falta a partir de aquella que es necesaria en los períodos de menor trabajo... El resto del trabajo es mano de obra temporaria.

Las antiguas relaciones paternalistas que formaban la base de la organización del molino han sido rápidamente arruinadas por la instalación del ingenio. Su propietario es un hombre de la ciudad, mientras que el señor del molino habitaba en sus tierras. Aquél dirige sus negocios a partir de una oficina situada en el centro de la ciudad y deja en la propiedad a un administrador. El contacto

directo entre el patrón y la mano de obra no existe más. Pero el paternalismo persiste, en la medida en que los trabajadores habitan la propiedad, sólo cambia de objeto y concierne al gerente. De este modo, la propiedad (el ingenio) está todavía organizada según las relaciones personales y afectivas que no se establecen más directamente con el patrón, sino por persona interpuesta, el gerente. Sin embargo, como el Estatuto del Trabajador de la Tierra, promulgado en 1963, extendía al campo las leyes sociales de la ciudad, y protegía a los obreros permanentes, se intensificó la contratación de mano de obra temporaria. Esto significó la ruina del paternalismo, debido a que los trabajadores ya no tienen más contacto ni con el gerente. Quien se encarga de la contratación es el propietario de un camión. Este fija con el gerente el precio de la jornada, a continuación va a buscar a los trabajadores en la periferia del pueblo más próximo, los lleva al lugar del trabajo y los vuelve a traer a su lugar de origen al caer la tarde. Es él quien paga la jornada de trabajo con lo que ha recibido del gerente después de haber deducido su beneficio... Así desaparece el contacto directo que existía antes, y resulta reemplazado por las relaciones impersonales de las empresas modernas.^{1/}

El segundo tipo de estructura de producción que encontramos en los países del Tercer Mundo al momento de la independencia y del inicio del proceso de desarrollo, son estructuras "cerradas", de autoabastecimiento, generalmente integradas en una estructura sociocultural unitaria y diferenciada. Podemos, de este modo, encontrar tantas formas de este tipo de unidades de producción como culturas.

Se trata de entidades generalmente frágiles, ligadas a menudo a un producto o a un ecosistema determinado. La lógica que preside su funcionamiento ha sido definida, en muchas oportunidades, como la "racionalidad campesina", es decir, una lógica que está normalmente desvinculada de la

^{1/} Pereira de Queiroz, L.I., "L'industrialisation de l'agriculture bouleverse les structures sociales" en Rambaud, P., "Sociologie rural" (Textos escogidos). Mouton Editeur, París, 1976.

racionalidad económica presidida por el incremento del producto y la acumulación.

Se trata de estructuras que combinan la gestión de recursos humanos y técnicos en un cierto marco ecológico que constituye, normalmente, un condicionante mayor. Esa combinación de recursos se hace a través de una cierta forma de organización del trabajo, que determina, a su vez, los aspectos principales de la organización social y que reposa sobre "un sistema de valores, creencias y prestigio compartidos" por quienes lo integran. Tomemos como ejemplo, el siguiente caso, estudiado por Durston, interesante, porque aún hoy conserva elementos tradicionales gracias a su aislamiento y al marco ecológico en que se encierra. Se trata de las comunidades indígenas que explotan los ecosistemas de altura en los Andes peruanos:

"Nuestro interés se concentra en los grupos humanos que habitan los dos o tres pisos ecológicos más altos de ocupación productiva en la zona andina: el de los pastizales altos de puna o páramo, con rebaños de llamas, ovejas, etc.; más abajo, la franja donde predomina la papa, acompañada por oca, olluco, mashua, melloco, quinoa, tarwi, etc.; seguido, alrededor de los 3.000 metros, por cebada, habas, ganado vacuno, animales de corral, y los comienzos de las zonas de maíz y hortalizas... En la comunidad andina (de este tipo) un objetivo primordial perseguido por la estrategia cultural... es el de asegurar la supervivencia a través del aprovechamiento máximo del tiempo de trabajo disponible durante el año agrícola, planificando y coordinando su utilización en los ciclos traslapados de varios cultivos. Esto sólo se hace factible en contextos de "microverticalidad" donde hay varios pisos ecológicos en proximidad cercana, controlados por un mismo grupo humano. En el aspecto sociocultural, esta coordinación y la gestión de recursos naturales y humanos se logra a través de los principios centrales de solidaridad y reciprocidad, basados en los lazos de parentesco en la pequeña comunidad... Lo fundamental,

1/ Durston, J., op. cit.

entonces, consiste en una relación hombre-naturaleza y un estilo de organización socio-cultural muy particulares, altamente adaptado al ecosistema local, y que permite una mayor coordinación y una mayor productividad de lo que podrían lograr familias campesinas trabajando en forma individual en las mismas circunstancias."^{1/}

Las estructuras productivas de este tipo sólo han permanecido inalteradas como producto del impacto del proceso de modernización y de desarrollo cuando, como en este caso, el aislamiento las ha protegido casi fortuitamente. En la misma región andina, en cambio, la estructura tradicional de la comunidad campesina sufrió profundas transformaciones:

"Históricamente una comunidad campesina -creada sobre la base del antiguo "ayllu" incaico y sobre las reducciones de la colonia (1575)- constituyó un espacio socio-económico y cultural relativamente homogéneo, unido por vínculos de parentesco y etnia comunes. Un fondo común de subsistencia, basado en la propiedad comunal de la tierra y del agua, una organización de la producción basada en el trabajo comunal (faenas y "mingas") dentro de una economía de subsistencia y una organización social asentada en la autoridad autónoma de líderes comunales reconocidos, reforzada por prácticas culturales comunes, caracterizaba en grandes líneas una comunidad indígena. Esta imagen de la comunidad persiste hasta hoy sin que corresponda íntegramente a la realidad.

Un generalizado despojo de tierras, principalmente en el primer siglo republicano, ha reducido drásticamente y paulatinamente la frontera agrícola de las comunidades, la que no satisface ya sus necesidades de subsistencia. La población resulta excesiva para la productividad de la tierra y existe imposibilidad física de continuar aplicando las técnicas tradicionales de conservación del rendimiento de la tierra: rotación de cultivos, abono natural, etc. La fuerza de trabajo excedente que había sido utilizada sin despojarla de la tierra (sistemas de enganche temporal) posteriormente ha emigrado, en busca de formas complementarias de subsistencia. La emigración temporal se ha ido convirtiendo en permanente y los jóvenes y adultos en edad de trabajar se encuentran ahora formando parte de las masas

1/ Durston, J., op. cit.

marginalizadas con empleo eventuales o desempleadas (vendedores ambulantes, pueblos jóvenes). Las ocupaciones complementarias han introducido a la población de las comunidades a un nuevo tipo de economía (monetaria) y articulado a la comunidad al sistema nacional en condiciones precarias y utilizando mecanismos que favorecen el dominio de la economía monetaria y urbana. La diferencia en la comunidad se debe fundamentalmente a la posesión diferenciada de recursos (tierra, ganado) y a las actividades complementarias (comercio, artesanía, servicios, cultivos en otras zonas). Estas diferencias condicionan a los grupos al interior de las comunidades y los comportamientos frente a cargos y compromisos comunales, a tareas y asambleas, acceso a servicios educativos y de salud, relación con autoridades estatales, etc. Un creciente minifundismo, una escasa capacidad económica para introducir tecnificación adecuada en el proceso productivo, dificultades de acceso al crédito y actitud de reserva frente al mismo, posición de perceptores de renta de la tierra (en las "cooperativas surgidas de la reforma agraria), son las actuales características de la mayoría de las comunidades campesinas.

Todo esto ha modificado las características ancestrales de la comunidad campesina, reestructurada en su mayor parte de acuerdo a patrones cooperativos en cumplimiento de normas legales vigentes. En efecto, el carácter comunal de la propiedad y del trabajo, ha desaparecido prácticamente como nota fundamental. Hoy, en las comunidades coexisten las formas de propiedad comunal (pastos, agua y algunas parcelas destinadas a fines específicos) con la propiedad privada de la tierra (sobre todo de regadío), que las familias usufructuaban rotativamente primero y luego de forma permanente, y de ganado (vacuno, ovino o auquénido); las formas de trabajo comunal (faenas) se circunscriben al cultivo de las tierras comunales, limpieza de acequias, mantenimiento de caminos, construcción de infraestructura comunal (escuelas, postas médicas, locales comunales); el cultivo, y el cuidado del ganado se hacen, sea directamente, sea contratando peones entre los minifundistas o comuneros sin tierras. El trabajo

comunal puede también ser sustituido por el pago de los jornales correspondientes que hacen los comuneros "ricos" para contratar peones con ese destino. La organización social ha sido modificada y se observa cada vez más la introducción de patrones competitivos, búsqueda de beneficios particulares, diferenciación social, cierto grado de pérdida de identidad cultural aun cuando subsisten costumbres y creencias comunes (fiestas, ritos, etc.)."^{1/}

Tanto en América Latina, como en Africa o en Asia, la mayor parte de este tipo de unidades, han sufrido el proceso de desestructuración originado en la modernización y en su incorporación a la economía monetaria. La subsistencia de sus elementos básicos depende en gran medida del grado de incorporación a dicho proceso y de la fuerza de sus estructuras. Por ello, la lógica que hoy preside su funcionamiento está en algún punto del camino entre las exigencias o las promesas de la sociedad global a la que pertenecen y las de su propia preservación.

Dijimos que se podían identificar tantas formas de este tipo de unidades como culturas existen en el medio rural de los países del Tercer Mundo. De allí, que sólo podamos considerar aquí unos pocos de aquellos elementos que les son generalmente comunes. Nos interesan en un doble sentido: tratar de comprender su lógica interna y ver cómo las afecta el proceso de modernización. Esto nos permitirá ver mejor cómo es posible tener en cuenta dichos elementos -es decir, las bases de su cultura- en la elaboración de "estrategias de desarrollo" que no sean desestructurantes.

Los cuatro elementos a los que habremos de prestar particular atención son: la vinculación con la tierra; las formas de organización del trabajo; los objetivos principales de su lógica interna; y el rol de la aldea como centro de su vida social.

En la mayor parte de las sociedades "tradicionales" la tierra no puede ser considerada solamente como un medio de producción, y mucho menos como un valor de inversión o como un bien enajenable. Por las limitaciones técnicas, en términos de capacidad de control o de modificación de la naturaleza, la

^{1/} Ferrari, L., op. cit.

supervivencia de aquellas sociedades estaba íntimamente ligada a la producción agrícola. Más aún, a una producción agrícola limitada, muchas veces apenas suficiente para asegurar el sustento de sus miembros.

De allí, entonces, la actitud reverencial que suele primar en esas culturas frente a la tierra, fuente primordial de vida, y los vínculos religiosos que el hombre establece con la misma. Además, la tierra, al ser explotada a menudo en forma colectiva, o debido al hecho de que la asignación de parcelas para su explotación es producto de una decisión colectiva de la comunidad, establece vínculos sociales entre los integrantes de esa comunidad. Es decir, la tierra liga a los hombres con los misterios de la naturaleza y los vincula entre sí. Por estas razones, en muchas culturas la tierra ha sido -o sigue siendo- un bien sagrado, común e inalienable. Así por ejemplo, entre los Kongo del Africa ecuatorial:

"La tierra es indivisible y tradicionalmente inalienable.

Los verdaderos propietarios de la tierra son los antepasados."^{1/}

o en la tradición del altiplano malgache:

"La tierra es al mismo tiempo madre y divinidad. Rodea a los muertos y hace posible que los vivos vivan. Es el vínculo entre los vivos y los muertos, que son los garantes de la supervivencia del grupo, que se alimenta de la tierra."^{2/}

Del mismo modo, en la cosmogonía incaica, la tierra es la "Pachamama", diosa y madre.

^{1/} N'Kaloulou, B., "Dynamique paysanne et développemen rural au Congo". Editions L'Harmattan, París, 1984.

^{2/} Desjeux, D., "El desarrollo como proceso de aculturación" en Desarrollo, 1982, Nº 1. Madrid.

De allí que los procedimientos para acceder al dominio de la tierra o al usufructo estén también cargados de un sentido sacro. Entre los "wolof" del Senegal:

"El "lamane", o dueño del "derecho de fuego", corresponde a aquel que desbrozó la selva por el fuego, o primer ocupante, caracterizado por una apropiación de las tierras colectivas y la enajenabilidad de estos bienes pertenecientes al clan. Los jefes de familia adquirirían a continuación, al desbrozar con el hacha, el "derecho del hacha", derecho al usufructo inalienable con la sola condición de entregar una renta, generalmente simbólica, debida al "lamane"^{1/}

En Asia, en Africa o en América Latina, en el contexto de estructuras socioculturales muy diferentes, de marcos ecológicos muy diversos, encontramos con particular frecuencia, el mismo tipo de estructura: propiedad de la tierra colectiva (a nivel de la comunidad, del clan, o de la aldea) y usufructo, a veces colectivo, y a veces, familiar, o incluso individual; pero raramente propiedad individual:

"Si bien entre las comunidades (andinas del Ecuador) existen diferencias en cuanto a la propiedad individual o colectiva de los recursos, normalmente entre los indígenas la propiedad, o su noción, reside fundamentalmente a nivel comunal, mientras que las unidades que la constituyen tienen más bien una relación de usufructo. El derecho de usufructo está dado fundamentalmente por la pertenencia a las redes de parentesco o descendencia que constituyen la comunidad. La idea de usufructo no se opone, sin embargo, a que las tierras sean heredadas. Aun cuando normalmente el cabildo debe legitimizar dicho procedimiento. Además de las tierras de usufructo individual, existen generalmente en la comunidad tierras comunales de pastoreo, así como una zona habitacional y ceremonial. La comunidad como tal decide en última instancia la distribución de estos tipos

^{1/} Dumont, R., op. cit.

básicos de territorio, decide la distribución individual o la preservación de un territorio de reserva para los jóvenes, como puede observarse en las comunidades de Guangaje, en Cotopaxi. Aún más, los (cada vez más) frecuentes traspasos privados de recursos, sea al interior de las familias o entre ellas, son generalmente legitimados por el cabildo."^{1/}

El proceso de modernización ha ido modificando paulatinamente esta situación. Primero, a través del despojo de las tierras pertenecientes a las comunidades. En América Latina, este proceso se inició prácticamente con la colonización, pero se aceleró marcadamente -como ya hemos visto antes- durante el período republicano. Lo que la historiografía no ha registrado siempre, en América Latina ha sido abundantemente recogido por la literatura^{2/}.

En Africa, sucedió lo mismo con la llegada e instalación del colonizador, pero allí fue mucho más difícil introducir, de no ser por medio de la fuerza, la noción de propiedad privada de la tierra. Pero lo que no logró la colonización, lo está logrando paulatinamente la monetarización de la sociedad tradicional y, el desarrollo:

"Hay una neta evolución en el comportamiento del campesino con respecto a la tierra, que se puede observar a través de: la multiplicación de los litigios por su propiedad, los relevamientos, y la completa monetarización de los derechos tradicionales a la tierra, la transformación, cada vez más, en cesiones definitivas de las formas tradicionales de préstamo o asignación del suelo, la extensión

^{1/} Chiriboga, L., "Formas tradicionales de organización social y actividad económica en el medio indígena en Ecuador" en Sánchez Arnau, J.C., "Cultura y desarrollo económico...", op. cit.

^{2/} Especialmente en la región andina, desde la obra temprana de Ciro Alegría ("El mundo es ancho y ajeno") o de Jorge Icaza ("Huasipungo"), y la más reciente y relevante de Manuel Scorza ("Garabombo el invisible", "Redobles por Ranca", etc.), la literatura se ha ocupado ampliamente de las consecuencias del despojo de la tierra a las comunidades indígenas.

de un mercado inmobiliario que abarca, incluso, a la tierra no cultivable, etc. Estos elementos producen el establecimiento, poco a poco, de nuevas relaciones entre el campesino y la tierra."^{1/}

Segundo elemento que nos interesa señalar aquí: las formas de organización social del trabajo en el medio rural de los países del Tercer Mundo. Tal como hemos visto en el caso de las comunidades andinas de altura, dichas formas de organización son básicamente función del medio, de la técnica disponible, y de las estructuras de poder interno que predominan en el marco de cada comunidad.

Muchas veces las estructuras de poder son un factor condicionante de la forma de organización social del trabajo, especialmente cuando las mismas tienen profundas raíces en el pasado o han sido fuertemente legitimadas a través de un vínculo religioso. A menudo, esto favorece el surgimiento de diversas modalidades de paternalismo que pueden llegar, incluso, a consolidarse o institucionalizarse a través de rígidos sistemas como el de castas.

Un buen ejemplo de este tipo de organización social de la producción, donde se combinan varios de los elementos que hemos señalado antes, lo encontramos en el caso de la "nassagh", sistema de producción agrícola típico del Irán, basado en una eficiente utilización de la irrigación, incluso a través de sistemas de canalización subterránea:

"La "nassagh" incluye varios niveles de unidad de producción interrelacionados. A cada nivel la dimensión óptima de las exigencias técnicas o sociológicas determina el tamaño de la unidad en cuestión. En un primer nivel, se encuentra la aldea toda entera. Es a este nivel, que la unidad se conoce con el nombre de "nassagh". Ella está dirigida por un "malek" (impropiamente traducido como "propietario"), aquél a quien el Estado ha confiado la gestión de la aldea. Estaba encargado por el Estado de: a) asegurar la irrigación, generalmente por la creación de uno o de más diques

^{1/} N'Kaloulou, B., op. cit.

que utilizan la gravitación para la explotación de los surgentes ("ghanats") o para la construcción y el mantenimiento de diques en los cursos de agua natural. En este último caso, un dique servía, en general, a varias aldeas y los "maleks" de estas aldeas trabajaban en común para su construcción y mantenimiento;

b) asegurar los créditos necesarios para los trabajos agrícolas: el "taghavi" (esta institución de crédito agrícola es tan antigua como la agricultura persa... los mogoles la introdujeron en la India); c) administrar las tierras, en lo que se refiere tanto a la determinación de las parcelas a cultivar por secano, a irrigar, o a dejar en barbecho, como la atribución anual de parcelas a las unidades de producción del nivel inferior; d) proteger la aldea contra las intervenciones externas; e) mantener el orden en la aldea; f) pagar los impuestos debidos por la aldea al Estado.

Se podría comparar el "malek" a un "patrón", estableciendo sin embargo la diferencia en el hecho de que su rol está limitado a las funciones que se han enumerado más arriba. En efecto, el "malek" no es un propietario en el sentido definido por el derecho romano. No hay propietarios de la tierra, dado que las tierras pertenecen al conjunto de la comunidad iraniana y son administradas por el Estado, pero en pago de esas funciones, el "malek" tiene derecho a una parte del fruto de esa tierra.

En un segundo nivel, el "nassagh" está dividido en varios "bone" ("bone", significa varios pares de bueyes). El "bone" es dirigido por un jefe ("Sar-bone") elegido entre los campesinos que tienen un gran conocimiento de las técnicas de cultivo. El "Sar-bone" es responsable de: a) de organizar el "bone" reclutando los voluntarios para el año siguiente; cada campesino es libre de cambiar de lugar dentro de la organización de la aldea, pasando de un "bone" al otro al momento de la reorganización anual, que tiene lugar una vez por año después de la cosecha de verano; b) de los trabajos de cultivo delicados; c) de la distribución de agua al interior del "bone"; d) de la puesta en marcha de las medidas acordadas en ocasión de las

reuniones anuales de reorganización; e) de la organización, si fuera necesario, de trabajos colectivos, etc.

En un tercer nivel, se encuentra el "joft" (par de bueyes). Esta es la unidad operacional de los trabajos agrícolas. Este término no designa necesariamente un par de bueyes. Después de la introducción del tractor, los "joft", han conservado su nombre original y su función. El "joft" está constituido por un "rayat", campesino que tiene el derecho a organizar completamente la producción y que puede asociar a otros campesinos a sus tareas. Al interior de un "joft", el campesino goza de una entera libertad, una vez que las decisiones han sido adoptadas a los niveles superiores. Por lo tanto, es responsable de los trabajos cuyos frutos le conciernen directamente. En principio, cada "joft" está formado por dos campesinos; en general, un "rayat" contrata un "barzegat" (obrero o labrador) y le otorga la parte que le corresponde según reglas que varían para cada región.^{1/}

En muchas otras regiones del mundo, y bajo diversos esquemas de explotación de la tierra, encontramos como una constante estas formas colectivas de organización social para la producción. Otra de las constantes que encontramos es la mayor estructuración vertical de ese tipo de organización a medida que son mayores las dificultades que presenta el medio ambiente a partir de los recursos técnicos disponibles. Es decir, cuanto más vulnerable es el esquema de producción, diera la impresión que se hace necesario establecer una estructura de conducción de las tareas agrícolas y una forma de organización que pasa forzosamente por una delegación de funciones desde arriba hacia abajo: desde el jefe de aldea o el consejo de ancianos, hasta los campesinos individuales.

En tal tipo de esquema, resulta prácticamente inevitable el surgimiento de formas de dominación y de formas de solidaridad, puesto que aun aquellos que están ubicados en la parte más alta de la pirámide social en un tipo de estructura de esta naturaleza, requieren de la subsistencia y del mantenimiento de una capacidad de producción, expresada en mano de obra, en

^{1/} Malek, H., op. cit.

la base, suficientemente importante como para poder atender a los requerimientos del conjunto de la comunidad. Estas dos características podemos verlas claramente en el siguiente ejemplo, tomado de un estudio muy detallado, y particularmente interesante desde el punto de vista de la acumulación de información estadística con que fue elaborado, perteneciente a la aldea de Wangala, en el Estado de Mysore, en la India:

"La población (de la aldea) estaba compuesta por 128 Agricultores, 28 Intocables, 2 Lavanderos y 1 Herrero y sus familias. La zona total de tierra seca cultivada por los habitantes de Wangala ascendía a aproximadamente 540 acres. La producción de "ragi" (una especie de mijo) variaba año tras año, de acuerdo con las condiciones del clima. Los malos años eran aquéllos en que la precipitación pluvial era insuficiente o caía a destiempo; los años de hambre eran aquéllos en que la mayoría de los cultivos se echaban a perder, una considerable proporción de la población padecía hambre y muchos incluso morían. En los años malos, la producción total de "ragi" de Wangala, que ascendía aproximadamente a 1.300 "pallas" (una "palla" de "ragi" es igual a 208 libras) fue ligeramente más que suficiente para dar alimento a todas las familias, siempre y cuando se distribuyera en partes iguales entre todas. El producto medio por familia en las temporadas malas fue, pues, un factor importante para determinar la magnitud de cada colonia... En los años malos, el producto total del poblado había de ser distribuido por partes iguales entre todas las familias, para mantener con vida a la población. Sin embargo, la diferencia en la cantidad de la tierra de los Agricultores y de las familias de los Intocables, dependientes que trabajaban para ellos, fue y sigue siendo considerable. La parcela media por familia de Intocables tenía una extensión aproximada de un acre y medio, en tanto que la de los Agricultores era de cuatro acres. Esto determinó que en los años malos, las familias de los Intocables de Wangala sólo lograron producir tres "pallas" y media de "ragi", en tanto que cada familia necesitaba siete "pallas" para sobrevivir. En contraste, la familia

media de los Agricultores producía más de 9 "pallas" de "ragi"... En los años malos, los habitantes de Wangala, tanto los agricultores como sus familias dependientes, recibieron todos ellos una parte igual de la cantidad total de "ragi" producido (en la comuna). Esto significó que cada Agricultor tuvo que dar 50 "seers" (un "seer" igual a dos libras) de "ragi" a cada una de las dos familias de sus dos Intocables, que dependían de ellos. De hecho, 50 "seers" de "ragi" es la cantidad de retribución anual fija, dada por los patrones Agricultores a sus sirvientes Intocables. Por ello, cada familia Intocable tenía que mantener relaciones hereditarias aproximadamente con ocho o nueve patrones Agricultores, con el objeto de compensar la deficiencia de los años malos entre los requerimientos de alimentos para sus familias y su propia producción de "ragi". Como es claro, en los años malos los Agricultores no tenían más provisiones de "ragi" que sus Intocables dependientes; sin embargo, los patrones estaban dispuestos a aceptar la distribución igualitaria, siempre con la esperanza de que vinieran mejores temporadas. En años de cosechas abundantes, el Agricultor medio podía producir un excedente de cerca de 25 "pallas" de "ragi" por encima de sus necesidades de subsistencia, incluyendo las retribuciones fijas a sus trabajadores Intocables. Este excedente le hacía posible organizar grandes fiestas, concertar bodas elegantes, invertir en mejores bueyes o casas, etc. (el ahorro en efectivo era muy raro). Así pues, las buenas cosechas proporcionaban a los agricultores los medios con los cuales entablar su lucha por el prestigio. La diferenciación económica se estaba produciendo claramente en los años buenos, mientras que en las temporadas malas se daba mayor importancia al igualitarismo. Para maximizar su producto total, el agricultor necesitaba ayudantes; los necesitaba aún más en los años buenos que en los malos. Para asegurarse que sus ayudantes se encontrarían en el sitio cuando se les necesitaba, el Agricultor, a su vez, estaba dispuesto a mantener relaciones hereditarias con ellos y a darles retribuciones anuales fijas.

Los años buenos también significaban mejores rendimientos para los Intocables; sin embargo, como sus parcelas eran mucho más pequeñas que las de los Agricultores y sus patrones tenían prioridad sobre el desempeño de su trabajo, su producción propia nunca alcanzaba el máximo del poblado. Los requerimientos de trabajo por acre de "ragi" eran más elevados en los años buenos que en los malos, las cosechas buenas necesitaban más barbecho y más recolección. Así pues, en los años buenos los Intocables tenían aún menos tiempo para sus propios campos que en los malos. La parte más importante de sus requerimientos alimenticios era proporcionada siempre por sus patrones Agricultores en forma de cantidades fijas de retribuciones anuales. Los Intocables estaban dispuestos a aceptar el sistema de retribuciones fijas, porque ello les daba seguridad, incluso en los años malos. Aun cuando el Intocable dependiente lograra obtener un excedente que se aproximara al de las familias de los Agricultores en las temporadas buenas, las castas serviles se beneficiaban también indirectamente de las buenas cosechas: asistían a las pródigas bodas de los Agricultores y recogían comida en las fiestas. Asimismo, podían obtener préstamos de los patrones para comprar ganado; además, las relaciones hereditarias ofrecían a los Intocables dependientes algunas ventajas de índole socio-económica más diversa: cada Intocable podía contar con que sus patrones Agricultores le ayudaran a concertar y llevar a cabo bodas y a resolver disputas y darle cierta seguridad social en general."^{1/}

Uno de los resultados mayores de estos sistemas de organización del trabajo ha sido las diferencias importantes en la capacidad de acceso a la tierra entre los distintos grupos que componen las estructuras de producción agraria tradicionales. Ya hemos visto, en el caso recién citado,

^{1/} Epstein, Scarlett, "Eficiencia productiva y sistemas tradicionales de retribución de la India rural meridional" en Firth, Raymond, "Temas de antropología económica". Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

que la diferencia de las parcelas entre los Agricultores y sus dependientes Intocables era de 4 a 1½. En América Latina, como producto de la extensión del sistema latifundario de hacienda y de grandes propiedades consolidadas en torno a los sistemas serviles creados durante el período colonial, o en torno a la explotación de la mano de obra esclava, hoy en día el 8% del número total de explotaciones agrícolas cubren el 80% de la superficie agrícola total. Al mismo tiempo, el 66% de las explotaciones agrícolas, es decir, aquéllas de menos de 10 hectáreas, sólo disponen del 4% de la superficie agrícola total. Si bien la diferencia en los sistemas de propiedad de la tierra, o incluso las diferencias en la noción misma de propiedad, no permiten hacer comparaciones equivalentes en Africa, el Lejano Oriente o Cercano Oriente, digamos que en el primero de estos tres continentes, el 4% de las explotaciones agrícolas cubren más del 34% de la superficie agrícola total, mientras que el 66% de las explotaciones, que comprenden superficies inferiores a 2 hectáreas por unidad, sólo cubren el 22% de la superficie total. En el Lejano Oriente, el 71% de las explotaciones agrícolas sólo disponen del 22% de la superficie agrícola total. Mientras que en Cercano Oriente, el 50% de las explotaciones agrícolas poseen menos de 5 hectáreas y sólo cubren el 11% de la superficie agrícola total^{1/}.

Otro aspecto importante de estos sistemas tradicionales, es la multiplicidad de formas de colaboración y de prestaciones recíprocas que se registran entre los miembros de una misma comunidad. Como ya hemos visto, la progresiva monetarización de las economías tradicionales, tiende a reemplazar dicho tipo de prestaciones por prestaciones retribuibles monetariamente y a promover la división y diferenciación interna de los servicios y las funciones. A pesar de ello, el principio de reciprocidad y la prestación mutua de servicios continúan siendo una nota esencial de este tipo de formas de organización social del trabajo. También desempeñan un rol en el proceso de diferenciación social e incluso de capitalización de los sectores más favorecidos de la comunidad:

1/ FAO, "Tierras, alimentos y población". Colección FAO: Desarrollo económico y social, Documento Nº 30. Roma, 1984.

"El principio de reciprocidad se manifiesta principalmente en el intercambio de mano de obra en la agricultura, y de productos alimenticios. El valor de los elementos intercambiados no se calcula con precisión, sino en forma difusa y no inmediata. Tiende a haber una redistribución de un valor adicional compensatorio a las familias jóvenes y pobres, a los ancianos que años atrás sacrificaron parte de su propia producción para el bienestar de sus hijos, y para las familias nucleares que sufren alguna calamidad (muerte adulta, enfermedad prolongada, mala cosecha, etc.)...

(Esto lleva a la creación de redes más o menos estables y tradicionales de reciprocidad entre los distintos individuos e, incluso, entre los distintos grupos de la comunidad.) En la estrategia del campesino rico, es importante la intensificación y ampliación de su red tradicional de reciprocidad (pues ésta contribuye al proceso de acumulación de capital privado). La manifestación más importante... en este contexto, es que la mano de obra "recíproca" puede ser más barata que la asalariada, ya que se supone que se "devolverá" en forma múltiple y difusa, a través de años o, incluso, de generaciones... La utilización de esta mano de obra barata (pagada en parte en intercambios no -económicos o postergados) permite al campesino rico, que logra distorsionar el principio que lo obligaría a "devolver la mano" y recluta un grupo de trabajo recíproco grande, realizar una extracción que es la base de su acumulación. Esta transferencia de excedente constituye uno de los motores de la diferenciación social, de la cristalización de fracciones de clase en el interior de la comunidad campesina."^{1/}

No cabe pensar, sin embargo, que estas diversas formas de reciprocidad van a dar siempre como resultado el establecimiento de diferencias entre quienes participan en ellas o que van a servir de base a la capitalización de sólo uno de los participantes. N'Kaloulou, en su análisis de la sociedad Kongo identifica, en distintas partes de su estudio, por lo menos cinco

^{1/} Burston, J., op. cit.

formas de cooperación recíproca, originadas en distintos momentos históricos, ninguna de las cuales pareciera servir a la creación de diferencias de aquel tipo:

- Los "n'diku" o amigos: constituir y explotar un campo entre varios es una práctica corriente en medio campesino (kongo), los "n'diku", generalmente en número de dos, reúnen su fuerza de trabajo y sus medios de producción para la explotación común. La operación demuestra ser rentable desde más de un punto de vista. Gracias a la pertenencia de uno de los miembros a un clan, por ejemplo, el "n'diku" es exceptuado de las reglas tradicionales de acceso a la tierra "ajena al clan";

- El "n'salalani", literalmente ayuda mutua: es un equipo de efectivos reducidos, pero relativamente permanente, que agrupa entre 2 y 4 familias. Efectúa todos los trabajos agrícolas. En forma rotativa hace beneficiar a cada familia de la fuerza de trabajo y de los medios de producción puestos en común. Este miniequipo de ayuda mutua reposa sobre relaciones de amistad o de vecindad;

- El "sangolo", literalmente "más esfuerzos": el "sangolo" es una asociación de naturaleza económica, reuniendo hombres y mujeres (generalmente jóvenes) con vistas a vender sus servicios a los particulares, en general, y ocasionalmente a sus miembros, los cuales benefician, en ese caso, de una tarifa preferencial. El "sangolo" no explota campos propios. Es una asociación temporaria (de 1 a 3 años) y a su disolución su capital es distribuido equitativamente entre sus miembros;

- El "dibundu" o colectividad religiosa: es una asociación económica al servicio de una iglesia determinada. Esta forma de asociación probablemente fue creada en los años veinte, cuando se trataba de hacer construir iglesias en las aldeas por los propios campesinos, de mantenerlas, pero sobre todo de proveer a las cajas de las parroquias religiosas, gracias a las cuales son remunerados los ministros del culto. El "dibundu" hoy vende sus servicios a los particulares. Puede igualmente disponer de campos u otras actividades

propias. Normalmente, es una asociación permanente que reúne a sus miembros una vez por semana;

- El "luyalu" o trabajo comunitario: es una forma degenerada de un gran movimiento de la población de la región Pool, vecina a Brazzaville, que comenzó en los años sesenta... que permitió a los campesinos construir ellos mismos establecimientos escolares, hospitalarios y administrativos, rutas y puentes en cemento, hasta fines de los años setenta. Los campesinos no se han querido separar de esta forma de cooperación colectiva, aun después de que sus objetivos hayan sido fundamentalmente alcanzados. Se ha visto así nacer en cada aldea, a escala reducida, el mismo tipo de organización que se ha bautizado con aquel nombre. Su función consiste hoy en mantener lo que antes fue construido, pero también los caminos y las aldeas. Por otra parte el "luyalu" vende sus servicios a los particulares sobre la base, también, del trabajo común una vez por semana.

Como el "dibundu", el "luyalu" es también una asociación permanente.^{1/}

El proceso de modernización y desarrollo ha afectado, a menudo profundamente, todas estas formas de organización social "tradicionales" en medio rural en los países del Tercer Mundo. Podemos distinguir tres consecuencias mayores de este proceso: la salarización, la implantación de formas cooperativas siguiendo el modelo de los países hoy industrializados, y el surgimiento de formas que llamaríamos "sincréticas" de organización del trabajo, que conservan en alguna medida, las notas esenciales de las formas tradicionales.

Ya hemos visto que la monetarización del medio rural conduce a otorgar un valor de cambio a los bienes de producción y, por esa vía, a la proletarización de los campesinos. Las nacionalizaciones, las declaraciones de utilidad pública de la tierra, los procesos de reforma agraria, y otras formas de modificación del status de la tierra que siguió en muchos países en desarrollo a la declaración de la independencia, fueron acompañados a menudo de la creación, bajo el impulso oficial, de

1/ N'Kaloulou, op. cit.

cooperativas y otras formas de explotación de recursos o de comercialización de la producción, que constituían verdaderos injertos en la trama de la organización social de la producción tradicional. Por esa misma razón, muchas de estas formas de organización social, o han sido resistidas por los campesinos o han alcanzado resultados muy inferiores a los esperados en términos de productividad y capacidad de modificación de la estructura productiva:

"Las dificultades de las cooperativas provienen principalmente, de la mala gestión y, a menudo, de las malversaciones que se producen en la mayoría de ellas. Estas organizaciones son, por otra parte, sentidas por los campesinos, no como algo propio, sino como algo que proviene de la Administración -que tuvo la iniciativa en su creación- o de los notables. Lo cual es lógico, puesto que los campesinos no han sido consultados sobre la decisión de su creación, sino que han sido sólo informados de ella."^{1/}

Las formas "sincréticas" las encontramos, por ejemplo, en algunas de las expresiones de trabajo solidario que citábamos antes con relación a la etnia Kongo o, lo que es aún más habitual, en el surgimiento de estructuras que, reteniendo elementos de las formas de organización tradicional, las adaptan a las necesidades surgidas de la monetarización de la producción rural y, especialmente, de su vinculación al mercado:

"La integración de la comunidad andina al mercado y su articulación con la estructura nacional de clases, premia la iniciativa privada y el "familismo amoral" a costa de la solidaridad y la responsabilidad comunales. Las unidades domésticas favorecidas en el momento histórico de la integración moderna con la privatización de mayores extensiones de tierra de valor comercial, empiezan un proceso cíclico y sostenido de acumulación de recursos. Aquéllas con menos suerte o menos iniciativa individualista tienden a endeudarse y perder recursos privados, convirtiéndose en semi-proletarias. Con esta división en

^{1/} Dumont, R., op. cit.

dos o más sectores jerarquizados, con intereses antagónicos y relaciones explotativas, se da un proceso de diferenciación social (al interior del grupo local). En la comunidad andina, sin embargo, la persistencia de las instituciones y de los valores anteriores hace que esta diferenciación no tome una forma polarizada, sino que se dé un proceso de creación de fracciones de clase dentro del campesinado, en que se combinan formas tradicionales de producción y de interrelación social con algunos elementos de las relaciones entre clases (extracción, concentración de recursos, patronazgo, etc.)."^{1/}

Un tercer elemento importante que define normalmente las estructuras socioculturales agrícolas tradicionales es ese conjunto de factores que, a menudo, se han denominado "racionalidad campesina". Detrás de ellos, creemos ver, esencialmente, la definición de un objetivo principal: la búsqueda de seguridad en la provisión de alimentos y de otros bienes esenciales para asegurar la sobrevivencia de la comunidad o, tal como suele decirse en la terminología de algunas escuelas de pensamiento, la "reproducción social del grupo".

La incertidumbre, la vulnerabilidad, tanto en materia de clima -y por ende, de posibilidades de producción- como en materia de salud -y por ende, de sobrevivencia física- es un rasgo esencial de las comunidades rurales "tradicionales". De allí entonces un interés esencial por disminuir el riesgo, por prevenir y, al mismo tiempo, la explicación de las fuertes resistencias al cambio cuando se ha alcanzado un nivel de producción que asegura la sobrevivencia de todos los miembros de la comunidad.

Un reciente estudio de la FAO, analizando la situación en los países del Africa Sur-Sahariana, señala la importancia en las diferencias de recursos y de condiciones climáticas y agronómicas, así como la presencia del factor riesgo:

"Otra variable dominante (para explicar la situación de estos países) es la exposición a los riesgos. La producción agrícola en

^{1/} Durston, J., op. cit.

el Africa Sur-Sahariana es muy aleatoria. La agricultura campesina tradicional se ha adaptado bastante bien a las incertidumbres del medio ambiente natural, es decir, la sequía, las plagas y las enfermedades. Para los agricultores, la protección contra esas eventualidades tienen muchas veces más importancia que la potenciación máxima de la producción o los ingresos. No obstante, la expansión de la superficie cultivada, la intensificación del cultivo, la introducción de nuevas variedades de cultivo y de sistemas agrícolas, al mismo tiempo que aumentan la producción per capita incrementan también los riesgos."^{1/}

De allí un comportamiento social más orientado hacia la previsión que hacia el cambio, o hacia la búsqueda de un excedente que pueda permitir la satisfacción de las necesidades básicas de la comunidad a través de los intercambio. Es decir, la preferencia por la autosuficiencia antes que por el intercambio. Foster, tratando de establecer un modelo de este tipo de estructuras campesinas tradicionales y reconociendo que se trataba de una generalización ideal y no de una descripción de una sociedad específica, desarrolló lo que el denominó "el modelo de bienes limitados", como imagen de la sociedad campesina, que comprende cinco puntos:

"1. Los campesinos comparten una premisa implícita, una orientación cognoscitiva, según la cual perciben su medio ambiente socioeconómico y natural como un sistema cerrado.

2. Los recursos del sistema -naturales, económicos y humanos- son suficientes para satisfacer las necesidades de cada uno de los miembros, para proporcionarle los bienes que desean. No solamente están limitados los bienes, sino que son finitos, estáticos, y no pueden ampliarse dentro del sistema.

3. Aunque los campesinos creen que los bienes dentro de su sistema son finitos, también saben que existen otros bienes más allá de las fronteras de su sistema, pero que normalmente no pueden disponer de ellos.

^{1/} FAO, "El estado mundial de la agricultura y la alimentación, 1983". Roma, 1984.

4. En un sistema cerrado, estático, que no se expande ni puede hacerlo, como predice el modelo de los juegos de suma cero, la ganancia de una persona con respecto a cualquier bien, debe implicar la pérdida correspondiente para alguna otra.

5. Para evitar ser perdedores, los campesinos en las comunidades tradicionales han desarrollado un estilo de vida igualitario, de pobreza compartida y equilibrada, en el cual por medio de una conducta abierta y acciones simbólicas se desaliente a la gente a intentar cambios importantes en su categoría económica y de otras clases."^{1/}

Agreguemos, por nuestra parte, que diera la impresión de que estas estructuras "cerradas" tienden a consolidarse en torno a un mínimo de subsistencia. Es decir, los lazos de dependencia y de solidaridad, la estructura social de la producción, y los restantes elementos básicos de dichas estructuras socioculturales, tienden a conformarse sobre la base de un nivel de producción mínimo que asegure un nivel de consumo per capita suficiente para que puedan subsistir cada uno y todos los miembros de la comunidad. Se satisfacen así las condiciones de sobrevivencia, autosuficiencia, y disminución de riesgo que señalábamos antes.

Finalmente, el cuarto elemento que considerábamos importante señalar aquí, es el que hace que la aldea sea el centro de la vida social de la comunidad. Una vida en la que el mercado, la fiesta y la muerte son nexos mayores de la conformación cultural:

"Dos elementos fundamentales, trabajo agrícola y aldea, siempre estrechamente unidos y de los que dependen todos los restantes, contribuyen a definir el cambio en las sociedades rurales. La aldea es una organización social y espacial específica, antigua y dotada de una gran perennidad, a pesar de las numerosas variantes que existen sobre una trama común, largamente determinada por el trabajo agrícola. A partir de esta célula se han instaurado durante largo

^{1/} Foster, G., op. cit.

tiempo las otras formas de sociabilidad interna y se han establecido, como a través de un prisma, las relaciones con el exterior. La aldea es una realidad compleja, que es necesario descifrar, un microcosmo donde todas las fuerzas sociales, de lo político a lo económico y a lo cultural, a través de representaciones colectivas o de ideologías, vienen a repercutir para disolverse o, al contrario, para entrar en combinación con las sólidas realidades locales... La fiesta (o el mercado), por ejemplo, es el momento colectivo con su topografía propia, donde la aldea manifiesta toda su capacidad de creación. Los objetos intercambiados son, sobre todo, un sostén de comunicación social. Ella reúne la vida cotidiana más allá de los conflictos y de las dispersiones debidas al trabajo; afirma la unidad del grupo y, por esa vía, la de cada uno de sus integrantes. La fiesta, metamorfosis de los tiempos y los espacios. Distracción, representación de la colectividad, libertad, juego, palabra y silencio... La muerte y la fiesta son, en numerosas civilizaciones, un tiempo unívoco. Para la sociedad mérida (en Madagascar) el entierro y el "retorno de los muertos" dan lugar a grandes festividades, brotan la alegría y la vida... La muerte es ocasión para el grupo de afirmar su unidad más allá de las divisiones cotidianas. Mas aún, provoca representaciones complejas, suscita prácticas funerarias, proyecta la estratificación social hasta en la topografía de los cementerios...

Todos estos fenómenos no conciernen solamente a la muerte: expresan ante todo actitudes frente a la vida... En la socialización de la muerte cada comunidad se defiende contra la agresión de la naturaleza y de los hombres; para hacerlo, se construye un espacio y un tiempo adecuados, que traducen una multiplicidad de símbolos, formas eminentes de la cultura."^{1/}

^{1/} Rambaud, P., op. cit., en la introducción.

2. El impacto de la modernización en el medio rural

Resumiendo muchas de las observaciones hechas más arriba, podríamos decir que las culturas propias a las comunidades rurales del Tercer Mundo han sufrido el impacto de la modernización y el desarrollo por dos vías principales. La primera, es la desestructuración "natural", producida por el solo contacto o la mera vinculación con una sociedad moderna de naturaleza considerablemente distinta a la tradicional. La segunda, es el producto de la dominación que los sectores urbanos han impuesto al medio rural.

En el primer caso, son productos, profesiones, funciones, formas de organización del trabajo, que han caído prácticamente solos como consecuencia del proceso de modernización:

"Durante siglos el "n'songui malafu" (recolector de los frutos de la palma) fue seguramente uno de los personajes clave de la sociedad tradicional. Por su coraje para enfrentar las alturas, escalando 20-35 metros, con la ayuda de su cinturón, el "n'songui" aportaba a su medio dos productos socialmente importantes: el vino y el aceite de palma. Por ello, todo el mundo le debía respeto y veneración. En la mayoría de los casos, el "n'songui" era un jefe de clan. Una de las convenciones entre aldeas beligerantes concernía a este hombre, que era mantenido totalmente neutro y protegido en todo conflicto. Toda violación de esta regla originaba una guerra sin cuartel, que no ahorraba más ni la vida de mujeres ni niños. El "n'songui" era el modelo de los hombres intrépidos. Se decía de él que era más valiente que un soldado y que era el único en el mundo para el cual la vida no dependía que de un hilo. Y esto, de manera permanente, porque debía afrontar la altura sin cesar. El hombre del riesgo, "n'songui wa ki guila", la sociedad lo consideraba como un semidios, en el sentido más amplio del término. Su riqueza, es decir, su poder social, periclitó a comienzos de los años sesenta, él también cayó en desgracia: el aceite de palma consumido en el Congo, por las familias o la

industria, proviene esencialmente del extranjero, y la cerveza se impuso como bebida nacional desplazando al vino de palma."^{1/}

Y allí donde esta desestructuración "natural" no fue suficiente, jugó el dominio establecido por el medio urbano, que hizo del sector rural una parte dependiente, relegada, subordinada, de la sociedad. En primer lugar, porque se les exigió generar un excedente y entregarlo, a través de los precios inadecuados y de la insuficiencia de los servicios públicos que se le otorgaban. Cuando no, haciendo caer sobre ella el impacto de las extracciones abusivas de las que se benefician las economías industrializadas, gracias a los precios de los productos primarios y al constante deterioro de los términos del intercambio.

Para que el campesinado pudiera generar ese excedente, se le impusieron producciones que le eran ajenas o formas de organización de la producción o de la comercialización que estaban reñidas con su tradición. Lo dice, en términos mesurados, pero que no dejan lugar a dudas, el ya citado análisis de la FAO sobre las economías Sud-Saharianas:

"Otros factores también (además de los bajos precios de los productos agrícolas, de los cambios en los hábitos alimentarios y de la ayuda alimentaria) han actuado en detrimento del sector agrícola nacional:

- los gobiernos, preocupados por la estructura de la sociedad rural, han intentando transformarla, teniendo presente también la necesidad de modernizarla y garantizar la equidad. Algunas veces, se han desmantelado los sistemas agrícolas tradicionales, y al mismo tiempo algunos medios seguros de protección contra los riesgos, con el resultado de que los agricultores se resisten a adoptar los nuevos sistemas propuestos.
- Los precios que los agricultores han recibido efectivamente han sido inferiores a los que podrían haber sido, a causa de una política alimentaria orientada hacia el consumidor y de los altos costos de los sistemas de comercialización agrícola.

^{1/} N'Kaloulou, op. cit.

- El costo de los insumos agrícolas y de los bienes de consumo han sido mayores de lo que deberían haber sido, como consecuencia de la protección industrial y de los costosos sistemas de distribución.
- No siempre se ha dispuesto de insumos agrícolas y de bienes de consumo. En algunos casos, el suministro de insumos o bienes de consumo a través de los canales oficiales se ha deteriorado tanto, que ha dado lugar a un sistema de distribución oficioso y paralelo de trueque o intercambio. En consecuencia, suele florecer el comercio fronterizo ilegal, que siempre constituye un problema potencial en Africa con sus fronteras territoriales imposibles de controlar y de gran longitud."^{1/}

A estos resultados se agregan otros, producto de los desincentivos provenientes, por una parte, de los cambios de hábitos de consumo y, por otra, del aumento de las importaciones subvencionadas por los gobiernos para mantener el nivel de ingresos de los sectores urbanos. La dieta "moderna" trasciende las condiciones ecológicas y de abastecimiento local en la mayoría de los países del Tercer Mundo. Y, por razones que tienen mucho que ver con las condiciones de la vida en medio urbano, pero también con las estructuras de precios relativos, ese tipo de dieta tiende a desplazar paulatinamente a las dietas constituidas por productos locales. En la dieta moderna la mayoría de las calorías se derivan del pan (especialmente el pan de harina de trigo), de arroz, pastas, azúcar, aceites vegetales y bebidas alcohólicas (como la cerveza) o no alcohólicas (gaseosas) generalmente de origen importado.

La ayuda alimentaria, ha contribuido en muchos casos no sólo a la colocación de los excedentes agrícolas de los países industrializados y a la profunda distorsión de los mercados internacionales de dichos productos, sino también a facilitar la generalización de este tipo de dieta y, por ende, a aumentar la dependencia de los países del Tercer Mundo hacia los

^{1/} FAO, "El estado mundial de la agricultura y la alimentación", op. cit.

países industrializados proveedores de la mayor parte de los productos que componen dicho tipo de dieta. Una consecuencia mayor de este proceso ha sido el debilitamiento de las producciones locales y la reducción de los ingresos de los sectores rurales que están ligados al mercado.

El proceso es similar en muchos países del Tercer Mundo:

"Existe una fuerte tendencia al cambio de los patrones alimenticios en el Perú, y particularmente en la Sierra, por la penetración de la economía monetaria del mercado al campo, donde otrora funcionaban economías de subsistencia y reciprocidad, y por la tradicional política del Gobierno de subsidiar la importación de alimentos (mayormente trigo, aceite y lácteos) y de promover el arroz (producido en grandes plantaciones costeñas) a expensas de los alimentos producidos por la pequeña y mediana agricultura de la Sierra. Los alimentos principales de las dietas de los consumidores nativos andinos todavía se producen y consumen, pero su contribución a la oferta nacional de energía alimenticia y nutrientes, resulta cada vez menos importante."^{1/}

"Apoyándose en una política de importación sistemática de productos insuficientemente desarrollados en el país, buscando una mayor rentabilidad o disminuir los riesgos, el Estado provoca la especialización de sus regiones y las "monoculturaliza". Fueron los productos manufacturados los que condujeron a la liquidación del artesanado local. Las zonas rurales agonizan por las mismas razones. Las importaciones masivas de cereales, de aceites de cocina, de cítricos, de buen número de productos hortícolas, de carne, impiden la promoción de una verdadera economía rural diversificada y de una industria alimenticia en medio rural. La alternativa dejada a los jóvenes productores para permanecer en el país es bien limitada: producir mandioca, dado que es el producto que necesita el Estado para sus ciudades."^{2/}

1/ Ferrol, Marco, "Patrones alimenticios y naturaleza de las deficiencias nutricionales en los Andes peruanos". Investigación presentada al Departamento de Economía Agrícola de la Universidad Cornell.

2/ N'Kaloulou, op. cit.

En ciertas regiones, como en el Ecuador, las consecuencias de este proceso alcanzan incluso a implicar el riesgo de la desaparición de especies que constituyeron, durante siglos, la base de la alimentación local:

"Uno de los problemas más graves del agro minifundista es el haber entrado en la economía de mercado. La gran variedad de plantas agrícolas andinas ha quedado reducida a aquellas que se venden en el mercado. Es urgente recuperar antes de su extinción definitiva la gama de alimentos andinos y los sistemas de cultivos asociados correspondientes."^{1/}

La alternativa frente a esta situación ha sido, normalmente, acelerar el proceso de desarrollo a través de la mecanización o tractorización acelerada o de la introducción de semillas de alto rendimiento, es decir, la llamada "revolución verde". Los resultados de los esfuerzos hechos en esa dirección, desde el punto de vista estrictamente económico, es decir, en términos de incremento de la producción, han sido divergentes, según los países, las políticas específicas que se han seguido y la situación sociocultural sobre la cual se han ensayado tales políticas. Sin embargo, pareciera existir un cierto consenso de que se trata de procesos que, primero, para poder tener éxito requieren de un cierto ritmo de instrumentación, y segundo, que sus consecuencias socioculturales suelen ser muy importantes.

Los estudios realizados por el Banco Mundial sobre el proceso de mecanización en la agricultura de los países industrializados, han puesto en evidencia que los mismos han requerido de prolongados períodos de tiempo para afirmarse, generalizarse y poder dar los frutos que de ellos se esperaban. Y, en todo caso, que contribuyen marcadamente a ampliar las injusticias predominantes en el medio rural:

"... existe amplia evidencia de que los créditos subsidiados, especialmente para tractores y otra maquinaria mayor, son básicamente

1/ Herrán, Javier, "Desarrollo, medio ambiente y cultura" en IFDA Dossier Nº 48. Julio/agosto, 1985. Nyon (Suiza).

captados por las grandes empresas rurales y los latifundios. Estas grandes empresas ganan un beneficio a nivel de los costos sobre las más pequeñas y se expanden a sus expensas. Este proceso ha sido, por ejemplo, documentado para Pakistán en dos estudios realizados con una diferencia de 15 años y por Brasil. Más aún, los subsidios generalmente favorecen a las regiones mejor dotadas, donde la capacidad de ahorro es mayor y las unidades de producción pueden obtener más fácilmente una ventaja de dichos subsidios. Sanders demuestra que en Brasil los créditos subsidiados para maquinaria agrícola han aumentado el desbalance entre la provincia de San Pablo y las regiones pobres del Noreste. En China, los créditos subsidiados o de costo cero y el subsidio a la energía han beneficiado, sin ninguna duda, a las regiones más prósperas sobre las más pobres, en las cuales la inversión en maquinaria todavía es muy limitada."^{1/}

Por otra parte, el proceso de mecanización ha demostrado ser, en la mayor parte de los países del Tercer Mundo, con la excepción de aquéllos poco poblados y donde la frontera agrícola tenía aún posibilidades de ser expandida, un proceso de ahorro de mano de obra y, por lo tanto, de expulsión de la población desde las zonas rurales hacia las urbanas. Algo semejante sucede con la introducción de nuevas tecnologías aplicadas al procesamiento de alimentos básicos -como el arroz- en aquellas comunidades donde esa función era tradicionalmente desempeñada por la mujer. En esos casos, las nuevas tecnologías contribuyen marcadamente a la desocupación femenina, a la consecuente caída del nivel de ingreso de los sectores más pobres de la población y, además, a deteriorar aún más el ya frágil status de la mujer en su medio^{2/}.

^{1/} Binswanger, Hans P., "Agricultural Mechanization, A comparative historical perspective". Banco Mundial, Staff Working Paper Nº 673. Wáshington, 1984.

^{2/} Al respecto, ver especialmente, Scott, Gloria L. y Carr, Marilyn, "The impact of technology choice on rural women in Bangladesh" ("Problems and opportunities"). Banco Mundial. Staff Working Paper Nº 731. Wáshington, 1985.

Digamos, finalmente, que las consecuencias de la llamada "revolución verde", van más allá de los, a veces, aleatorios aumentos de producción, y de las consecuencias en términos de reducción del empleo rural y expulsión de la población hacia las zonas urbanas:

"Los cambios que han ocurrido como resultado de las posibilidades ofrecidas por las nuevas tecnologías en el cultivo del arroz no terminan con la adopción de los nuevos productos y el beneficio de más altos rendimientos. Junto con las nuevas ventajas viene un vasto cambio en las relaciones en el sector rural. La aceleración de la monetarización, de la especialización de funciones y de la incorporación al mercado, handado lugar a una destacable ruptura de las costumbres en contraste con la erosión gradual del tradicionalismo a lo largo de los siglos. Frankel (que estudió el impacto de la "revolución verde" en la India y el Pakistán) desarrolla muy claramente los argumentos de lo que ella observó a través de la "revolución verde" en la India. Señala que en cuestión de pocos años la "revolución verde" hizo sobre las relaciones sociales tradicionales lo que no consiguieron hacer siglos de colonialismo. Nuestra propia investigación ha revelado la misma historia para Java, donde una sustancial literatura sobre la dicha ofrecida a las aldeas más pobres bajo la sociedad "tradicional", debe ser ahora reconsiderada. Aún en las Filipinas, donde nuestra información estadística de campo era casi completamente económica, el fracaso de los "Facomas" para conservar sus propias propiedades frente al rápido avance de los bancos privados rurales, dice mucho acerca de la nueva sociedad rural de grandes propietarios en las Filipinas.

El paternalismo y el patronazgo otorgaban a la clase de los señores terratenientes el vestigio de la reivindicación moral de ser los custodios de la mayoría. La comercialización de la producción, la manipulación de los servicios públicos y de los insumos por los mejores agricultores, y la amenaza que representa la posibilidad de la mecanización sobre los campesinos pequeños propietarios o arrendatarios, han cambiado todo esto. No hay ninguna razón para

pensar que la clase de los grandes propietarios, que ha podido llevar hasta aquí, hacia su molino, el grueso de los beneficios, va a detener la introducción de la mecanización si encuentran en ello un beneficio. Puede argumentarse que la élite rural nunca fue benévola, y que estuvo forzada a enmascarar su explotación a través del acomodamiento de las relaciones sociales. Si hubiera sucumbido a la modernización durante el período colonial, habría perdido su autoridad y su identidad. El único camino que tiene para mantener su posición privilegiada consistió en resistir aquellas todopoderosas fuerzas externas. Después de la independencia política, la élite tenía todas las razones para dar la bienvenida a la nueva tecnología.

Esté la verdad donde esté, no hay ninguna duda que la rapidez y la falta de inhibiciones con la cual los económicamente privilegiados han captado sus nuevas oportunidades, ha ido acompañado de la abdicación de sus tradicionales responsabilidades de custodios (de las mayorías)... Esto llevará a un vacío político, dado que la expulsión o la proletarización de los pequeños propietarios y el creciente número de trabajadores agrícolas temporarios son desposeídos de toda institución social del pasado, en las cuales podían depositar sus lealtades. Sólo caben dos posibilidades por delante: o el vacío político es cubierto por una mera cohesión de tipo clasista, o explotada por agitadores políticos, o los gobiernos dan los pasos necesarios para convertirse en custodios de los desheredados y de los "sin trabajo" mediante la creación de un nuevo conjunto de instituciones sociales."^{1/}

3. Algunos elementos para construir una respuesta

La solución a la ecuación incremento de la producción agraria-respeto de las estructuras socioculturales-mayor justicia en el medio rural, es evidentemente, sumamente compleja, y habrá de tener, en cada caso específico, una respuesta diferente. Está claro que resulta necesario escapar

^{1/} Palmer, Ingrid, "The new rice in Asia: conclusions from four country studies". UNRISD, Ginebra, 1976.

tanto al romanticismo que idealiza las estructuras rurales tradicionales como al utopismo que pretende que sólo con "desarrollo" se podrán lograr mayores niveles de producción, responder a las crecientes necesidades de la sociedad y, como subproducto de ello, permitir el surgimiento de estructuras sociales más "modernas" y justas.

Es necesario, también, evitar la afirmación que pretende que todo lo hecho hasta el presente ha sido equivocado. Es necesario conocer, antes que nada, los objetivos que se perseguían con las políticas agrarias y enmarcarlas en el complejo marco de la situación de los países del Tercer Mundo. Sin embargo, diera la impresión, sea a través de la evidencia de la persistencia de una situación alimentaria extremadamente grave en Africa, del deterioro de la situación alimentaria en muchos países de América Latina y del Caribe, o de la baja del grado de autosuficiencia alimentaria en países de las más diversas regiones del Tercer Mundo, que en general, las políticas agrícolas allí seguidas son, por lo menos, perfectibles. Y sobre la base del análisis efectuado más arriba, nos inclinamos a pensar que la mayor parte de estos resultados se deben al relegamiento del campo con relación al medio urbano en la definición de las políticas económicas. Y al no tener suficientemente en cuenta las estructuras socioculturales del medio rural en la elaboración de tales políticas. Así como a la transferencia hacia el medio rural del costo de la incorporación de las economías del Tercer Mundo a un sistema económico internacional que deteriora progresivamente la posición de los países exportadores de materias primas.

Lejos de nosotros la idea de intentar aquí sugerir soluciones universales o, tan siquiera, remedios específicos que pudieran ser válidos frente a la multiplicidad de situaciones por las que atraviesan los países del Tercer Mundo. Cabe, sin embargo, profundizar el análisis de determinados temas que consideramos particularmente relevantes y de los cuales sería muy difícil sustraerse en cualquier enfoque que se hiciera con vistas a buscar la forma de incorporar los aspectos socioculturales en las llamadas estrategias de desarrollo.

En este sentido, el primer tema que surge a consideración es el de la naturaleza del proyecto social que se pueda intentar llevar adelante en cada país. Si dicho proyecto pasa por una línea que no sea la de la satisfacción de las necesidades básicas de las grandes mayorías y la disminución de los cuadros de injusticia, tanto a nivel de la riqueza como de los ingresos, estaremos frente a proyectos que indefectiblemente ignorarán los elementos que hemos señalado más arriba. En esos casos, dado que el proyecto social consistirá básicamente en satisfacer las necesidades no esenciales de las élites dominantes y los requerimientos de una seguridad nacional que, generalmente, es la seguridad de dichas élites, el medio rural seguirá siendo dependiente y subordinado y tendrá a su cargo financiar parte de la satisfacción de aquellas necesidades. En ese caso, cualquiera de las estrategias tradicionales de "desarrollo" podrá ser apropiada, a condición de que se disponga de los medios necesarios para imponer al grueso de la sociedad una política de ese tipo.

Por el contrario, en el caso de los proyectos sociales dirigidos a satisfacer la ecuación que señalábamos al comienzo de esta sección, la elaboración de estrategias eficientes pasa, en primer lugar, por abandonar la visión predominante del desarrollo, por tener más en cuenta la realidad propia, por respetar las calidades e identificar las posibilidades de las estructuras socioculturales locales, y por promover aquellos cambios que estén realmente enraizados en la voluntad y en las aspiraciones de las poblaciones que están llamadas a beneficiarse con los mismos. En esa tarea será necesario desideologizar las soluciones, abandonar los modelos ajenos, y atender al máximo posible las características propias de cada realidad rural específica. La participación, la descentralización, la regionalización pueden no ser más que paradigmas tan difíciles de alcanzar como el desarrollo mismo, pero también pueden ser la condición necesaria para que esas realidades formen parte efectiva de una política de transformación eficiente. Buscar, ante todo, la solución en las sociedades mismas que se quiere transformar: en las posibilidades de evolución de sus instituciones, y no en su desestructuración o reemplazo por otras que difícilmente puedan ser aceptadas por la población concernida.

Saber identificar los centros de decisión y la necesidad de integrarlos a un proceso en el que, inevitablemente, habrán de producirse modificaciones importantes en la estructura de poder y en la distribución de la riqueza. Todo proceso de cambio tiene un costo social, sus beneficiarios y quienes no lo son. Y aquéllos centros de decisión pueden acompañar o no la voluntad de cambio: a veces, según los beneficios que puedan esperar obtener del mismo, otras, incluso, por falta de otra alternativa mejor o como producto de una sana visión de largo plazo. La rigidez de las estructuras socioculturales tradicionales en el medio rural han llevado muchas veces a seguir políticas de confrontación con los mecanismos de decisión propios a dichas estructuras. Volvemos aquí al punto inicial, todo depende de la naturaleza del proyecto social y de la capacidad de los dirigentes de un país a incorporar en sus proyectos a aquellas estructuras. En todo caso, lo que no puede hacerse es ignorarlas o meramente intentar destruirlas: con ello generalmente se condena al fracaso cualquier política que pretenda instrumentarse.

Resulta necesario también, aprender a medir las consecuencias del cambio:

"La prudencia exige proponer métodos a la medida del hombre preocupado (por el cambio), encontrar compromisos entre los hábitos antiguos y las necesidades modernas, proceder con perseverancia, convencer y jamás imponer."^{1/}

Tener en claro que la introducción de toda nueva tecnología repercutirá sobre la organización social del trabajo y, a menudo, sobre la misma organización social y la estructura del poder, que puede redistribuir la riqueza, a veces en sentido regresivo, y que muchas veces es fuente de la generación de desempleo. Es preciso comprender que en los medios rurales, tanto de los países del Tercer Mundo como de los países industrializados, la asimilación del cambio tecnológico es lenta, y que los mecanismos de resistencia son múltiples y tienen, a menudo, profundas

^{1/} Ouedraogo, Bernard Lédéa "Développer sans abimer", en IFDA Dossier N° 41, mayo/junio 1984. Nyon (Suiza).

raíces en las opciones fundamentales propias a la llamada "racionalidad campesina".

Las tecnologías locales, por muy primitivas que a veces puedan parecer en comparación con las tecnologías provenientes de países industrializados, son muchas veces aptas para su medio y, generalmente, son el producto de una larga experimentación y de sucesivos perfeccionamientos que las han ido haciendo cada vez más eficientes. Para elegir una determinada técnica -dentro del espectro tecnológico disponible, por cierto- nadie puede estar mejor ubicado que aquél que depende de ella para subsistir:

"¿A qué se debe la calidad, pongamos por caso, de un cesto de los indios pomo, cuyo trenzado era tan ajustado que podía utilizarse para llevar agua hirviendo sin perder ni una sola gota, o de una canoa esquimal de piel, con su inigualable combinación de liviandad, fuerza y facilidad de maniobra? ¿Obedece simplemente al hecho de que estos artículos se hacían a mano? No lo creo. Si el artesano es inexperto o torpe, el cesto o bote que construya se puede hacer pedazos tan pronto como los fabricados en serie. Más bien creo que la razón por la que hoy apreciamos tanto la etiqueta "hecho a mano" consiste en que evoca no una relación tecnológica entre productor y producto sino una relación social entre productor y consumidor. Durante toda la prehistoria era precisamente el hecho de que los productores y consumidores fueran los mismos individuos o parientes próximos lo que garantizaba el mayor grado de seguridad y duración en los artículos manufacturados... Posteriormente, con el progreso de la tecnología y la creciente complejidad de la cultura material, diferentes miembros de la banda o aldea adoptaron distintas especialidades artesanales, tales como la cerámica, la cestería o la construcción de canoas. Y aunque muchos artículos se empezaban a obtener mediante el trueque y el comercio, la relación entre productor y consumidor todavía seguía siendo íntima, permanente y meticulosa. No es probable que un hombre se construya una lanza cuya punta se vaya a desprender en medio del combate, ni que una mujer trence su

propio cesto con paja podrida. Asimismo, si se cose un "parca" para un marido que sale a cazar para la familia, a una temperatura inferior a los 30° bajo cero, es seguro que todas las costuras serán perfectas. Y cuando los hombres que construyen barcas son los tíos y padres de aquellos que las van a utilizar, ni qué decir tiene que serán tan marineras como lo permita el grado de desarrollo de su arte."^{1/}

En el mismo sentido, resulta necesario respetar las opciones de base de toda comunidad rural tradicional, normalmente condicionadas por la búsqueda de la seguridad y la reducción del riesgo antes que por el incremento de la producción. Más aún, sólo respetando aquellas opciones será posible conseguir que el cambio sea aceptado o, lo que es aún más importante, que se pueda generar la voluntad del cambio. En todo caso, será también necesario respetar el "tempo" de evolución y, por ende, de aceptación del cambio, predominante en el marco de cada estructura sociocultural, así como los diferentes elementos que hacen a su identidad.

De allí, la importancia de tener en cuenta nociones fundamentales, no siempre manifiestas, como las de tiempo y espacio, profundamente enraizadas en aquellas estructuras.

Por otra parte, toda política destinada a incrementar una producción agrícola debe ir acompañada de medidas destinadas a preservar, sino a promover, los intereses de los sectores más desmunidos en la comunidad rural. Los "sin tierra", los desposeídos, los dominados, constituyen el grueso de la población rural de la mayor parte de los países en desarrollo. El proceso de modernización, como ya hemos visto, normalmente tiende a hacer aumentar estas huestes de desheredados. La función de un desarrollo que busque la satisfacción de las necesidades básicas en las grandes mayorías, debe apuntar, justamente, en la dirección contraria. En más de un caso, en el contexto del enorme aumento de la población que han conocido la mayor parte de los países del Tercer Mundo, el objetivo de aumentar las fuentes de empleo puede ser tan importante como el de aumentar la producción agrícola.

^{1/} Harris, M., op. cit.

Con ese objetivo en vista y dada la importancia de conservar todos los elementos positivos de las estructuras socioculturales tradicionales, y de promover su modificación endógena, debe tenerse en cuenta la importancia de las formas de solidaridad mutua y de las instituciones de cooperación propias a cada comunidad. Estas ofrecen no sólo la seguridad de mantener el equilibrio y la justicia sociales, sino también de poder constituirse en verdaderos motores del cambio y en vehículos eficientes del mismo. Ya hemos visto como, al igual que la introducción de nuevas técnicas, la introducción de nuevos productos repercute en las formas de organización social de producción y en otros elementos socioculturales que le están asociadas. Tener en cuenta las características de dichas estructuras resulta de primordial importancia para poder determinar de antemano si la introducción de tales productos podrá ser aceptada o no, y según cómo, bajo qué condiciones o modalidades. En este mismo plano, en muchos países en desarrollo resulta particularmente importante rescatar producciones locales que han sido desplazadas por la preferencia otorgada a los productos que integran las llamadas "dietas modernas". Volver a la dieta tradicional quizás no sea tarea fácil, pero en más de un caso la situación económica y las posibilidades de desarrollo de la producción así lo aconsejen. Como también es posible que sea aconsejable limitar considerablemente, si no completamente, todas aquellas formas de ayuda alimentaria que no están directamente vinculadas a situaciones de emergencia y que no han hecho más que desalentar las producciones locales o distorsionar los patrones de consumo.

Diera la impresión, en definitiva, que hay una gran tarea de reeducación por delante. Reeducación de los responsables de la planificación y de la adopción de decisiones en materia de "desarrollo rural" en los propios países del Tercer Mundo. Reeducación de los responsables de la elaboración, evaluación o financiamiento de proyectos en los organismos internacionales y de los países industrializados que prestan asistencia técnica o financiera a proyectos de esa naturaleza. Se trata de un proceso en el que habrá que superar muchas ideas firmemente arraigadas en la ideología del desarrollo predominante. Que exigirá, como hemos

visto al comienzo de este capítulo, repensar completamente la noción misma de desarrollo. La crisis económica que actualmente sufren la mayor parte de los países del Tercer Mundo y, especialmente, los graves problemas sufridos por los países africanos -justamente aquellos donde más se ha hecho hincapié en las estrategias tradicionales de desarrollo y donde más se han afectado a las estructuras socioculturales originales- es el mejor incentivo y la más adecuada justificación para emprender con toda la urgencia y seriedad del caso, este proceso de reeducación.

Organismos tales como la FAO, el Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola (FIDA), el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), o el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), por no hablar de la UNESCO -a cuyo rol nos referiremos con mucho más detalle más adelante- son todas instituciones del sistema de las Naciones Unidas que deben desempeñar un importante papel en ese proceso. Su contribución a esclarecer la realidad de los problemas y de su origen en el sector rural de los países del Tercer Mundo puede ser particularmente significativa, tanto por la capacidad que los mismos tienen para llevar a cabo esa tarea como por la autoridad científica o moral que aún conservan. Por esa misma razón, resulta también de la mayor importancia que dichos organismos puedan mantenerse al margen o escapar a la lógica economicista del desarrollo que ignora justamente aquellas realidades.

Hace algunos años sostuvimos que los organismos internacionales y las agencias bilaterales que financian proyectos de desarrollo en el Tercer Mundo, deberían abstenerse de financiar proyectos de desarrollo rural que afectaran a poblaciones, regiones o comunidades que hubieran alcanzado la autosuficiencia alimentaria, excepto cuando se tratara de la provisión de servicios (sanitarios o habitacionales, por ejemplo) que no tuvieran una vinculación directa con la actividad productiva. Nos movían a hacer esa recomendación la situación alimentaria prevaleciente por aquel entonces en muchos de aquellos países y el riesgo -comprobado

a través de la experiencia y ahora confirmado por la situación prevaleciente en Africa- de que tales intervenciones podían romper el equilibrio inestable de aquellas estructuras productivas tradicionales, caracterizadas por la vulnerabilidad ante la intervención externa, que alcanzaban todavía a satisfacer sus necesidades de alimentos. En el contexto actual, entendemos que este punto de vista sigue manteniendo toda su vigencia^{1/}.

Sin embargo, y a modo de conclusión, cabe reiterar que si es posible encontrar una solución adecuada a la ecuación con que iniciamos este capítulo, ello depende fundamentalmente, sino casi exclusivamente, de los propios países en desarrollo. Y que si tal solución existe, la misma pasa por la definición de un proyecto social que tenga como eje a los miembros de la colectividad y a la satisfacción de las necesidades básicas de las grandes mayorías.

B. Industrialización y cultura

El tratamiento de los temas que vinculan a la cultura con el desarrollo industrial habrá de ser considerablemente menos extenso que aquellos que se referían al medio rural y la cultura. Ello se debe, en primer lugar, a que muchos de los problemas que emergen en el área del desarrollo industrial han sido ya tratados con relación al mundo rural, y en segundo lugar, a que no precisaremos hacer aquí una descripción de una multiplicidad de tipos de unidades o formas de producción, como era el caso con relación a la agricultura, debido a la similitud que presentan las estructuras socioculturales de las áreas urbanas e industrializadas del Tercer Mundo

1. Cultura tradicional y cultura industrial

El desarrollo industrial sólo es posible en el contexto de una cultura (en el sentido de estructura sociocultural) que le sea propio. Es un proceso que tiene sus requerimientos humanos, organizativos y culturales (en el sentido más limitado del término, o sea referido a pautas de conducta, valores, actitudes básicas, etc.) que les son propios. Es decir, existe una cultura industrial que es a la vez, consecuencia y producto del proceso de industrialización. La actual cultura industrial

1/ CID "La culture clef du développement", op. cit., capítulo VII, Conclusiones y propuestas.

de los países desarrollados fue elaborada paulatinamente, vinculada al proceso de adelanto técnico y de evolución económica que permitió la paulatina expansión de la demanda, paralela al proceso de urbanización y de modernización que conocieron dichos países a partir de comienzos del siglo pasado.

El proceso de industrialización ha sido el motor de múltiples transformaciones de la estructura sociocultural en los países hoy "avanzados" o "desarrollados" y, de alguna manera, puede decirse que constituye el núcleo mismo de dichas sociedades. Se trata, sin embargo, de un proceso que pareciera estar llegando a su fin en dichas sociedades: la base industrial de la actual crisis económica por la que atraviesan esos países, el permanente crecimiento del sector terciario a expensas del sector industrial y el futuro tecnológico que se diseña en el horizonte, parecen marcar el fin de un proceso que ha durado prácticamente dos siglos.

Efectivamente, si miramos hacia atrás, Europa ya lleva prácticamente doscientos años de desarrollo industrial; Estados Unidos y Japón, por su parte, se embarcaron hace ya más de un siglo en dicho proceso, pero se favorecieron con el trasplante -vía inmigración en un caso, vía asimilación y adaptación en el otro- a sus tierras, de buena parte del bagaje cultural proveniente de las primeras etapas de la industrialización en Europa. En los países del Tercer Mundo, en cambio, hace sólo cincuenta años atrás, la industria no superaba el nivel artesanal o estaba limitada a enclaves productivos dedicados a la transformación de materia prima para la exportación a los países industrializados.

En la mayoría de dichos países la actividad manufacturera estaba limitada a los artesanos y a un número limitado de sectores industriales, esencialmente dedicados a atender las necesidades básicas de la población: la construcción, los textiles, el vestido, la alimentación, los útiles agrícolas. En aquellos pocos países donde existía una cierta base industrial, ésta dependía esencialmente de la transformación de materias primas destinadas a la exportación, y si alcanzaba a otras actividades, esto se debía esencialmente a la existencia de una mano de obra inmigrante que había aportado la cultura industrial de su país de origen. Este es el caso de

países como Argentina, Uruguay, Chile y el sur de Brasil, que crearon las primeras fases de su desarrollo industrial con el aporte de la inmigración europea. En otros países, básicamente los países africanos colonizados por Europa, la industria era prácticamente inexistente o estaba directamente prohibida:

"En general (en Africa) las actividades industriales estaban activamente desalentadas, por lo menos hasta los últimos años (del período colonial). La principal excepción fue en las colonias de Africa del Este, en las actividades de procesamiento de productos de exportación y en la de productos consumidos localmente con una relación peso/valor relativamente baja... La industrialización fue permitida en algunos casos para servir al mercado colonial. Las actividades bancarias, el procesamiento de alimentos, bebidas, tabaco, textiles, calzado, productos de madera y otras actividades industriales para el consumo fueron desarrolladas en Senegal antes y especialmente inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, con vistas a abastecer al Africa Occidental Francesa. También se establecieron industrias similares, incluso antes, en Zaire, que fue abierto por un acuerdo a las inversiones provenientes de cualquier país, y en algunos otros países debido a restricciones comerciales durante la guerra. Por otra parte, las industrias familiares, tales como la de la vestimenta y la fabricación de implementos de hierro, a veces fueron reemplazadas por importaciones, tal como fue el caso en Tanzania durante la colonización alemana. Aún estos pasos limitados hacia la industrialización fueron realizados en un marco colonial; las industrias eran propiedad de europeos y eran dirigidas por europeos y, en alguna medida, por nacionales de "terceros países", mayormente provenientes de Asia y del Cercano Oriente (especialmente las pequeñas empresas que producían para el mercado doméstico). Los africanos estaban generalmente excluidos, no sólo por su falta de acceso a la educación y al capital, sino incluso por ley, como en el caso de la prohibición a los africanos de poseer cardadoras de algodón en Uganda.

En Africa del Este, las restricciones para comercializar los productos agrícolas impuestas a los africanos, limitaron severamente su contacto con la parte no agrícola de la comunidad que se había incorporado al sistema monetario. En Africa del Oeste, sin embargo, particularmente en Nigeria, Ghana y Senegal, una larga historia de comercialización en efectivo de la producción agraria llevó a la participación en el comercio y posteriormente, al surgimiento de pequeñas empresas africanas en el sector artesanal y en la manufactura africana."^{1/}

Por otra parte, la actividad "industrial", aldeana, que predominaba en la mayor parte de los países del Tercer Mundo antes de la independencia, más que industrial era artesanal, o, en el mejor de los casos, "manufacturer en el sentido original del término; es decir, fabricación con las manos. Además, el artesano no era un empresario; no explotaba mano de obra ajena, trabajaba él mismo o lo hacía con la colaboración de familiares o allegados, no realizaba un excedente que le permitiera capitalizarse, disponían de una técnica que evolucionaba muy lentamente a través de modificaciones casi marginales en los procedimientos de fabricación, trabajaba para una demanda preexistente o solamente previsible. Eran lugares de producción y funciones hereditarias, sin mayor consideración social, y muchas veces vinculadas al sistema de castas, como las de los herreros en la India o la de los "tëgg" (casta inferior de los herreros) en Senegal. En otros casos, estas actividades eran sólo una extensión o un complemento de la producción agrícola principal, y eran desarrolladas por el agricultor mismo o por las mujeres en los períodos de poco trabajo en los campos. Rara vez se llegaban a establecer redes de complementación de actividades que permitieran una especialización y división del trabajo en torno a la producción de un mismo objeto. Y lo que es aún más importante no se apoyaban en una "cultura industrial" que pudiera servir de base a su posterior desarrollo.

¿En qué consiste tal "cultura industrial"? El análisis de las estructuras socioculturales de los países industrializados nos indica, en un plano estrictamente teórico, y a un elevado nivel de generalidad, que

^{1/} Steel, William F. y Evans, Jonathan W. "Industrialization in Sub-Saharan Africa". Banco Mundial. Technical Paper Nº 25. Wáshington,

está compuesta por una diversidad de elementos que tienen vigencia a distintos niveles de la sociedad. El primero de ellos, es la monetarización de la economía y todo lo que ello implica en el plano de las actividades productivas y de las pautas de conducta y representaciones sociales que le están asociadas. Esto significa, entre otras cosas, la existencia de criterios de optimización de las decisiones totalmente distintos a aquellos que tienen vigencia en una economía no monetaria.

A nivel de los empresarios, directivos, ingenieros y técnicos -elementos humanos indispensables para la conformación de una estructura industrial- se requiere la vigencia de una serie de valores y actitudes básicas muy particulares: ansia de competencia, espíritu de lucro, sentido de la propiedad individual. Valorización de la eficiencia y sentido de la precisión, a nivel del pensamiento, de su expresión, y en las acciones vinculadas a la planificación y al trabajo mismo. Sentido de la organización y de la disciplina basadas en el respeto de las estructuras empresariales y productivas. Esto implica la existencia de mecanismos de legitimación de las estructuras de poder que son totalmente distintas a los vigentes en el medio rural o en las sociedades "pre-industriales". Se requiere también, una vinculación con las ciencias y las técnicas, que comporta una actitud totalmente distinta frente a la naturaleza y a los objetos a la prevaleciente en otros medios.

En el nivel menos manifiesto de la cultura, se requiere la vigencia de nociones de espacio y de tiempo adecuados a la actividad productiva industrial. Es decir, una noción de espacio que sea funcional con esa actividad productiva; una noción de tiempo monocrono; y la aceptación de que tiempo y espacio son valores de cambio, por ejemplo a través del salario o del alquiler pagado por el alojamiento.

Los operarios, además de algunos de los requisitos antes señalados, es necesario que compartan una misma lengua de comunicación al interior de la unidad de producción. Y es también preciso que puedan acceder al lenguaje propio, con sus códigos y sus símbolos, de la actividad industrial. Que posean destreza manual y, muchas veces, sentido de la mecánica. Finalmente, que puedan aceptar las formas propias de

organización del trabajo correspondientes a la técnica imperante y las estructuras jerárquicas que de ellas se derivan. Elementos todos que pueden estar muy alejados de la cultura de la cual provienen estos operarios.

Muchos de estos requisitos son aún más estrictos cuando se tratan de actividades productivas orientadas a la exportación, pues en este caso, a los requisitos de la cultura industrial en sí, se unen aquéllos propios a la cultura del país al cual están destinados los productos que se van a exportar.

Las diferencias en el grado de presencia y difusión en la sociedad, y particularmente, en los sectores directamente vinculados a la actividad industrial, parecen explicar incluso las diferencias en productividad en distintos países. En un estudio sobre la industria de la confección y las exportaciones de Colombia y países de Asia del Este se concluyó que:

"En promedio, la producción por obrero parece ser entre un 30 y un 50% más alta en el Este del Asia que en Colombia; como consecuencia de ello, los costos laborales en Colombia (salarios pagados por prenda producida) son significativamente más altos que los de Corea, Taiwán, y posiblemente Hong Kong. Las diferencias en la capacidad de conducción, tanto a nivel elevado como intermedio, parecen ser de principal importancia para explicar estas diferencias de productividad, pero los factores culturales y sociales pueden también estar jugando un papel en ello. Estos podrían incluir el grado en que los obreros se sienten identificados con los objetivos de la firma, la medida en que son susceptibles a la organización y a la disciplina, la protección de que gozan contra la posibilidad de ser despedidos, el entrenamiento y la destreza manual que reciben y la que impera en la sociedad; y el lugar que los ingresos monetarios o el ser considerado como "el que están haciendo su trabajo" gozan en la escala de valores de los trabajadores y de los directivos, por contraste a las aspiraciones de una experiencia de trabajo carente de tensiones sociales o una vida diaria distendida."^{1/}

1/ Morawetz, David, "Why the Emperor's new clothes are not made in Colombia". Banco Mundial, Staff Working Paper Nº 368. Washington, 1980.

Ahora bien, ninguno de estos numerosos elementos que se requiere para constituir una cultura industrial se presenta aislado. Más aún, la vigencia de aquélla precisa de su difusión entre largos sectores de una sociedad. Es decir, para llevar adelante un proceso de industrialización no basta sólo con empresarios y trabajadores: se requiere también de una sociedad que haya incorporado aquellos valores, que los inculque y los transmita; se requiere de una élite capaz de elaborar y aplicar desde el Estado políticas que favorezcan ese proceso; de una administración que ejecute dichas políticas y que no sea una traba burocrática a la expansión industrial; de un tejido industrial y comercial en el que pueda apoyarse toda nueva empresa o iniciativa.

Además, el desarrollo de una cultura de esta naturaleza es un proceso que requiere de mucho tiempo y de una base mínima que le sirva de punto de partida. Elementos ambos, que rara vez estaban presentes al inicio del proceso de industrialización en los países del Tercer Mundo.

2. El desarrollo industrial en el Tercer Mundo

Tratando de simplificar el análisis, de hacerlo poniendo énfasis en aquellos aspectos que más nos interesan desde el punto de vista de esta investigación, y reconociendo que pueden existir muchas situaciones intermedias entre las que aquí se van a presentar, podemos distinguir cuatro tipos de proceso de industrialización en los países del Tercer Mundo.

Desde el punto de vista cronológico, el primero de ellos, fue el proceso de industrialización en los países grandes (Argentina, Brasil y México) y de varios países medianos (Chile, Perú, Colombia) de América Latina. Este proceso se inicia en los años treinta, cuando a causa de la caída de los precios internacionales y de los volúmenes de sus exportaciones estos países se encontraron confrontados con importantes déficit de balanza de pagos, que los obligaron a reducir sustancialmente importaciones esenciales. Las devaluaciones y las dificultades en los pagos externos constituyeron una protección al inicio de una industrialización que se apoyó en un mercado interno incipiente, y en algunos sectores que atendían parte de los requerimientos básicos de

dicho mercado. Eran países donde la monetarización y el comercio habían abierto las puertas a la introducción de muchos de los valores necesarios para el desarrollo de una cultura industrial. En cambio, carecían generalmente de un artesanado, pues éste había sido tempranamente destruido por las importaciones de bienes manufacturados, resultado de una apertura de la economía vinculada a la orientación esencialmente exportadora del aparato productivo.

Durante la Segunda Guerra Mundial, y en los años que la siguieron, lo que en un inicio fue un desarrollo industrial basado en la sustitución de importaciones esenciales, pasó a ser un proceso firmemente respaldado en políticas dirigidas a obtener una mayor autonomía nacional y a desarrollar las bases de una industria pesada, aún cuando en muchos casos el tamaño del mercado o la demanda potencial no lo justificasen. Hacia fines de la década de los años cincuenta se registró en muchos de estos países la llegada de empresas transnacionales que participaron en el desarrollo del sector manufacturero, especialmente en el de bienes de consumo duradero, y se observó una paulatina reorientación de las políticas industriales buscando incrementar la participación de las manufacturas en las exportaciones.

El segundo proceso que interesa señalar aquí es el que siguieron los grandes países de Asia (India, Pakistán, China), pero también países como Yugoslavia o Egipto, que a partir de su independencia, o de la postguerra iniciaron procesos de industrialización basados en una firme decisión política de obtener la autonomía frente a los antiguos colonizadores o ante las grandes potencias internacionales.

En la mayor parte de estos países existía un artesanado relativamente desarrollado. Más aún, casi todos ellos habían, en algún momento de su historia, atravesado por etapas de evolución económica que apuntaban al surgimiento de una burguesía, originalmente comercial, pero que bien habría podido convertirse en una burguesía industrial. Estos procesos, sin embargo, habían sido -como ya lo hemos hecho notar antes- normalmente cortados por la colonización o la dependencia económica. Ahora bien, al momento de la independencia o del inicio del proceso de "desarrollo", todos estos países optaron por un tipo de industrialización que dejara

de lado la base artesanal de que disponían y prefirieron encararla a través de la creación de grandes unidades productivas integradas, utilizando tecnología importada, poniendo el énfasis en la industria pesada, buscando la mayor autarquía posible y prefiriendo la integración vertical a la integración horizontal.

Analizando la naturaleza de las opciones políticas en materia de industrialización en China y la India, Michaflof señala los contrastes entre la concepción gandhiana, que aspiraba a centrar el esfuerzo de transformación de su país en el desarrollo de las aldeas -para aprovechar la capacidad productiva que éstas ofrecían y proveer de empleo a un país cuyo mayor problema era ya entonces, la magnitud del desempleo- y la concepción que finalmente prevaleció entre los dirigentes de la India. Según ese análisis, en la visión de Gandhi, la aldea debía transformarse en una colectividad ampliamente autónoma que debía producir los bienes esenciales para su subsistencia:

"Mi concepción de la aldea "Swaraj" es que debe constituir una verdadera república, independiente de sus vecinas para todo aquello que se refiere a sus necesidades vitales y, sin embargo, interdependiente para las necesidades donde la dependencia es una necesidad. La primera preocupación de cada aldea debe ser, en consecuencia, cultivar sus propios productos alimentarios y su algodón para las vestimentas... en la máxima medida de lo posible, cada actividad será conducida sobre una base cooperativa."^{1/}

Más aún, en su concepción, la industrialización, era un producto de la ciudad y había sido concebida para destruir las aldeas y el artesanado aldeano. Y la clave para el futuro pasaba por la comprensión de los problemas de los sectores más pobres de la población; por ello, el Estado debía estar al servicio de las aldeas y de los artesanos y la tecnología debía responder a la necesidad de crear útiles susceptibles de ser manejados, reparados o incluso contruidos a nivel de la aldea. Sin embargo,

^{1/} Gandhi, Mahatma, citado en Michaflof, Serge, "Les apprentis sorciers du développement". Económica, París, 1984.

esta concepción fue relegada en favor de la opción antes señalada. En la concepción de Nehru:

"Las tres necesidades fundamentales de la India, si ella debe desarrollarse sobre el plano industrial y sobre otros planos, son una industria de máquinas-herramientas y de ingeniería pesada, institutos de investigación fundamental y la electricidad... Intentar fundar la economía de un país básicamente sobre el artesanado y la industria aldeana es condenarlo al fracaso... Si la tecnología exige la maquinaria pesada en gran escala, como es en gran parte el caso actualmente, entonces la mecanización en gran escala, con todas sus implicaciones, debe ser aceptada: En todo caso, las técnicas más recientes deben ser utilizadas, y la adhesión a las técnicas de producción ya superadas, salvo en tanto que medida temporaria, conduce a paralizar el crecimiento y el desarrollo."^{1/}

Siempre según la opinión de Michailof, tanto la India como China, adoptaron entonces el:

"modelo soviético de los años treinta... con un sector industrial moderno fundado sobre una tecnología calificada de dual. Esta tecnología combina... técnicas altamente capitalistas directamente importadas de la Unión Soviética o de los Estados Unidos para el corazón de los procesos (de producción), con la utilización de una mano de obra pletórica... para todas las actividades anexas de mantenimiento, de construcción civil, de reparación, etc. Esta combinación de factores de producción permitía maximizar la producción por unidad de capital, y en consecuencia responder al objetivo de la economía de capital por unidad producida propia a estos países pobres en divisas pero ricos en mano de obra."

El tercer modelo de industrialización que podemos observar en los países en desarrollo, es el que se ha aplicado en varios países del sudeste asiático, especialmente en enclaves o dependencias coloniales como

^{1/} Ibid.

Hong Kong, Macao y más recientemente, en Singapur, pero también en países como Corea del Sur y Malasia o en la isla de Taiwán. En estos casos, también existía un artesanado local, pero esencialmente urbano, que satisfacía a buena parte de las necesidades de la población local. También existía una larga tradición comercial y una monetarización de la economía que había permitido la introducción de valores culturales que habrían de servir de base para el posterior proceso de industrialización.

En este caso, la industrialización ha estado orientada esencialmente a aprovechar la existencia de aquella clase artesanal y el espíritu empresarial de sus comerciantes, integrándolos en complejas redes de producción, a través de la subcontratación, aprovechando los bajos salarios relativos y las técnicas disponibles, incluso para fabricar productos que pueden ser considerados tecnológicamente muy avanzados. En efecto, para montar una computadora, lo que se requiere es esencialmente mano de obra diestra para trabajar con sus pequeños componentes y no conocimientos científicos que tengan alguna vinculación con la utilización que habrá de darse al producto que se fabrica:

De este modo, las opciones de industrialización seguidas en este grupo de países permitieron la integración de los recursos humanos y culturales disponibles, su paulatina evolución y la optimización de las ventajas comparativas de que gozaban. Cabe señalar, por otra parte, que a menudo se da el ejemplo de estos países como casos exitosos de una industrialización "abierta", dirigida a la exportación y fuertemente vinculada a la economía internacional. Ello no es cierto, pues a igual que el Japón, la industrialización fue articulada inicialmente por el Estado y se apoyó en un proceso -como el caso de Corea del Sur y de Taiwán- de modernización rural y reforma agraria que permitió el surgimiento de un mercado interno. Esto, a su vez, sirvió para impulsar en las etapas iniciales de la industrialización, una política proteccionista y de sustitución de importaciones que, según un análisis realizado por la CEPAL persistió prácticamente hasta comienzos de los años setenta. Esto luego facilitó la creación de una capacidad industrial que fue paulatinamente volcada hacia el mercado internacional:

"La exportación inicial de manufacturas livianas cumplía, igual que la protección, un propósito de aprendizaje que permitía evolucionar paulatinamente hacia productos manufacturados que hacen uso intensivo de tecnología y de capital, pero en esa evolución el factor determinante fue el esfuerzo de asociación, aprendizaje, adaptación y posteriormente innovación, factores cruciales para poder competir en el ámbito internacional, elemento determinante de la "sobrevivencia" nacional."^{1/}

Si bien la participación del Estado y la presencia de corporaciones transnacionales ha sido distinta en los diversos países que hemos englobado bajo este tipo de estrategia de industrialización, puede decirse que en ellos ha predominado, en definitiva, el elemento endógeno como motor en el proceso de industrialización y que el mismo se ha llevado a cabo aprovechando plenamente y transformando paulatinamente la estructura sociocultural preexistente.

La cuarta vía para la industrialización seguida en el Tercer Mundo, es aquella que ha predominado en Africa, y especialmente en el Africa Sub-Sahariana, pero también en otros países de Asia y Cercano Oriente, y es aquella donde han predominado políticas más difusas, caracterizadas por corporaciones o iniciativas puntuales, muchas veces dirigidas a aprovechar ventajas comparativas pero también, en otras ocasiones, debidas a razones más o menos circunstanciales y no integradas en una estrategia definida. Son políticas en las que la compra de plantas "llave en mano", a menudo con tecnologías de punta, ha coexistido con la instalación de corporaciones transnacionales a través de plantas integradas y aisladas del resto de la economía, destinadas a utilizar recursos locales de bajo costo (sea materia prima para transformación o, menos usualmente, mano de obra) y con el desarrollo, más o menos autónomo, de industrias livianas, de tipo "tradicional" (construcción, alimentos, textiles, vestidos).

^{1/} CEPAL, "Crisis y desarrollo: presente y futuro de América Latina y el Caribe" (Volumen 3, Desafíos y opciones para el desarrollo futuro). Doc. LC/L.332/Add.2. Santiago de Chile, 1985.

En estos países, como ya hemos visto, se carecía de una base socio-cultural apropiada para promover la industrialización a través de su transformación, e incluso no se disponía de una tradición comercial generalizada que pudiera servir como punto de partida tan siquiera a un proceso de creación de industria ligera. Los países relativamente más industrializados de Africa Sub-Sahariana (Zimbabwe, Kenya y Uganda) carecía a comienzos de los años sesenta, de unidades de producción de más de 10 empleados que fueran propiedad o estuvieran manejadas por africanos. Partiendo de esa base, no es de extrañar que las políticas de industrialización hayan sido más fruto de las circunstancias y del aprovechamiento de ocasiones que se presentaban de desarrollar tal o cual recurso con la colaboración extranjera, que de una orientación precisa para llevar adelante un proceso más o menos coherente y definido de creación de una base industr. El resultado es el predominio de las corporaciones transnacionales, la dependencia tecnológica y la introducción de importantes distorsiones en las escalas de niveles de ingreso entre los sectores que están vinculados a la industria y aquellos que no lo están. Pero lo que resulta aún más grave es el hecho de que la industria no ha jugado ningún papel importante en la creación de fuentes de empleo, para poder hacer frente al aumento constante de la población "redundante", por causa de la insuficiencia del sector agrícola para responder al mismo desafío y del proceso de urbanización, que se origina como consecuencia de la "expulsión" de población del medio rural y de la atracción que ejerce la urbe a través de niveles de vida y posibilidades de empleo más altos que en el medio rural.

Los resultados de este proceso son, entre otros, los siguientes. Prime una fuerte diferencia entre los salarios industriales y rurales, que a menudo es del orden de cuatro a uno. Y ello a pesar de la escasa o nula calificación de los obreros industriales debido, entre otras cosas, a la ausencia de un sistema de educación técnica y a la gran oferta de mano de obra que hace a menudo preferible la rotación antes que la formación de personal. En segundo lugar, debe señalarse también la influencia de los elevados salarios que perciben los técnicos y directivos "expatriados" y aquellos que los reemplazan, generalmente como producto de las políticas de "africanización" dictadas por los gobiernos o promovidas por las propias

empresas. Otra consecuencia mayor es la ausencia de una tecnología propia o, incluso, de una política destinada a crearla. Obsérvese, que en 1980 los países africanos sólo disponían del 0,4% de los científicos e ingenieros dedicados a Investigación y Desarrollo del mundo y que sus gastos en esas actividades sólo llegaban al 0,3% del total mundial^{1/}.

3. Algunas consecuencias culturales de la industrialización en el Tercer Mundo

El primer aspecto que quisiéramos señalar es que, en muchos casos, la industrialización en los países del Tercer Mundo, lejos de responder a la creación de una oferta para atender las necesidades básicas de la población, ha contribuido decididamente al surgimiento de un modelo de consumo que sólo es accesible a los sectores más acomodados de la sociedad. El caso más relevante es el de la industrialización de América Latina en las tres últimas décadas, que se ha hecho siguiendo básicamente la evolución de los patrones de consumo de las clases altas y de los sectores medios en ascenso. Patrones, por otra parte, que resultaban netamente calcados de los correspondientes a los países industrializados y principalmente a los Estados Unidos:

"El auge de este modelo consumista (de un patrón de consumo cada vez más transnacionalizado), imitativo, se produjo -como contrast brutal y paradójico- en la última década, cuando ya los indicadores sociales y económicos señalaban en la mayoría de los países latinoamericanos los desequilibrios existentes y futuros. La simple observación de las transformaciones ocurridas en 10 años en los sistemas de comercialización, financiación y publicidad en ciudades como San Pablo, Caracas, México, Buenos Aires, Santiago y otras capitales de la región, respaldan la anterior afirmación. La proliferación de centros comerciales, de servicios de crédito y de medios de comunicación basados en la propaganda, tuvieron un eje común: ensanchar los mercados urbanos para los productos transnacionales. No nos referimos exclusivamente a los bienes generalmente llamados

1/ UNESCO, "Anuario estadístico, 1984". París, 1984.

suntuarios. En este proceso se transnacionalizó también el consumo de alimentos, vestimenta, cosméticos, relojes, radios, información, medicinas y educación. Esto se dio a través de la diferenciación de productos, asociada generalmente con marcas, patentes e imágenes internacionales y comprende tanto la fabricación nacional -con componentes importados de alto costo- como la importación lisa y llana de esos productos. Una nueva articulación al sistema financiero internacional fue el vehículo apropiado para estos fines."^{1/}

En este proceso jugaron, entre otros factores, un rol destacado la difusión de una "cultura para las masas" apoyada en los medios de comunicación social financiados por las grandes empresas y, especialmente, por las corporaciones transnacionales:

"Para las firmas transnacionales, cuya finalidad resulta esencialmente económica, se trata de maximizar sus beneficios (a largo plazo), de introducir la lógica del consumismo, lógica esencialmente individualista, según la cual la valorización del individuo reposa en gran parte sobre los bienes y servicios a los cuales tiene acceso y sobre el status que les está asociado; se trata para ellas de desarrollar esta lógica, no solamente entre sus empleados locales, sino también en toda la población gracias a los medios de comunicación social que están bajo su control directo e indirecto. Si a esta política consciente de conquista de los mercados por medio de la mutación de las modas de consumo se debe agregar el juego del proceso de atracción social, según el cual el individuo tiende a consumir, por aspiración social, los bienes que él estima ligados al status social superior, se pueden imaginar fácilmente las reestructuraciones que se operan en el dominio del consumo. Está claro entonces que para ciertos tipos de bienes, en gran parte producidos por las firmas transnacionales, es la estructura de la oferta la que

^{1/} Fontanals, Jorge, "Internacionalización financiera en América Latina y patrones productivos y de consumo transnacional" en Economía de América Latina, N^o 11, primer semestre de 1984, CIDE, México.

crea ampliamente la demanda. El término de "agresión cultural" no parece entonces desubicado, dado que se trata de un proyecto consciente de reestructurar el consumo para concretar una estrategia de transformación de productos en mercadería, por medios caracterizados por la coerción psico-sociológica que es la publicidad. Más grave aún, este fenómeno expresa una tendencia a reestructurar la cultura de los países del Tercer Mundo alrededor de valores fundamentales importados para hacerlos corresponder a un cierto tipo de organización de la economía y de la sociedad."^{1/}

Es éste un proceso que ya hemos analizado en estudios anteriores y al que también hemos hecho referencia en este trabajo. Sus consecuencias socioculturales -por no hablar de las económicas- son enormes y aquí sólo cabe reiterar que, en definitiva, no son más que el producto de la elección de un cierto modelo de transformación económica y social que se ha conocido bajo la denominación de "desarrollo".

El segundo aspecto de interés del proceso de industrialización del Tercer Mundo es el contraste que a menudo aparece entre los llamados sectores formales e informales de la economía. Si bien ya veremos más adelante que esta distinción no siempre es correcta, en múltiples casos llama la atención la presencia simultánea, en medio de una comunidad generalmente poco estructurada desde el punto de vista sociocultural, de unidades de producción "informales", a menudo de naturaleza artesanal, y de unidades de producción de gran tamaño, suerte de verdaderas "islas", tanto desde el punto de vista productivo como tecnológico, pero aún mucho más desde el punto de vista sociocultural. Estas grandes unidades pueden ser filiales de corporaciones transnacionales o empresas públicas, más raramente, empresas privadas locales. Pero en todo caso, predomina en la mayoría de ellas una tecnología proveniente del extranjero, de alguna manera "cautiva", que no llega a impregnar ni a trascender al tejido

^{1/} Pahn Nhu Hô, "Obstacles et perspectives des développements endogènes dans le domaine de l'éducation, de la science et de la technologie, de la culture et de la communication". Informe de la División de Estudios del Desarrollo. STY.27F. UNESCO. París, 1984.

social de la comunidad y con la que sólo están en contacto quienes están dentro del sistema. Y esto a veces sólo hasta cierto nivel.

En este medio se suele observar un fuerte predominio de los "expatriados" o de directivos e ingenieros locales cooptados por las corporaciones transnacionales o, al menos, buenamente consustanciados con una cultura y una lógica industrial esencialmente extranjeras.

Describiendo este fenómeno en Brasil, Rattner señala:

"En la medida en que las grandes organizaciones extranjeras en el país pautaban su gestión de acuerdo con la utilización de tecnología sofisticada, sea en materia de equipamiento o de procesos de producción y gestión, un nuevo término de referencia se incorporó a la sociedad brasileña. Si por un lado las empresas extranjeras intentaban difundir sus pautas de comportamiento, por otro, las condiciones de varias empresas nacionales las llevaban a incorporar muchas de las prácticas introducidas por aquéllas. Las empresas extranjeras se organizaban de acuerdo con los adelantos tecnológicos que consideraban más rentables y para ello incorporaban equipos, maquinaria, modelos de procesamiento e inclusive técnicos de sus países de origen. En la medida en que se asociaban a capitales privados locales y al Estado a través de las empresas estatales, conseguían transmitir las pautas de comportamientos inherentes a la tecnología adoptada y a la dimensión y complejidad de las organizaciones a ellas ligadas. La acción difusora de valores subyacentes a la alta tecnología y a los procesos sofisticados de gestión, se procesaba no sólo por medio de las empresas, sino también a través de órganos civiles y públicos creados o reformulados para tal fin. En esa línea, el pensamiento técnico-científico, la organización racional, el planeamiento y la eficiencia, constituirían el contenido básico de los programas de formación de gerentes y de futuros profesionales. Fue decisivo en ese sentido el papel del Estado, con sus planes y reformas educativas, elaborados conjuntamente con técnicos extranjeros, norteamericanos en particular, en los que se dio prioridad a la enseñanza técnica y científica. La influencia de gerentes y profesionales formados o

"reciclados" en ese contexto sobre los empresarios nacionales, también fue significativa en lo que respecta a los cambios producidos en el comportamiento del empresariado brasileño".^{1/}

Este mismo impacto se hace sentir también en los sectores obreros. Es decir, se les transmiten los elementos subyacentes a la ideología de la organización industrial, tales como la competencia, la especialización y la jerarquización. En cambio, la formación de los operarios suele no ir más allá de lo indispensable para que puedan cumplir sus funciones, pues como lo señala Martins Rodrigues, refiriéndose a los operarios de las plantas de montaje brasileras:

"Desde el punto de vista estrictamente técnico... no necesitan para cumplir las tareas que les son asignadas un nivel elevado de educación formal (general o profesional). No se les exige leer, escribir, capacidad de descifrar planos, conocimientos de materiales ni herramientas, etc. Son, en el caso de las terminales, obreros especializados en la ejecución de trabajos repetitivos que no requiere raciocinio ni capacidad de decisión."^{2/}

Así, el sistema educativo se suele escindir en dos planos. En primer lugar, un nivel "noble", elitista, reconocido por los centros de decisión y limitado a los sectores más acomodados de la sociedad. En segundo lugar, un sector de enseñanza masivo, de bajo nivel científico o técnico, que imparte una formación apenas elemental o, cuando alcanza niveles más altos, de baja calidad, pues está destinado a quienes habrán de incorporarse al "mercado de trabajo" o a las crecientes masas de desocupados o subocupados.

Al mismo tiempo, los sistemas industriales de esta naturaleza, suelen impedir o dificultar el surgimiento de lo que podríamos denominar una "cultura proletaria", que ha estado presente en el proceso de formación de las sociedades hoy industrializadas. El bajo grado de sindicalización y la debilidad de las luchas obreras, a pesar -o justamente a causa- de

^{1/} Rattner, H., op. cit.

^{2/} Citado por Rattner, ibid.

las bajas condiciones de vida y de la precariedad del empleo- son demostración del grado de alienación de estas capas sociales y de su aceptación, voluntaria o no, de los valores que les son inculcados por los sectores dominantes de la sociedad. En esas condiciones, la única aspiración de las franjas sociales que podríamos adscribir al proletariado, es conservar el empleo y las fuentes de ingreso y poder adoptar, en la medida de lo posible, las pautas de consumo pregonadas por la "cultura de masas" y por el sistema educativo.

Otro elemento importante que aparece con frecuencia como derivado de los procesos de industrialización en el Tercer Mundo es, justamente, la cara opuesta de aquella realidad constituida por las grandes unidades de producción modernas. Es decir, el llamado "sector informal", definición simplificadora que engloba realidades muy diversas y, a veces, más de una subcultura. Definición que no permite siempre comprender la complejidad de un mundo que está caracterizado sólo por referencia a su opuesto y que, en definitiva, no es más que el resultado de la incapacidad del proceso de modernización -incluyendo la industrialización- para integrar a buena parte de la comunidad.

Los sectores informales -a veces también llamados "marginales"- son fruto más de la urbanización que de la industrialización, o si se quiere mejor aún, de la falta de industrialización. Engloban a veces unidades familiares o grupos humanos que comparten al mismo tiempo una cultura rural y una cultura urbana, sin llegar necesariamente a poder elaborar las bases de una cultura de síntesis.

Mal conocidos, generalmente analizados a partir de criterios económicos o definiciones estadísticas que se acomodan mal a la complejidad de su realidad, estos sectores incluyen a veces complejas redes de producción, basadas en la pertenencia a un mismo pueblo de origen, a una misma red de familias o, incluso, a una misma casta. En definitiva, un medio poco o mal estructurado, en transformación permanente, de clara naturaleza marginal respecto de los núcleos centrales de la estructura económica.

Este marco social, ya de por sí difuso, se ve hoy ampliado por lo que llamaríamos la "neo-marginalidad". La crisis económica que afecta a la mayor parte de los países del Tercer Mundo ha generado una disminución de la demanda interna e internacional que, a su vez, ha afectado seriamente al sector industrial de esos países. Esto ha generado no sólo desocupación temporaria sino, lo que es mucho más serio, un verdadero proceso de desindustrialización que ha expulsado ingentes cantidades de trabajadores industriales que han ido a sumarse al llamado "sector informal". Allí se multiplican las estrategias de sobrevivencia: el repliegue hacia el medio rural del que provienen los trabajadores o sus familias, el apoyo en las "redes de reciprocidad" buscando solución a los problemas más acuciantes mientras esperan, ilusoriamente, la reinserción en una estructura industrial que las actuales condiciones económicas del Tercer Mundo no permiten imaginar que sea rápidamente reconstituida.

Frente a esta situación, en muchos países en desarrollo se insiste por llevar adelante estrategias de industrialización basadas en la importación de tecnologías capital-intensivas, con la esperanza de que esa fuga hacia adelante facilitará el surgimiento de una economía más eficiente y generadora de un mayor bienestar. En otros casos, esas decisiones son producto de una cierta lógica que exige que cada país del Tercer Mundo se asocie a las más modernas tecnologías, cualquiera sean sus consecuencias sobre el plano social o cultural, para no permanecer rezagado en la competencia económica internacional:

"El exceso en inversiones de bienes de producción "capital-intensivos es un problema citado a menudo en los estudios sobre las industrias de sustitución de importación de gran escala en Africa Sub-Sahariana. La principal explicación es una estructura de incentivos que favorece en gran escala al capital y a los patrones de decisión favorables a las elevadas inversiones que usan equipos con tecnología muy moderna. Los incentivos que favorecen la intensidad en el uso de capital incluyen tasas de cambio que mantienen el precio de los productos importados artificialmente bajos; bajas tarifas aduaneras o exenciones para los bienes de capital; aceptación de rápidas amortizaciones y

otros beneficios fiscales sobre la base del monto de la inversión; disponibilidad de préstamos a bajas tasas de interés; garantías para la repatriación de los beneficios que dependen del volumen de la inversión. Las corporaciones multinacionales tienden a preferir las técnicas modernas utilizadas en sus países de origen, donde la mano de obra es relativamente escasa y el capital abundante. (En Africa), quienes toman las decisiones en el sector público, se dice que favorece las inversiones de gran volumen, que impresionan con las técnicas modernas que utilizan, y que, al mismo tiempo, prestan inadecuada atención a los criterios económicos o a los factores que se usan con mayor intensidad. También están sujetos a la influencia de los vendedores internacionales de equipos, cuyo interés es la maximización del volumen de equipo que venden más que el asegurar la viabilidad de la planta."^{1/}

En otros casos no se trata de favorecer la mayor utilización de equipo capital-intensivos sino, directamente, de embarcar al sector industrial en las más modernas tecnologías derivadas de la microelectrónica, la robotización, y el uso generalizado de ordenadores:

"El tan mentado proceso de recuperación del crecimiento económico sobre la base de la tecnología microelectrónica, que induciría un nuevo ciclo de expansión del sistema capitalista de larga duración, sólo tenderá a agravar la situación de los eternos desfavorecidos y marginalizados. Dadas las características de la nueva tecnología basada en los "chips", su introducción en los procesos productivos representa, más que una innovación como tantas otras, una transformación profunda, con serias consecuencias sobre la naturaleza y organización del trabajo y, en consecuencia, sobre la cultura y la sociedad. En los países del Tercer Mundo, y especialmente en los de industrialización reciente, la introducción de tecnología microelectrónica coincide prácticamente con la mecanización intensa

1/ Still y Evans, op. cit.

de la agricultura, liberando y expulsando millones de trabajadores rurales, sin las menores perspectivas de ser absorbidos como fuerza de trabajo productiva por los sectores urbano-industriales y de servicios. Las características de la tecnología microelectrónica, ahorradora de materias primas, energía y mano de obra, insinúan un período de crecimiento sin empleo, que agravará las tensiones y conflictos que afligen a las sociedades en desarrollo. La euforia y las promesas de una limitada abundancia que solucionaría los principales problemas de las sociedades subdesarrolladas con base en su informatización, deben ser evaluadas críticamente, bajo la óptica de sus consecuencias sociales y políticas."^{1/}

Se trata, en definitiva, de una nueva ilusión, que no dará por resultado más que una mayor segmentación de la sociedad y cuyos beneficios en el plano estrictamente económico, difícilmente difieran de los ya conocidos cada vez que un país del Tercer Mundo ha optado por orientar su estrategia industrial a través de tecnologías importadas y de "punta". Ello se debe, y en esto reside buena parte de la respuesta que aquí tenemos que dar a las posibilidades de incorporar la cultura al proceso de industrialización, a que las opciones tecnológicas factibles de constituir un éxito en términos de incremento de la producción y del empleo, sin pasar por la desestructuración cultural, son limitadas:

"En realidad, en países caracterizados por el subempleo, un bajo nivel de ingresos, la debilidad de la producción agrícola y de la demanda de bienes de consumo, la insuficiencia de los sistemas de comercialización y de las vías de comunicación, y en fin, la ausencia de mercados financieros, la tecnología debe ser adaptada a la demanda y a los recursos locales en mano de obra y capitales. Al nivel local, las necesidades existen, la mano de obra existe, los capitales (aquéllos de los comerciantes y los pequeños empresarios) existen. Por lo tanto, para la movilización de esos recursos y la satisfacción

^{1/} Rattner, H. op. cit.

de las necesidades locales, una tecnología que corresponda a las unidades de producción de pequeñas dimensiones es, a menudo, la única posible. En un contexto de pobreza, para atacar la pobreza, la elección entre tecnología convencional y tecnología "apropiada" es a menudo un problema falso. La tecnología convencional, al no crear empleos, tampoco crea la demanda susceptible de asegurar su éxito; falta de operadores capaces, resulta a menudo ineficiente; y falta de capitales disponibles al nivel de unidades económicas responsables (privadas o cooperativas), resulta siendo utilizada en un marco de estatización caracterizado por la irresponsabilidad y la burocratización."^{1/}

C. Comercio internacional y cultura

El comercio internacional es un mecanismo privilegiado de transmisión de cultura. Es a través del comercio internacional que transitan de un país a otro objetos, máquinas, técnicas. Elementos todos portadores de cultura: en forma de hábitos de consumo, de conocimientos, de valores, de formas de organización social del trabajo, etc.

En el contexto de este trabajo, el comercio internacional nos interesa esencialmente en tanto que factor que puede contribuir a desestructurar la cultura de los países del Tercer Mundo. Esto no implica un juicio de valor sobre el comercio internacional, dado que éste sólo es el intercambio de bienes contra su valor en dinero o en otros bienes: todo depende de cuáles son los objetos que transitan por sus canales, las condiciones bajo las que se los trafica, y la relación de los mismos con la cultura del país de origen y del país de destino. Un mismo producto importado en un cierto país puede rendir un servicio, importado en otro da lugar a un perjuicio.

Nuestro análisis será, entonces, parcial, pues sólo se referirá a aquellos efectos del comercio internacional que pueden considerarse, al menos en primera instancia, como negativos para los países del Tercer Mundo.

^{1/} Michaflof, S., op. cit.

1. El impacto del comercio internacional sobre la estructura sociocultural de los países del Tercer Mundo

Desde un punto de vista cronológico, los dos primeros impactos negativos de comercio internacional sobre las estructuras socioculturales de los países del Tercer Mundo, están asociados al hecho colonial. El primero, es la liquidación, en muchos de dichos países, del artesanado o de las industrias artesanales como producto de la apertura de las fronteras a la importación de bienes manufacturados en las metrópolis. El segundo, es el desarrollo de explotaciones agrícolas o mineras cuyos productos habrían de ser esencialmente exportados también a las metrópolis. En buena medida, el proceso de colonización es producto de la necesidad de los países centrales de colocar parte de su creciente producción manufacturera y de proveerse, también en parte para permitir el funcionamiento de sus industrias, de materias primas a buen precio. En ambos casos, el comercio internacional será la vía a través de la cual los países colonizados verán destruidas las que habrían podido ser las bases de su ulterior desarrollo industrial y, en cambio, creada una estructura de producción agraria y minera, que habrá de determinar en adelante las modalidades de su inserción en la economía internacional. Al mismo tiempo, por estas dos vías se afecta seriamente la estructura sociocultural de los países colonizados: con el artesano desaparece un trozo importante de cultura. Con el hijo de agricultor convertido en minero o en peón de la factoría colonial, se inicia el proceso de desestructuración de la cultura tradicional y se echan las bases del nuevo orden productivo, social, y a veces también político, que van a terminar por transformar completamente a aquélla.

Hoy en día, aquellos esquemas heredados del orden colonial, están todavía en pie en muchos países en desarrollo. Constituyen, normalmente, la mayor fuente de dependencia y de vulnerabilidad externa que los caracteriza. En otros, en cambio, esa dependencia y la vulnerabilidad que de ella se deriva, han llegado también por la vía de comercio internacional, pero en forma de bienes de equipo acompañados de tecnologías que no se controlan. Son las "plantas llave en mano", que exigirán generalmente, importaciones regulares de insumos que jugarán indefinidamente sobre la

balanza de pagos del país. Ya hemos visto en la sección sobre industrialización el impacto que este tipo de desarrollo suele tener sobre la estructura sociocultural de los países del Tercer Mundo. Agreguemos aquí que este tipo de industrialización termina generalmente por ser una de las fuentes principales de las dificultades financieras externas que conocen periódicamente los países en desarrollo que lo siguen; dificultades que para ser subsanadas requieren la adopción de políticas de ajuste que suelen tener un costo económico desmesurado en términos de recesión, desempleo, desmantelamiento industrial, pérdida de control de los instrumentos de regulación económica. Como consecuencia de ello, la primera víctima es la "cultura industrial" que se estaba procurando desarrollar.

Es también a través del comercio internacional que se introducen en muchos países del Tercer Mundo bienes no esenciales, sino suntuarios, al menos si se los mira con relación a las necesidades básicas del grueso de la población y a la capacidad del país para utilizar sus escasas divisas con tal fin. (Ver cuadro Nº 1). Hace años atrás Roy Preiswerk ya señalaba que en 1971, 14 países africanos francófonos importaban en bebidas alcohólicas, automóviles, cosméticos y perfumes más del doble de lo que importaban en tractores, fertilizantes, y equipo agrícola^{1/}. Hoy en día no podemos saber si la situación es la misma, pero en todo caso, las cifras disponibles para el año 1980 permiten observar que Africa y América Latina importaron en ese año cerca de 10.000 millones de dólares de un grupo de productos, la mayor parte de los cuales, difícilmente puedan ser calificados como esenciales. Evidentemente, al nivel de agregación de las cifras que se presentan -tanto en lo que se refiere a los productos como a los países- no es posible distinguir los casos individuales, de importaciones de algunos de esos productos efectuadas por determinados países que pueden estar perfectamente justificadas, incluso desde una lógica de priorizar la satisfacción de las necesidades básicas del grueso de la población. Sin embargo, las cifras globales y algunos de los datos parciales que se presentan en ese cuadro, son bastante significativos.

1/ Preiswerk, R., "Identidad cultural, autodependencia y necesidades básicas". Documento presentado al proyecto GPID. UNU, Ginebra, 1979. Ronco

Cuadro Nº

Importaciones de grupos de productos seleccionados
de tres regiones en desarrollo. 1980

(en millones de dólares)

Rubro estadís- tico N.U.	Grupo de productos	Africa del Norte	Africa Subsaha- riana (excl. Africa del Sud)	América Latina (ALADI + MCCA)
111	Bebidas no alcohólicas	1,6	35,3	6,1
112	Bebidas alcohólicas	13,1	242,2	366,2
121	Tabaco	140,6	57,3	46,7
122	Tabaco manufacturado	82,5	83,1	60,4
761	Receptores T.V.	171,2	109,0	636,2
762	Radios	53,8	321,3	290,3
763	Grabadores	28,5	92,0	206,1
775	Aparatos uso doméstico	167,2	158,8	387,5
781	Autos para uso particular	334,0	1 317,9	1 666,1
821	Muebles	185,1	145,1	87,2
842	Ropa uso ext. p/hombre	180,5	65,8	181,1
843	" " " p/mujer	57,0	50,2	122,7
844		(12,0	42,8	108,9
845	Ropa interior	(7,6	28,4	75,9
846		(21,0	61,2	91,4
847	Accesorios para vestir	14,6	56,3	43,7
881	Equipos de fotografía	29,0	39,9	162,5
882	Equipos de cinematografía	44,3	127,6	358,0
883	Películas no reveladas	1,7	9,4	14,4
	Total rubros indicados	1 545,4	3 043,8	4 911,3

Fuente: Naciones Unidas, "International Trade Yearbook 1984".

Y ello no sólo porque demuestran el grado de distorsión en el uso de recursos escasos a que lleva el consumismo, sino también porque pone al descubierto la preferencia que se otorga a los artículos importados sobre aquellos que podrían fabricarse en el país, utilizando las mismas técnicas y a precios seguramente mucho más bajos que los del producto importado. Las cifras de importaciones de receptores de televisión, grabadores, equipo fotográfico o de cinematografía, efectuadas por países que cuentan con importantes sectores de la población viviendo en condiciones de gran precariedad, dicen mucho acerca de la cultura del consumo que prima entre los sectores más adinerados de esas sociedades. Pero las cifras de importaciones de muebles o de ropa -y sobre todo de ropa para uso externo para hombre, siempre muy superiores a las destinadas a la mujer- ponen de manifiesto aquella preferencia por el producto importado a que hacíamos referencia anteriormente y que constituye uno de los elementos sobresalientes de la "cultura" de dichos sectores sociales.

Estas cifras, sin embargo, resultan insuficientes para poner en claro la magnitud del despilfarro que suele caracterizar a las importaciones de muchos países en desarrollo: los insumos para las plantas de montaje o las fábricas de bienes suntuarios armados o fabricados en el país suelen superar largamente a las de importaciones del mismo bien terminado. Además, rara vez las cifras correspondientes a importaciones de armamento aparecen reflejadas en las estadísticas comerciales. Ambos, sin embargo, se reflejarán después en la otra faceta del comercio internacional: las exportaciones. Para poder financiar aquellas importaciones suntuarias o no esenciales, seguramente el país tendrá que orientar su actividad productiva hacia bienes que sean exportables y que puedan contribuir a equilibrar la balanza de pagos. De este modo, se reforzarán las actividades económicas y las estructuras socioculturales heredadas de la colonia.

Ahora bien, ningún país está obligado a sufrir estas consecuencias ni a importar o a exportar aquellos bienes que no desea o que no considera conveniente comerciar. Esta afirmación, sin embargo, debe ser relativizada: el margen de independencia en las decisiones de este tipo, para muchos países del Tercer Mundo, es a veces menor de lo que se cree, y el peso de las

presiones internacionales mayor de lo que se conoce. Además, los propios países del Tercer Mundo han reducido ellos mismos su margen de maniobra al aceptar, a veces como el mal menor, las reglas de juego del comercio internacional establecidas básicamente por los países industrializados.

La incorporación al Acuerdo General sobre tarifas y comercio (GATT) y al Fondo Monetario Internacional (FMI) han implicado para aquellos países aceptar la lógica del sistema, que reposa en la creciente liberalización de los intercambios y de los pagos, en normas legalmente no discriminatorias y en mecanismos de negociación destinados a profundizar la vigencia de aquellos principios.

Estas reglas de juego no siempre son favorables al interés de los países del Tercer Mundo por cuanto consolidan las modalidades de su inserción en la economía internacional y se modifican casi exclusivamente en interés de los países industrializados. Así, con pocas excepciones, los países del Tercer Mundo exportan principalmente materias primas e importan bienes manufacturados o los insumos necesarios para su fabricación. Rara vez controlan los mercados o las redes de comercialización de los productos que exportan y a menudo se enfrentan a situaciones oligopolísticas con relación a sus importaciones y exportaciones.

Todas estas afirmaciones son diariamente controvertidas por los países industrializados en los debates que se llevan a cabo en el GATT, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) o en la Asamblea General, y han llevado a los países del Tercer Mundo a promover la adopción de un "nuevo orden económico internacional", que consiste esencialmente en conservar aquellas instituciones y reglas de juego, corregir algunos de sus defectos más graves y dotarlos de un "contenido moral" cuya vigencia en el plano internacional -expresión privilegiada de las relaciones de poder- es sencillamente utópica.

2. La protección de la identidad cultural y el comercio internacional

A lo largo de este trabajo hemos desarrollado la idea de que la modernización no es posible sin una modificación profunda de la estructura sociocultural de los países del Tercer Mundo, y que para que aquélla pueda ser exitosa, debe ser un proceso conducido desde dentro (endógeno) y que debe desembocar en la reestructuración y no en la desestructuración o en

la simple desintegración de la estructura sociocultural. Hemos visto también que el comercio internacional puede jugar -y juega, de hecho- un rol particularmente negativo en este sentido.

Esto no implica sugerir, en modo alguno, que los países del Tercer Mundo deban permanecer al margen del comercio internacional o llevar adelante para sustraerse a aquellos efectos, costosas sino imposibles políticas de autarquía. Su dependencia respecto del comercio internacional es muy grande y difícilmente podrían sustraerse a su influencia. Se trata entonces de ver en qué medida y a través de qué mecanismos se pueden evitar aquellas consecuencias.

La base de la solución está, una vez más, en el modelo de transformación y modernización económica y social que se siga. Al nivel de generalidad al que podemos expresarnos aquí, apenas podemos insistir sobre el hecho de que priorizar la satisfacción de las necesidades básicas de las grandes mayorías, la creación de fuentes de empleo para poder absorber la población en acelerado aumento, y una mayor justicia social, implicará seguir políticas de mayor autonomía económica, tecnológica y, por supuesto, cultural.

En esas circunstancias, toda la lógica economicista y desarrollista, fuente principal de la dependencia y la vulnerabilidad externa de los países del Tercer Mundo, tendrán que ceder su lugar a una lógica que planteará las relaciones de esos países con el comercio internacional desde otro ángulo. Es una lógica en la que habrá que priorizar el "interés nacional" -convertido en interés de las mayorías y no de una élite privilegiada- frente al interés de las corporaciones transnacionales o frente a un discurso librecambista cuya aplicación en el Tercer Mundo generalmente no ha sido en su beneficio. Consecuencia de ello será poder recuperar el control y la capacidad de seleccionar los bienes que se importan o aquellos que se destinan a la exportación. Es decir, poder dejar de importar productos suntuarios o aquellos que promueven su consumo; los que pueden ser producidos en el país a un costo razonable, aunque sea más elevado que en el mercado internacional si así se conservan fuentes de empleo irremplazables; o aquellos que no se pueden pagar sino a costa de un endeudamiento que a largo plazo obligará

a adoptar medidas que no harán sino profundizar la dependencia externa; o aquellos otros que modifican hábitos, costumbres o factores económicos tan importantes como la dieta tradicional, a costa de producciones locales y sin aportar beneficios adicionales significativos. Del mismo modo, puede significar dejar de exportar productos cuya producción afecta a otras producciones destinadas al mercado interno o confinan al país en un monocultivo pernicioso.

Así como las reglas del GATT aceptan las restricciones al comercio por razones de "salubridad y moral públicas", también es legítimo que los países del Tercer Mundo puedan limitar importaciones o exportaciones con vistas a preservar no sólo su interés económico sino también sus estructuras socioculturales, a poder conservar el control de los procesos de transformación y modernización, a salvaguardar, en definitiva, su independencia y su identidad cultural. La reciprocidad en esta materia, al nivel de los principios, no es un problema, puesto que de hecho los países industrializados disponen de la capacidad de defender sus intereses independientemente de lo que establezcan dichos acuerdos internacionales.

Las mismas razones de protección de la estructura sociocultural y de control del proceso de transformación pueden justificar que los países del Tercer Mundo tampoco acepten, en determinados casos, liberalizar sus mercados para la introducción de formas de financiamiento del consumo -como cartas de crédito o sistemas semejantes- que pueden ser muy útiles en los países industrializados, pero que en los países del Tercer Mundo posiblemente no hagan sino promover un consumismo que existen buenas razones económicas y sociales, pero también culturales, para tratar de desalentar. O que no hagan ningún esfuerzo para promover el turismo, que más allá de los beneficios económicos inmediatos que pueden aportar, tiene generalmente en los países del Tercer Mundo, fuerte impacto negativo sobre la estructura sociocultural local^{1/}.

^{1/} Al respecto, ver especialmente Ventura, Arnoldo K, "L'impact culturel du transfert de technologie dans les pays en voie de développement" en CID "La culture clef du développement", op. cit. y Boutillier, Jean-Louis et al., "Le Tourisme en Afrique de l'Ouest". Maspero. París, 1978.

Del mismo modo, resulta lógico que los países del Tercer Mundo procuren establecer la distinción entre los bienes culturales que constituyen una expresión artística o la transmisión de un conocimiento, de aquellos que son un mero producto comercial. Más allá del riesgo que implica desarrollar cualquier tipo de censura procurando establecer una distinción de ese tipo, está el riesgo de facilitar una penetración cultural que, a través de la transmisión de imágenes que cuentan en la elaboración de representaciones sociales, en la introducción de aspiraciones -que suelen devenir necesidades- que no tienen relación con las posibilidades o los medios del país, llevan a promover valores, hábitos, actitudes que distorsionan la cultura en favor de un modelo consumista que pocos países del Tercer Mundo se pueden ofrecer.

Se trata, en definitiva, de superar los mitos librecambistas que pretenden que todo incremento del comercio redunde en beneficio de quienes participan en el mismo. De recuperar el control de elementos muy importantes en cualquier proceso de transformación económico y social y en la evolución cultural que lo acompaña. Pero una vez más, valga la repetición, cabe recordar que ésta es una decisión que está esencialmente en manos de los propios países del Tercer Mundo y de quienes dirigen sus destinos dentro de carriles más o menos estrechos, pero hasta hoy más condicionados por la fuerza de la ideología del desarrollo que por otros elementos externos.

IV. LA CULTURA EN LA ESTRATEGIA INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO

Las conflictivas relaciones entre el desarrollo y la cultura que señalábamos en el primer capítulo, también han estado presentes en la historia del sistema de las Naciones Unidas. Sus roles, esencialmente divergentes, caracterizan aún buena parte del debate de lo que hemos llamado el proceso de modernización del Tercer Mundo y, que probablemente, pasará ser uno de los temas principales en la definición de la naturaleza de la futura Estrategia Internacional para el Desarrollo y uno de los elementos más destacados del Decenio Mundial del Desarrollo Cultural.

1. Desarrollo y cultura en el sistema de las Naciones Unidas

"Cultura" y "desarrollo" siguieron caminos divergentes dentro del sistema de las Naciones Unidas. La cultura fue preocupación central de la UNESCO en sus programas centrados en la educación, en las ciencias básicas y en las ciencias sociales y en las diversas actividades de la Organización que ponen el acento en la cultural, generalmente vista más como expresión de las artes o como manifestación del espíritu de una comunidad que como elemento esencial de la estructura sociocultural. Cabe señalar, sin embargo, que en este último terreno se ha producido una importante evolución en la visión predominante en la UNESCO sobre la cultura, hasta el extremo que su otra acepción más amplia -la que hemos preferido guardar en el contexto de este trabajo- está adquiriendo una importancia predominante. El programa de trabajo en el que se inserta el presente documento y el contenido proyectado para el Decenio del Desarrollo Cultural son prueba evidente de ello.

La noción del desarrollo, en cambio, avanzó dentro del sistema de las Naciones Unidas con la misma fuerza con que la ideología del desarrollo se fue imponiendo como eje de los procesos de transformación económica y social en la mayor parte de los países del Tercer Mundo, con la independencia de su signo político o de sus características socioeconómicas. Más aún, las Naciones Unidas han sido un factor importante en la propagación de la ideología del desarrollo. En su ámbito, y posiblemente como consecuencia de que estuviera en el centro de las confrontaciones

económicas entre los países del Norte y del Sur, la noción del desarrollo alcanzó progresivamente un nivel de abstracción que la desvinculó no sólo de las realidades de poder sino también de las condiciones mismas en que el pretendido desarrollo era posible. Es decir, convertido en objetivo indiscutible, y solamente definido en términos de crecimiento económico que destila automáticamente "progreso social" y justicia, se le elevó a la categoría de mito y dejó de ser, en definitiva, un punto de referencia útil para un serio debate acerca de los medios y las dificultades de encarar el proceso de transformación y modernización en los países del Tercer Mundo.

Al mismo tiempo, cabe también señalar que ha sido desde dentro mismo del sistema de las Naciones Unidas que han partido las más importantes reacciones a esta concepción economicista y etnocéntrica del desarrollo, así como la búsqueda de alternativas superadoras del círculo vicioso del desarrollo y la pobreza a que aquella ideología conduce casi inexorablement

La historia de la propagación del desarrollo como paradigma en las Naciones Unidas, es un poco la historia de la evolución de los principales temas que han constituido el motor central de la cooperación internacional. En su etapa inicial, las Naciones Unidas, buscando una respuesta a los problemas de la guerra y sus consecuencias, y condicionadas por el recuerdo de los dramáticos años de crisis que la precedieron, centró sus esfuerzos, por una parte, en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y por otra, en la reconstrucción y en la promoción del pleno empleo a través de la cooperación internacional. Esto queda claramente reflejado en las funciones que se asignan a las principales organizaciones que surgen como parte del sistema. Al margen de la Asamblea General, el Consejo de Seguridad y la Corte Internacional de Justicia, como mecanismos privilegiados para tratar de los problemas de la paz y la seguridad, surgen el Consejo Económico y Social, el Banco Mundial (cuyo nombre original en español es de "Reconstrucción y Fomento", demostración adicional de que hasta entonces la palabra "desarrollo" aún no tenía vigencia, mientras que sí la tenía la noción de "fomento" a la que nos hemos referido anteriormente), y el Fondo Monetario Internacional, encargados de financiar esencialmente la

reconstrucción de los países afectados por la guerra, y la liberación de los pagos, así como de aportar estabilidad al naciente sistema financiero internacional. Al lado de estos organismos surge la FAO como mecanismo central de promoción de la producción agrícola y de lucha contra el hambre en el mundo. En este esquema los países del Tercer Mundo tienen un rol limitado, sino marginal: la atención del Sistema estará esencialmente dirigida hacia los países afectados por la guerra.

La Conferencia de La Habana sobre el Comercio y el Empleo, destinada a establecer una organización internacional de comercio, puso de manifiesto la importancia que los países industrializados de Occidente otorgaban al mantenimiento del pleno empleo y a la liberalización del comercio internacional: reacciones ambas al espectro del desempleo y al de las "guerras comerciales" de los años treinta, y prueba del peso que tenía la ideología librecambista concebida como motor del crecimiento internacional.

En ese esquema, los países del Tercer Mundo estuvieron ausentes tanto a nivel de la adopción de las bases mismas del Sistema como de la definición de sus objetivos. Pocos fueron los países del Tercer Mundo que pudieron tener algún protagónico en este proceso. Prueba de ello es que fue necesario esperar la Conferencia de Bandung y más aún, la Conferencia Económica de El Cairo, organizada por el naciente Movimiento de Países No Alineados, en 1961, para que los problemas económicos de Asia, Africa y América Latina, pudieran hacerse presentes de manera destacada en los debates y en la definición de los objetivos principales del Sistema. Hasta ese momento, sólo se habían registrado unas pocas y difíciles negociaciones, básicamente entre países latinoamericanos y la India, por una parte, y los países de Europa occidental y los Estados Unidos, por la otra, acerca de la creación de comisiones económicas regionales o del primer programa de cooperación técnica de las Naciones Unidas, como únicas expresiones del interés por los problemas de lo que todavía no se llamaba "desarrollo".^{1/}

^{1/} Ver al respecto el valioso y detallado relato de Hernán Santa Cruz sobre los primeros años del Sistema de las Naciones Unidas: "Cooperar o perecer: el dilema de la comunidad mundial" (Los años de creación: 1941/1960. Tomo 1. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1984.

Será recién en 1964, con la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, que la ideología del desarrollo hará su entrada de lleno en el Sistema, con una visión que reposaba en la constatación de la posibilidad del crecimiento continuado que avalaba la experiencia reciente de los países industrializados, en unas posibilidades entonces aparentemente sin límites de continuar incrementando el comercio internacional como uno de los motores de aquel crecimiento, y en unas aspiraciones de reforzar la cooperación internacional que, apoyándose en valederas consideraciones morales, dejaba de lado la realidad de poder que caracteriza aquellas relaciones y la estrechez de los intereses nacionales que predominan en muchas áreas en el mundo.

Esta visión, inicialmente desarrollada por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) bajo la dirección de Raúl Prebisch, que habría de ser el primer Secretario General de la UNCTAD, conquistó rápidamente el centro de la plataforma sostenida por los países del Tercer Mundo -ahora convertidos en "países en desarrollo"- en su confrontación con los países industrializados del Norte. Fue una concepción que impregnó rápidamente a todo el Sistema de las Naciones Unidas, que se hizo presente incluso en la denominación de muchos de los organismos e instituciones que se crearon desde aquel entonces, y que fue la base misma de la Estrategia Internacional para el Desarrollo (EID) que debía guiar las actividades de las Naciones Unidas durante el Primer Decenio para el Desarrollo.

La continuación del proceso del crecimiento del comercio internacional, de las economías industrializadas, e incluso de muchos países del Tercer Mundo, durante la década de los sesenta, habría de afirmar la validez de esta concepción, que sólo pondrían en duda los países industrializados interesados en no hacer concesiones que pudieran afectar el orden económico internacional vigente, y diversos círculos intelectuales de distinto origen que no compartían aquella visión. Ya a comienzos de la década de los años setenta, en parte como producto del debate que se inicia con la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente, en 1972, que se agudiza con los trastornos monetarios iniciados en 1971, y que

habrá de hacer eclosión con el aumento del precio del petróleo en 1973, toda esta concepción comienza a ser puesta en duda desde dentro mismo de las Naciones Unidas. A pesar de ello, el paradigma desarrollista alcanza su punto de máxima expresión en las resoluciones de la Asamblea General sobre el establecimiento de un "Nuevo Orden Económico Internacional" que habrán de plasmar un conjunto de aspiraciones de transformación de las relaciones económicas internacionales, justamente en el momento en que éstas estaban entrando en un proceso de recomposición de signo inverso. El Nuevo Orden Económico Internacional reposaba sobre una visión de crecimiento continuado de la economía internacional que haría posible una adecuada redistribución de la riqueza entre las naciones. La realidad económica internacional, por su parte, apuntaba a una estagnación de las economías centrales que habría de terminar por repercutir seriamente en el Tercer Mundo, a un creciente desempleo estructural, y a una acentuación de la limitada visión del interés nacional predominante en muchos países, y que habría de conducir a un paulatino debilitamiento de los mecanismos de cooperación internacional y que harían prácticamente imposible llevar adelante aquel programa.

En ese proceso, el Sistema de las Naciones Unidas fue recogiendo paulatinamente las críticas teóricas a la ideología del desarrollo, sea como producto del peso intelectual de las mismas o de la experiencia que los organismos especializados recogían en la instrumentación de sus programas y proyectos. Así es como surge tempranamente en la FAO la noción de "desarrollo rural integrado" que habrá de tomar cuerpo y precisarse más detalladamente en el marco del Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRIDS), o que el debate sobre la tecnología apropiada, intermedia, etc. -paradójicamente mucho más importante en el marco de la UNESCO que en el de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial)- habría de dar lugar a una revisión importante de nociones adquiridas sobre el impacto presuntamente siempre positivo del progreso tecnológico.

Es así también como el impacto de los problemas del medio ambiente, de naturaleza muy distinta en los países industrializados y en el Tercer Mundo, habrá de jugar, a partir de la "Declaración de Founex", un papel al contribuir a incorporar una nueva dimensión al debate sobre las estrategias de desarrollo y, más concretamente, sobre la verdadera naturaleza de los problemas enfrentados por los países del Tercer Mundo, que se llevaba a cabo en diversos foros del Sistema de las Naciones Unidas.

Es por esa vía también, que la noción de "autosuficiencia" ("self-reliance") hija lejana de la "teoría de la dependencia" y de la teoría del "desarrollo desigual", habrá de adquirir un peso particular en el debate que se lleva a cabo entre los propios países del Tercer Mundo para determinar la mejor solución a los problemas que confrontan en el ámbito económico internacional, pero también en sus propias estrategias de transformación. De allí habrán de surgir el programa para la cooperación técnica entre países en desarrollo, uno de los grandes ejes de las actividades del programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y los diversos programas sobre cooperación económica entre países en desarrollo que habrán de adoptar el Grupo de los 77 y el Grupo de los Países No Alineados. Hasta hoy, por cierto, sin mayores consecuencias prácticas.

Por estas vías también ganó terreno, especialmente en el marco de la UNESCO, la noción del "desarrollo endógeno" y a través de la acción de los organismos no gubernamentales se difundió la noción del "otro desarrollo", que aspira a reunir en una estrategia integrada las notas esenciales de todas aquellas otras dimensiones que se ha tratado de incorporar paulatinamente a la limitada noción economicista inicial del "desarrollo".^{1/}

Finalmente, estamos actualmente ante un paradigma emergente: "el de la dimensión cultural del desarrollo" que aspira a que se tomen en cuenta

^{1/} En este sentido resulta de particular interés el impacto intelectual que han tenido los proyectos y las publicaciones de la Fundación Internacional para Alternativas de Desarrollo (FIPAD) y su publicación "IFDA Dossier".

los aspectos socioculturales en la determinación de las estrategias y de los proyectos de desarrollo pero que, como está implícito en las ideas que hemos ido exponiendo a lo largo de este trabajo, no llega a desplazar el centro de la problemática del cambio hacia el núcleo de los procesos de transformación de las estructuras socioculturales. Se trata, sin embargo, de un paradigma que puede permitir abrir finalmente el debate hacia nuevas áreas, facilitar así la entrada en la discusión de concepciones menos ideológicas y más globalizantes que las que han hasta aquí predominado en esta materia.

La Estrategia Internacional para el Desarrollo, por su parte, fue reelaborada en dos ocasiones, ignorando prácticamente todo este debate e insistiendo en una concepción esencialmente economicista y de confrontación Norte-Sur como eje de las posibilidades del progreso de los países "en desarrollo". En alguna medida, resulta no ser más que una construcción intelectual, laboriosamente negociada por representantes de países que no han hecho más que trabajar en defensa de sus respectivos ideales de "interés nacional". A veces plasmados en detalladas instrucciones efectivamente dirigidas a defender intereses específicos de los centros reales de poder o a tener en cuenta las opiniones o las ideologías de quienes tienen la posibilidad de decidir en esa materia en sus respectivos países; otras veces, son sólo el reflejo de las representaciones que tienen de aquel interés nacional abnegados servidores civiles encargados de representar a su país en esas negociaciones. De este modo, se pasan por alto las verdaderas condiciones internas necesarias para poder llevar adelante cualquier proceso de transformación económica y social, se las sublima transfiriendo el eje de la responsabilidad hacia terceros países o hacia un abstracto "sistema económico internacional" de cuyas características esenciales ningún país pareciera ser responsable.

2. El futuro del debate en el marco de la Estrategia Internacional para el Desarrollo y del Decenio Mundial del Desarrollo Cultural

La EID para el Tercer Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo establece que:

"El desarrollo es un proceso integral que comprende objetivos económicos y sociales. Los planes y objetivos de desarrollo nacional de los países en desarrollo deberían formularse sobre la base de un criterio unificado para el desarrollo económico y social, que es indispensable para el desarrollo equilibrado de todos los sectores de la economía, debería prever el crecimiento acelerado y el aumento de la eficacia de la producción y tener plenamente en cuenta no sólo los objetivos inmediatos sino también los objetivos económicos y sociales a largo plazo del desarrollo de los países en desarrollo. Incumbe a cada país establecer objetivos nacionales adecuados para la promoción del desarrollo humano y social en el marco de sus planes, prioridades y recursos del desarrollo, de conformidad con su estructura socioeconómica y a la luz de sus circunstancias. El objetivo final del desarrollo ha de ser el continuo aumento del bienestar de toda la población sobre la base de su plena participación en el proceso de desarrollo y en una justa distribución de los beneficios que se derivan de él."^{1/}

Como se verá, un complejo compromiso entre las diversas visiones y los divergentes intereses en juego. Tal como lo sostenía un documento del Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, refiriéndose a la EID de los años setenta:

"Los objetivos enumerados... son de orden muy general, son muy condicionales y no constituyen más que un catálogo de buenas intenciones. Se concibe difícilmente que un gobierno los tome como

^{1/} Párrafo 42 de la resolución 35/56 de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

criterios para determinar una política... por otra parte, las diferencias evidentes entre el potencial de diversos países, sus necesidades prioritarias, su organización social y su estrategia gubernamental impiden cuantificar los objetivos. Los objetivos de carácter universal no tienen mayor sentido y los que fueran hechos a la medida de cada país serían inaceptables... las estadísticas relativas a las cuestiones sociales presentan cifras globales para el conjunto de un país y disimulan las fuertes disparidades internas que existen... (más aún), toda tentativa de alcanzar los objetivos de desarrollo a escala del globo por el solo crecimiento de la producción, sin cambiar las estructuras del consumo y de la producción, tanto de los países ricos como de los países pobres, está condenada al fracaso y no será más que letra muerta."^{1/}

Además, en lo que se refiere al futuro de la EID, sea a través de la evaluación que debe llevarse a cabo a mediados de la presente década, o con vistas a elaborar la EID para el Cuarto Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo:

"... continuará estando centrado sobre la negociación relativa al comercio internacional y a las transferencias de recursos financieros y cada país procurará obtener compromisos que le permitan alcanzar sus objetivos nacionales en materia de industrialización, de desarrollo agrícola y de explotación de recursos naturales. Estas negociaciones serán, sin duda, opacadas por el sentimiento de frustración que se resiente al constatar que la mayor parte de los países ricos no respetaron compromisos contenidos en la estrategia de los años setenta y en las declaraciones posteriores sobre el Nuevo Orden Económico Internacional, así como por los presagios que permiten pensar que en el futuro, debido a la mala

^{1/} UNRISD, "Le développement social et la stratégie internationale du développement". UN, Ginebra, 1979.

coyuntura económica y a los avatares políticos, esos países estarán aún menos inclinados a mantener ese tipo de promesas y aquellos elementos podrán convertirse incluso en causa de desestabilización para el resto del mundo."^{1/}

En otros términos, difícilmente pueda ser la EID el marco más apropiado para modificar el estado actual del debate Norte-Sur introduciendo elementos que tienen que ver con el esfuerzo interno de desarrollo, con las estrategias nacionales para alcanzarlo o con las injusticias internas en los países del Tercer Mundo. Al contrario, diera la impresión de que sería tanto mejor, desde el punto de vista de los intereses "globales" del Tercer Mundo que, al contrario, las futuras negociaciones sobre la EID sean más específicas, concretas y dirigidas hacia aspectos operativos y no meramente hacia objetivos globales, como ha sido el caso hasta el presente.

Si, como contrapartida por sus compromisos en materias comerciales y financieras, los países industrializados obtuvieran que aquellos del Tercer Mundo asumieran también compromisos en lo que se refiere al respeto de los derechos humanos, la participación popular en las decisiones y en la instrumentación de las estrategias del desarrollo, sobre la satisfacción de las necesidades básicas de las grandes mayorías, o sobre una mayor justicia distributiva, quizás se hubiera abierto la puerta para hacer de la EID un efectivo instrumento de transformación internacional.

Y, aunque difícilmente se pueda llegar a un consenso de esa naturaleza, no caben dudas de que el Secretariado de las Naciones Unidas y de los organismos especializados no pueden renunciar a trabajar, dentro de los límites de sus poderes y posibilidades, para promover verdaderos cambios de estructuras que permitan mejorar las condiciones de existencia de los grupos más desfavorecidos de las sociedades del Tercer Mundo y para tratar de salvar su identidad cultural, aun a riesgo de que la próxima EID continúe pasando por alto los roles de la comunicación y de la información con

^{1/} Ibid.

relación a las estrategias de desarrollo o que sólo mencione a la cultura puntualmente y con relación a la identidad o al patrimonio cultural.

Por ejemplo, en el caso de la UNESCO, el futuro Decenio del Desarrollo Cultural ofrece una oportunidad de relevancia para llevar adelante aquella misión. La Conferencia General de la UNESCO ha definido los objetivos generales de ese decenio en torno a las cuatro áreas siguientes:

- afirmación de las identidades culturales;
- consideración de la dimensión cultural del desarrollo;
- ampliación de la participación en la vida cultural;
- promoción de la cooperación cultural internacional.

Cuatro grandes temas que abren plenamente la puerta a un esfuerzo de revisión de la orientación general de la cooperación internacional que podrá desembocar en replanteos profundos de las estrategias de modernización y de transformación de los países del Tercer Mundo y de los procedimientos de cooperación internacional destinados a reforzar el logro de los objetivos de esas estrategias.

Si para la UNESCO:

"... los grandes problemas a los que hacen frente las diversas sociedades hoy en día no pueden ser plenamente comprendidos ni resueltos en forma armoniosa, sino se tienen en cuenta que, esencialmente, provienen de la cultura. La cultura se refleja, por cierto, a través de las obras individuales y colectivas del arte y del pensamiento, transmitidas de generación en generación; pero ella es, sobre todo, una forma de ser, de percibir, una manera de sentir, de ver, de desear, de crear, que caracterizan a una sociedad. La cultura resume sus creencias, sus esperanzas y da fundamento al sentido de sus actos en los dominios más diversos.

La cultura es así el corazón de los procesos de cambios social, como lugar de regulación de permanencias vitales y de rupturas creadoras; ella es, por este hecho, el principal motor de toda transformación consciente y plenamente asumida, de toda innovación portadora de progreso."^{1/}

^{1/} Declaración de Amadou-Mahtar M'Bow, Director General de la UNESCO ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas el 9 de julio de 1984.

Entonces, cabe pensar que la Organización estará plenamente en condiciones de emprender tal misión. En ese sentido, consideramos que los futuros trabajos de la UNESCO, en el marco del Decenio para el Desarrollo Cultural, deberían estar principalmente dirigidos a:

a) Contribuir a poner en claro el rol que juegan a menudo los medios masivos de comunicación social en la promoción del consumismo, en el proceso de aculturación y, en definitiva, en la desestructuración de la cultura de los países del Tercer Mundo. La acción de la UNESCO para clarificar los problemas de la información pública, ha tenido claras consecuencias negativas para el funcionamiento de la Organización, que no han sido más que una confirmación de lo valedero de las premisas sobre las que se inició aquella acción. En este terreno, las reacciones que suscitaría un programa de la UNESCO dirigido al análisis del rol de los "mas-media" y de la publicidad sobre la cultura del Tercer Mundo, serían posiblemente iguales a aquéllas, como son también valederos los argumentos que justifican que la UNESCO se embarque en este terreno y haga conocer los resultados y las conclusiones de sus estudios en la materia. No se trata, obviamente, de afectar el derecho a la información de los consumidores ni de establecer nuevas o sofisticadas formas de censura. Al contrario, el objetivo de un programa de esta naturaleza debe ser salvaguardar esa libertad de información, evitando que la reiteración indiscriminada de los mensajes publicitarios o la fuerza del mensaje transmitido por las imágenes televisivas terminen imponiendo aspiraciones -sino necesidades-, valores, actitudes que son propias de los países de donde provienen dichos mensajes, pero que a menudo están desvinculadas con las posibilidades de los países donde se los recibe. El impacto de la publicidad y de la televisión en el Tercer Mundo como factores de desestabilización cultural consideramos que debería ser uno de los puntos principales del programa de trabajo de la UNESCO si esta aspira a contribuir en la tarea de salvaguardia de la identidad cultural de esos países.

b) Contribuir a preservar las lenguas vernáculas y sus formas particulares de expresión. Y no se trata de preservarlas para la memoria, para los museos etnográficos, sino para que puedan continuar vigentes, y que sigan siendo un elemento de la vida cotidiana de las

mayorías o de las minorías que se expresan a través de ellas. Para que las lenguas vernáculas puedan llegar a ser un instrumento útil de una transformación social capaz de conservar un elemento tan esencial a la vida de un pueblo como es su propia lengua. En ese sentido, consideramos que la UNESCO puede prestar un importante servicio contribuyendo a desarrollar la enseñanza, a todos los niveles, de las lenguas vernáculas en los países del Tercer Mundo y contribuyendo a que no sean reemplazadas por lenguas "nobles" del propio país, o lo que es aún peor, por la lengua de quienes lo colonizaron.

c) Contribuir a poner en claro la verdadera naturaleza de los problemas por los que atraviesan hoy los países del Tercer Mundo. Poner en evidencia que la crisis económica actual más que una crisis económica es una crisis cultural: la del paradigma de un inalcanzable "desarrollo". Resulta necesario que un organismo como la UNESCO asuma la responsabilidad de explicar la inviabilidad de ese desarrollo, que ponga de manifiesto el costo humano que está tendiendo el ignorar las realidades socioculturales sobre las que se pretende injertar procesos de crecimiento económico que esas estructuras no están en condiciones de sostener. Esto hace necesario y aconseja la profundización de los estudios destinados a comprender mejor los mecanismos de transformación social:

"(A elucidar las interacciones entre los diversos aspectos económicos y sociales, culturales y humanos, que están ligados a la pobreza) en el contexto de casos precisos, es de una importancia capital. Como es igualmente necesario estudiar las relaciones recíprocas entre los factores de producción y las relaciones sociales; entre el progreso técnico y los valores culturales; examinar las condiciones socioculturales de la transferencia de conocimientos y de tecnologías o la forma en que se despliega y se influyen mutuamente las diferentes actividades sectoriales de desarrollo; producción, intercambio, distribución, y las actividades socioculturales."^{1/}

1/ UNESCO, "Contribución de la UNESCO al Nuevo Programa Sustancial de Acción para los años ochenta en favor de los países menos avanzados". Documento A/CONF.104/7/Add.25. París, agosto, 1985.

Este es uno de los ejes principales del programa de la UNESCO en materia de ciencias sociales y no deberían escatimarse esfuerzos para integrarlo con los objetivos señalados más arriba. En este terreno, consideramos también de particular importancia que la UNESCO asuma, en el marco del Decenio para el Desarrollo Cultural, la responsabilidad de elaborar una metodología apta para evaluar los aspectos socioculturales de las estrategias de transformación y modernización de los países del Tercer Mundo, especialmente en el medio rural.

d) Contribuir a profundizar el debate sobre el sentido de la tecnología, sobre el rol de portadora de valores y de factores de cambio de la estructura económica y sociocultural que tiene la técnica, contribuyendo así a superar la noción de que la técnica es "neutra" y sólo portadora de progreso. La UNESCO ha sabido en el pasado asociar a sus trabajos en esta materia a organismos no gubernamentales que han cumplido una destacada labor para esclarecer no sólo esta problemática, sino también aquella que se refiere al conjunto de las fuentes de la pobreza en los países del Tercer Mundo. Es esta una línea de acción que debería enfatizarse y profundizarse.

e) Multiplicar sus esfuerzos para reforzar la cooperación cultural, las relaciones interculturales, el diálogo de las culturas como factores de promoción de la tolerancia mutua, de la mejor comprensión entre los hombres y los pueblos, de su progreso y de la paz entre las naciones. Area esta donde el rol de la UNESCO ha sido, y deberá seguir siendo, fundamental, pero a la que hoy cabe agregar toda la problemática del impacto negativo que está teniendo sobre los países del Tercer Mundo la transmisión indiscriminada de una cultura "transnacional", fuente, como ya hemos visto, de desestructuración cultural, de anomia, sino de desintegración de culturas que merecen ser salvaguardadas, porque son la base de la vida misma de muchas sociedades.

f) Contribuir en fin, a profundizar el estudio de los temas que tienen que ver con la participación: con la promoción de las estructuras, los procesos, las formas de organización e incluso de investigación que impliquen ampliar la participación popular en todo proceso de transformación y modernización: sólo así dichos procesos podrán ser endógenos y tendrán las posibilidad de alcanzar un éxito en el balance de costos y beneficios humanos que hasta aquí no está presente en la forma de evaluar dichos procesos en el Tercer Mundo.

Sólo así un ejercicio como el del Decenio Mundial para el Desarrollo Cultural podrá disponer de la credibilidad que han perdido tantos programas equivalentes en el marco del Sistema de las Naciones Unidas. El desafío es enorme, pero la contribución que la Organización puede hacer para salvaguardar la identidad cultural de los países del Tercer Mundo y evitar los costos actuales que están teniendo la crisis y la insistencia en estrategias de transformación insostenibles para esos países, lo justifican ampliamente.